



# **Comentario a Josué**

**David Gooding**

# Tabla de contenidos

---

<b>Tabla de contenidos</b>	<b>2</b>
<b>El libro de Josué - Introducción</b>	<b>5</b>
<b>Propósito del libro</b>	<b>5</b>
1. Para salvación	5
2. Inspirado y útil	5
<b>Claves para una interpretación correcta</b>	<b>6</b>
<b>Diferencias con nuestro tiempo</b>	<b>6</b>
1. El tipo de lucha	6
2. La ejecución de los juicios	6
<b>Temática</b>	<b>7</b>
1. Una advertencia contra el sincretismo	7
2. Josué y Cristo	8
<b>El libro de Josué: una visión panorámica</b>	<b>13</b>
<b>Su lugar y función dentro del programa de Dios</b>	<b>13</b>
1. El programa	13
2. La incapacidad de Moisés para llevar a cabo el programa	13
3. Lo que Moisés no pudo hacer, Josué lo hizo	13
4. Josué en griego es Jesús (He 4:8)	13
<b>Josué, una conquista en dos fases</b>	<b>14</b>
<b>Primera parte</b>	<b>15</b>
<b>Las tres secciones</b>	<b>15</b>
1. Primera sección	15
2. Segunda sección	16
3. Tercera sección	16
4. Diferencias entre las tres secciones	17
5. Resumen y conclusión	18
<b>Israel se negó a entrar con Moisés en la Tierra Prometida</b>	<b>19</b>
<b>Despreciaron la herencia que Dios les daba</b>	<b>19</b>

<b>Los israelitas que salieron de Egipto no eran verdaderos creyentes</b>	<b>20</b>
<b>La verdadera fe se manifiesta por las obras</b>	<b>20</b>
<b>Condiciones para la salvación y evidencias de la salvación</b>	<b>21</b>
<b>La auténtica fe se manifiesta por su perseverancia</b>	<b>22</b>
<b>Josué y la obediencia a la Ley (Jos 1:1-11)</b>	<b>24</b>
<b>El juicio de Dios sobre los cananeos (Jos 1:12-2:24)</b>	<b>27</b>
<b>Las dos tribus y media de Israel</b>	<b>27</b>
<b>El juicio de Dios</b>	<b>28</b>
1. Los ejecutores del juicio	28
2. Aceptación de los juicios de Dios	28
3. La severidad de los juicios de Dios	29
4. La paciencia y longanimidad de Dios	29
5. Juicios temporales	29
6. Razones para el juicio	30
7. La Persona encargada de la ejecución del juicio	32
<b>Rahab</b>	<b>33</b>
<b>El paso del río Jordán (Josué 3:1-5:12)</b>	<b>35</b>
<b>Un obstáculo de la naturaleza</b>	<b>35</b>
<b>Una historia en tres partes</b>	<b>35</b>
1. Primera historia: "Semejante a sus hermanos"	36
2. Segunda historia: "en memoria"	38
3. Tercera historia: el paso del río Jordán y el mar Rojo	41
<b>La circuncisión (Jos 5:1-12)</b>	<b>41</b>
1. El orden de los acontecimientos	41
2. Los efectos de la circuncisión	42
<b>El establecimiento de la Ley (Josué 5-8)</b>	<b>44</b>
<b>La importancia de establecer la ley</b>	<b>44</b>
<b>La destrucción de Jericó y el juicio de Dios (Josué 6)</b>	<b>48</b>
<b>El pecado de Acán y el anatema (Josué 7-8)</b>	<b>50</b>
<b>La conquista de Hai</b>	<b>56</b>

<b>Suprimir todo dominio y autoridad (Josué 9-12)</b>	<b>57</b>
<b>La historia de los gabaonitas</b>	<b>57</b>
<b>La derrota de todos los enemigos</b>	<b>61</b>
<b>La ocupación de la Tierra Prometida (Josué 13-24)</b>	<b>62</b>
<b>Los tres objetivos de la segunda parte del libro de Josué</b>	<b>62</b>
1. El establecimiento del Tabernáculo en la tierra de Canaán (Jos 13:1-18:1)	62
2. La ocupación del resto de la herencia (Jos 18:2-21:45)	63
3. El mantenimiento de un servicio leal a Dios (Jos 22:1-24:33)	63
<b>Primer objetivo: Levantar el tabernáculo en Canaán</b>	<b>64</b>
1. Recibiendo la herencia (Jos 14:6-15)	64
2. Ampliando la herencia (Jos 15:16-19)	64
3. Reclamando la herencia (Jos 17:3-4)	65
4. Conquistando la herencia (Jos 17:14-18)	66
<b>Segundo objetivo: Ocupar el resto de la herencia</b>	<b>66</b>
1. La división de la herencia	66
2. El fin del reparto	68
3. Las ciudades de refugio (Jos 20:1-9)	68
4. Las ciudades de los levitas (Jos 21:1-42)	69
5. La herencia de Dios (Jos 21:43-45)	70
<b>Tercer objetivo: Mantener un servicio leal a Dios</b>	<b>71</b>
1. El peligro del exclusivismo indebido (Jos 22:1-34)	71
2. El peligro de contemporizar (Jos 23:1-16)	72
3. Jehová es un Dios celoso (Jos 24:1-28)	73
4. Exhortación final	74

# El libro de Josué - Introducción

---

Presentamos aquí las notas de los estudios sobre el libro de Josué que fueron impartidos por el querido hermano don David Gooding en el centro de estudios bíblicos del Centenillo, en España, a un grupo de pastores de diferentes procedencias durante el mes de noviembre de 2013. Ahora las compartimos por este medio con la confianza de que, con la ayuda del Señor, también pueden ser de utilidad para otros hermanos.

La presencia y gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos nosotros al comenzar nuestros estudios sobre el libro de Josué.

Vamos a dedicar este primer capítulo a orientarnos correctamente en el estudio de este importante libro del Antiguo Testamento que es Josué.

## Propósito del libro

### 1. Para salvación

Debemos comenzar considerando lo que Pablo nos dice en:

*(2 Ti 3:14-17) “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”*

Pablo afirma que las Escrituras del Antiguo Testamento pueden hacernos sabios para la salvación que es en Cristo Jesús. Por lo tanto, necesitamos acercarnos al libro de Josué con la convicción de que es capaz de salvarnos. Al estudiar este libro, Dios quiere añadir a nuestro conocimiento, pero además tiene la preocupación y el propósito de salvarnos. Si preguntáramos a Dios por qué debemos preocuparnos en estudiar este libro de Josué, él nos contestaría que lo necesitamos para nuestra salvación. La salvación en las Escrituras es un concepto amplio, no es una cosa que ocurre una vez y para siempre el día en que nos convertimos, es un proceso que comienza en ese momento pero que continúa durante toda nuestra vida cristiana, y, por lo tanto, debemos preguntarnos constantemente de qué manera lo que estamos aprendiendo nos ayuda en este sentido amplio de la salvación, y aún más, cómo puede ayudar a otros para su salvación lo que nosotros predicamos.

### 2. Inspirado y útil

También notamos que Pablo, además de afirmar que toda la Escritura del Antiguo Testamento es inspirada por Dios, añade que es útil. Y creer esto en nuestra sociedad moderna, y algunas veces en nuestras propias iglesias, puede requerir de cierto coraje y convicción. Toda Escritura es útil, pero no sólo para creyentes en general, sino también para personas como Timoteo, que tenían una posición de responsabilidad en la enseñanza de la Palabra de Dios en la Iglesia.

Así que tenemos que decir que el libro de Josué es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.

## Claves para una interpretación correcta

En primer lugar, hemos de recordar que el libro de Josué fue escrito originalmente para sus contemporáneos, y, por lo tanto, debemos usar toda la ayuda que podamos conseguir para asegurarnos de entender bien lo que esto implicaba originalmente para ellos cuando fue escrito. Así que, cuando encontremos referencias geográficas o relatos de acontecimientos históricos, tenemos que averiguar con cuidado lo que significan en su contexto histórico.

Por otro lado, aunque no sabemos quién era el autor de este libro, ni tampoco cuándo se escribió, sí que tenemos evidencias de que fue escrito siglos antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, se dirigió a personas que no lo iban a tratar de una forma tipológica, sino que lo iban a entender de manera literal, como un libro de historia y también de exhortación. Y para comenzar, nosotros también vamos a acercarnos a este libro sobre la misma base histórica, bien que finalmente podremos encontrar similitudes importantes con nuestra propia experiencia.

Veamos un ejemplo: A los primeros lectores del libro se les recordó que sus antepasados tuvieron que luchar para ocupar su herencia puesto que había enemigos que se oponían a su entrada en la tierra prometida. Pero nosotros también, que vivimos en esta época de la historia, encontramos que tenemos que pelear la buena batalla de la fe para poder poseer plenamente todos los beneficios de la gloriosa herencia que Dios nos ha dado.

## Diferencias con nuestro tiempo

Pero, aunque nos acerquemos en un principio al libro de Josué buscando su significado literal, para poder aplicárnoslo es necesario observar que también hay diferencias muy importantes entre aquel periodo de la historia del pueblo de Dios y el cristianismo actual en el cual vivimos. Veamos algunas de ellas.

### 1. El tipo de lucha

A los israelitas de aquel entonces se les mandaba organizar sus ejércitos, preparar sus armas y luchar, sin embargo, a nosotros, como cristianos de este tiempo, se nos prohíbe explícitamente el uso de la espada, ya sea para defender la causa de Cristo o para promocionar su reino. Las armas de nuestra milicia, dice Pablo, no son carnales, no son armas físicas (**2 Co 10:3-6**). De hecho fue lamentable el día en que la iglesia cristiana se olvidó de ese claro mandamiento del Señor e intentó extender el reino de Cristo mediante el uso de técnicas militares.

### 2. La ejecución de los juicios

En segundo lugar, a los israelitas de los tiempos de Josué se les mandó ejecutar los juicios de Dios sobre los habitantes de Canaán, pero a la iglesia cristiana no se le pide hacer cosa semejante en este tiempo. Somos seguidores del Señor que dijo que no había venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuera salvo por él. Conocemos bastante de la historia cristiana como para saber las atrocidades que se cometieron en el nombre de Dios cuando el cristianismo se olvidó de esto, cuando la iglesia cristiana usó el poder civil para ejecutar a aquellos que consideraban herejes y cuando reunieron sus ejércitos para luchar contra los turcos e infieles. Pero tal vez lo más triste sea recordar a algunos reformadores que también hicieron que el Estado ejecutara a ciertos cristianos por negarse a que sus niños pequeños fueran bautizados, porque creían y practicaban el bautismo de creyentes.

Es peligroso, por tanto, ignorar las grandes diferencias que hay entre la dispensación de la época de Josué y la de la iglesia cristiana.

## Temática

### I. Una advertencia contra el sincretismo

Este libro repite para el lector moderno el mismo mandamiento divino que fue entregado a los antiguos israelitas: El verdadero creyente no tiene que comprometerse con ningún tipo de idolatría pagana. En este sentido, conviene recordar cómo Dios mandó al pueblo de Israel evitar los matrimonios con la gente pagana de alrededor, con la advertencia de que su fe podría ser terriblemente trastornada por pensamientos y actos paganos. Y aún hoy en día, en la iglesia cristiana, necesitamos estos serios avisos del Señor. De hecho, encontramos varios pasajes en el Nuevo Testamento que tratan de la misma cuestión. Por ejemplo, a algunos de los convertidos en Corinto, que antes habían sido paganos, les surgían dudas sobre la actitud que ahora debían tener frente a las prácticas anteriores de su religión pagana. El apóstol Pablo les contestó con la famosa exhortación: **(2 Co 6:14-17)** *“Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor”*.

Debemos entender, pues, que cualquier comunión o identificación con ritos paganos ataca los fundamentos de nuestra relación con Dios, ya que la idolatría es una negación del único Dios verdadero y, por tanto, corrompe nuestra lealtad a Dios. Por esto, las exhortaciones de Josué son tan importantes y esenciales para nosotros en el día de hoy como lo fueron entonces.

Además, nosotros sabemos ahora lo suficiente de la historia de la iglesia como para habernos dado cuenta de los desastres que le sobrevinieron cuando dentro de sus cultos se incluyeron ciertas prácticas paganas. De hecho, este no es un problema de la antigüedad únicamente. Por ejemplo, hace pocos años cierto arzobispo anglicano de Canterbury, después de una visita a la India en la que quedó impresionado por la espiritualidad de los hindúes, regresó diciendo a la nación británica que había llegado la hora de unirse con el hinduismo en la búsqueda de la verdad.

De hecho, se ha convertido en algo muy impopular decir en el día hoy que el Señor Jesucristo es *“el camino, y la verdad, y la vida y que nadie viene al Padre si no es por él” (Jn 14:6)*. A muchos les parece que eso denota una tremenda arrogancia, que es un insulto hacia personas de otra fe, y que ese tipo de declaraciones puede llegar a provocar conflictos y enfrentamientos entre la población, que deben evitarse procurando no hablar de esa manera ofensiva.

Por ejemplo, ocurrió recientemente en el Reino Unido que un grupo de evangelistas tuvieron una campaña y colgaron una pancarta en el exterior de su capilla con estas palabras del Señor Jesús: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”*. Un día, las autoridades locales telefonearon a esos hermanos advirtiéndoles que no volverían a darles permiso para una campaña semejante, porque podría ocasionar conflictos civiles entre la población.

Y mientras contemplamos que en el tiempo presente el mundo se mueve hacia la unificación de una religión mundial, los verdaderos creyentes tendremos que estar firmes en contra de todo tipo de sincretismo y ecumenismo, encontrando ayuda y lecciones de valor incalculable en el libro de Josué.

## 2. Josué y Cristo

Aunque ya hemos dicho que se trata de un libro histórico y que sus primeros lectores no lo trataron de forma tipológica, sin embargo, nosotros, que vivimos a este lado de la historia, tendremos inevitablemente que preguntarnos cuál es la relación entre la persona de Cristo y la de Josué si queremos llegar a interpretar el libro de Josué de forma correcta y completa. En otras palabras, hemos de adoptar un acercamiento cristológico a este libro. Voy a intentar demostrar lo que quiero decir usando un ejemplo:

A Josué se le mandó introducir al pueblo de Israel en la herencia que Dios les había prometido por medio de Abraham. Consideremos por unos momentos el pacto que Dios hizo con Abraham y que encontramos en Génesis:

*(Gn 15:7-21) “Y le dijo: Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra. Y él respondió: Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar? Y le dijo: Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también, y un palomino. Y tomó él todo esto, y los partió por la mitad, y puso cada mitad una enfrente de la otra; mas no partió las aves. Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, y Abram las ahuyentaba. Mas a la caída del sol sobrecogió el sueño a Abram, y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él. Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza. Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez. Y en la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí. Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates; la tierra de los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, los heteos, los ferezeos, los refaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos.”*

Este es el famoso pacto que Dios hizo con Abraham para darle a él y a su simiente la tierra de Canaán en herencia. Lo primero que debemos observar es que estamos delante de un documento legal que ha de analizarse con cierta precisión. Y al hacerlo, la primera pregunta que nos surge es: ¿Quién era la descendencia o “simiente” a quien Dios iba a dar esa herencia?

Para encontrar la respuesta debemos ir a lo que Pablo escribió a los Gálatas

*(Ga 3:15-16) “Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade. Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.”*

Pablo afirma que cuando Dios hizo la promesa de dar la herencia a Abraham y a su simiente, la simiente en la cual Dios estaba pensando era Cristo. Evidentemente este hecho tiene unas implicaciones muy amplias. La primera de ellas, y la más importante, es que nadie tiene derecho a ocupar la tierra de Israel aparte de Cristo y que será imposible interpretar correctamente el libro de Josué aparte de la persona de Jesús.

Otra consideración que se desprende es que la herencia prometida no fue dada a ningún israelita individualmente, ni tampoco a una generación concreta de israelitas. De hecho, observamos a través de la historia que en muy pocas ocasiones ocuparon los israelitas la

tierra. Y esto tiene que ver con su actitud frente a la “*simiente*” y a aquellos que antes de él anunciaron su venida (**Mt 21:33-46**).

Cuando pensamos en lo que le ocurrió a nuestro Señor Jesucristo cuando vino a este mundo para tomar posesión de su herencia, es triste considerar que la respuesta de los israelitas fue la de expulsarle violentamente de su propio país, clavándole en la cruz. Pero Cristo es el auténtico heredero y, por supuesto, va a tomar posesión de su herencia. Este mundo todavía no ha visto el final de esta historia. Él va a regresar, posará sus pies sobre el Monte de los Olivos, reclamará sus derechos mesiánicos y heredará esa tierra. Y no sólo Israel, sino el mundo entero, tal como nos dice el Salmo 2.

*(Sal 2:7-8) “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.”*

Ahora nosotros nos regocijamos en nuestros corazones sabiendo que un día veremos al Señor viniendo de nuevo a este mundo y contemplaremos con gozo cómo él tomará posesión no sólo de la tierra prometida a la simiente de Abraham, sino de toda la tierra y del universo entero. Y, dicho sea de paso, nosotros que creemos en él, también heredaremos todo eso. Es cierto que algunos creyentes piensan que la idea de tener una herencia terrenal no es un concepto muy espiritual, pero Cristo sí que tiene interés en esa herencia, porque él es la simiente a la que se hizo la promesa. Pero es que además nos dice la Escritura que cualquiera que es de Cristo, también es heredero de esa promesa:

*(Ga 3:26-29) “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”*

¿Entendemos el argumento? El término “*simiente*” en el contrato original se refiere a Cristo. Él va heredar el territorio; pero vosotros que habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo, sois de Cristo y, por lo tanto, por así decirlo, estáis dentro de Cristo, de manera que la herencia prometida a Cristo es compartida también por vosotros, que sois linaje de Abraham y herederos según la promesa. De modo que nos interesa mucho este libro de Josué, porque tenemos parte en la herencia que aquí se promete.

Sin embargo si nos acercamos al libro de Josué de esta forma cristológica, vamos a encontrarnos con algunas cuestiones y preguntas, como por ejemplo: ¿Cuál es la relación entre esa herencia eterna que recibimos en Cristo y la herencia de la cual tomó posesión Israel en los tiempos de Josué? Porque es sabido por todos los creyentes que, aunque Josué nos habla de cómo él llevó al pueblo de Israel a su herencia, Cristo, sin embargo, nos introduce a una herencia mucho más grande y eterna.

Pensando en esto, encontramos que Pedro describe nuestra salvación usando intencionadamente términos que nos recuerdan la herencia del Antiguo Testamento. Él nos dice en (**1 P 1:18-19**) que “*fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo*” y añade un detalle que evoca deliberadamente la memoria de la primera pascua: “*... como de un cordero sin mancha y sin contaminación*”. Con esto está estableciendo una conexión entre la redención de Israel de Egipto por medio de la sangre de corderos literales y la redención que ahora Cristo ha obtenido para nosotros por medio de su propia sangre.

Pero añade también otros detalles interesantes. Por ejemplo, nos recuerda que, al igual que Israel fue llevado a Canaán para tomar posesión de la herencia bajo el liderazgo de

Josué, nosotros hemos renacido *“para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 P 1:3-4).*

Sin embargo, aunque es cierto que Josué sí que dio reposo a los israelitas introduciéndolos en la herencia prometida, el escritor de Hebreos hace notar que siglos después de que eso ocurriera, Dios comenzó a hablar de otro reposo:

*(He 4:8-9) “Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.”*

Se estaba refiriendo a algo que el salmista había escrito siglos antes:

*(Sal 95:11) “Por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo.”*

El argumento usado en Hebreos es el siguiente: Si Josué les hubiese dado un reposo completo y si ése fuera el descanso definitivo que Dios promete, entonces no se hablaría de otro descanso siglos después. Y si Josué no cumplió en plenitud el propósito divino de dar un reposo definitivo al pueblo, se deduce que queda otro reposo para el pueblo de Dios, un reposo que no se cumplió en los tiempos de Josué.

Ahora bien, antes de continuar debemos preguntarnos varias cosas: ¿Cuál es la relación que existe entre el primer reposo en los tiempos de Josué y el segundo reposo que queda todavía, según Hebreos? ¿Cuál es la relación que existe entre la sangre de los corderos que redimieron a Israel y la sangre de Cristo mediante la cual nosotros somos redimidos?

Para buscar una respuesta vamos a examinar algo que dijo el Señor:

*(Lc 22:15-16) “Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios.”*

En estos versículos, el Señor está enseñando que la pascua se iba a *“cumplir”*. Y nuevamente surge una pregunta: ¿En qué sentido se tenía que cumplir la pascua?

Cuando pensamos en la idea bíblica de *“cumplir”*, con frecuencia tenemos en mente alguna predicción que tiempo después llega a cumplirse. Por ejemplo, el profeta dijo que el Mesías nacería en Belén y el Nuevo Testamento nos enseña que esa predicción se cumplió cuando Cristo nació en Belén. Zacarías predijo que el Mesías vendría montado sobre un borrico y que entraría en Jerusalén y de nuevo los evangelios recogen el cumplimiento de esa predicción en Cristo. Y como en estos ejemplos, así en muchas otras ocasiones.

Pero ahora, cuando pensamos en la pascua, no vemos cómo esto podría ser una predicción que requiriera un cumplimiento. De hecho, la pascua era un evento histórico que Israel repetía año tras año. ¿En qué sentido se puede *“cumplir”* un evento histórico del pasado? Pues bien, aquí nos tenemos que detener por unos momentos para analizar la relación entre estas dos cosas. Y, para entenderlo mejor, yo utilizo la palabra *“prototipo”* en lugar del concepto más sencillo que describe el término *“tipo”*.

Por ejemplo, nosotros utilizamos la palabra *prototipo* en el lenguaje moderno para describir los primeros aviones que se construyeron. Eran máquinas muy primitivas, pero que cumplían con el concepto básico de la aerodinámica y por lo tanto lograban volar. Ahora, cuando los comparamos con los sofisticados aviones modernos, uno casi pensaría que no tienen nada en común, y sin embargo, el mismo principio básico que permitió volar a aquella máquina primitiva es el que se expresa en un nivel mucho más elevado en los aviones modernos. Y nosotros no decimos que el primer avión era un *“tipo”* de los aviones modernos, sino un *“prototipo”*. De la misma manera, nos referimos a la pascua original

como un prototipo de la muerte del Señor Jesucristo, porque en la primera pascua se expresó el mismo principio básico que en la cruz del Calvario: la redención de la ira de Dios por medio de la sangre de una víctima inocente, aunque, por supuesto, en el Calvario ese principio se expresó en un nivel mucho más elevado. En este sentido, pues, la pascua era un prototipo de la muerte del Señor Jesucristo.

Y ahora sugiero que la conquista de la tierra prometida por Josué y la entrada de Israel a su herencia eran un prototipo de la gran herencia a la que nos lleva nuestro Josué, es decir, nuestro Jesús. Y, por lo tanto, podemos esperar encontrar los mismos principios básicos en la conquista de Canaán durante la época de Josué que los que veremos luego en un nivel mucho más elevado cuando Cristo nos lleve a nosotros a su gran herencia.

Pensemos ahora en otro ejemplo: ¿Fue el cruce del Río Jordán un prototipo? Y en caso de serlo, ¿de qué?

Algunos sugieren que representa el bautismo cristiano y para demostrarlo argumentan que éste va seguido de una vida de *“lucha contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (Ef 6:12).

Para otros, como John Bunyan, el autor de “El Peregrino”, se trata de una experiencia que tiene lugar en la vida del creyente cuando llegamos al final de nuestra carrera y cruzamos el Jordán para entrar en nuestra *“herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible”* de la que nos habla Pedro (1 P 1:4), pero mientras tanto estamos todavía en el desierto. Y, finalmente, hay los que piensan que la cuestión de los prototipos es irreal y que aquel episodio podría servir para expresar cualquier cosa que a uno se le ocurra, lo cual, por supuesto, es muy peligroso.

¿Con qué interpretación nos quedamos? Antes de nada, debemos recordar que contamos con la autoridad del Señor Jesucristo, quien dijo que la pascua se cumplió en su muerte. Por lo tanto, la cuestión de los prototipos no es fruto de la imaginación de nadie.

Por otro lado, el Nuevo Testamento nos confirma que dos cosas pueden ser verdícas simultáneamente a pesar de su aparente contradicción. Por ejemplo, Pablo escribe en (Ef 2:6) que los creyentes estamos sentados juntamente con Cristo en los lugares celestiales, y con esto no negamos el hecho de que estamos sentados aquí en la tierra y que no hemos entrado todavía plenamente en nuestro reposo último y definitivo. Y además, que estando ahora ya sentados en los lugares celestiales, sin embargo, todavía tenemos que luchar contra principados y potestades que están en las regiones celestes, según explica (Ef 6:12), porque en otro sentido aún somos peregrinos caminando hacia la ciudad celestial.

¿Y cómo podemos ordenar todo esto en nuestra mente? Pues tal vez estudiando en serio el libro de Josué como un prototipo dado por Dios para ayudarnos a entender la salvación que tenemos en Cristo.

Ahora bien, podríamos argumentar que, si ya tenemos la realidad en Cristo, ¿por qué hemos de preocuparnos de prototipos de Cristo en el Antiguo Testamento? O volviendo a la ilustración que utilizábamos antes: Si tenemos un avión moderno para volar, ¿cómo nos puede ayudar el estudiar una máquina primitiva de esas que mencionamos antes? ¿Para qué preocuparnos del estudio de Josué como creyentes hoy en día?

La respuesta sería que la entrada de Israel a la tierra prometida con Josué era algo que Dios planificó y realizó, y que no fue una idea primitiva inventada por Josué o Moisés. Y que, por lo tanto, cuando Dios estaba inspirando el libro de Josué y explicando cómo él hizo que el pueblo de Israel entrara en su herencia terrenal, Dios también sabía en aquel

momento que más adelante mandaría a su Hijo a nuestro mundo para llevarnos un día a una herencia mucho más gloriosa en el cielo.

No podemos creer que Dios llevó al pueblo de Israel a Canaán sin pensar por un momento en lo que iba a hacer más adelante con su Cristo en este mundo y que a posteriori se le ocurrió que podía usar la historia de Josué como una ilustración. Por lo tanto, estudiando este prototipo veremos que el diseño era deliberado por parte de Dios, no sólo para beneficiar a los israelitas en aquel entonces, sino para servirnos a nosotros como ejemplo de la gran salvación que tenemos en el Señor Jesucristo.

Y el mismo Dios que inspiró su palabra siglos atrás cuando escribió Josué, él mismo nos hablará a nosotros también por medio de este libro. Y seguro que al ir adentrándonos en el estudio de Josué, no podremos por menos que pensar automáticamente en el Señor Jesucristo. Dios lo sabe, porque fue él mismo quien diseñó aquellos acontecimientos como un prototipo para nosotros. De esta forma este relato del Antiguo Testamento nos ayudará a entender más de lo que Dios ha hecho a nuestro favor por medio de Cristo.

Antes de terminar esta introducción sobre el término técnico “prototipo”, quisiera hacer un par de aclaraciones:

Primeramente, debo decir que al referirme a un hecho como un prototipo, en ningún momento estoy negando su realidad histórica para convertirlo en una fábula. Así, por ejemplo, cuando me refiero a la entrada de Israel en Canaán, o cuando digo que Moisés guardó la pascua en Egipto, o que el pueblo de Israel cruzó el mar Rojo, o que las murallas de Jericó cayeron y que Rahab fue salvada por medio de la fe, en todos los casos me refiero a ellos como eventos históricos y experiencias personales reales.

Al usar la palabra prototipo para hablar de estas cosas, lo que quiero decir es que el Dios que salvó a Israel en esos tiempos ya tenía en mente una salvación mucho más grande que manifestaría en el futuro. Así que, el descanso que Josué dio al pueblo de Dios en Canaán fue una experiencia auténtica, pero no era la etapa final de la salvación, la cual sólo encontraremos en Jesucristo.

Entonces, al estudiar el libro de Josué debemos tener constantemente estas dos cosas en mente: Su experiencia fue genuina y real, por lo tanto, podemos aprender de ella lecciones reales y prácticas para nuestra propia vida. Pero, a la vez, vamos a encontrar que en muchos aspectos era un prototipo de la salvación que ahora tenemos en Cristo, la cual quedará reflejada e ilustrada en nuestro estudio de este libro.

# El libro de Josué: una visión panorámica

---

## Su lugar y función dentro del programa de Dios

### 1. El programa

El libro de Génesis recoge los detalles del programa que Dios entregó a Abraham (**Gn 15:12-21**). Allí encontramos que la nación de Israel surgiría de Abraham, que iría a Egipto, donde servirían como esclavos y que, después de 400 años, Dios los sacaría de allí para introducirlos en el país de Canaán con el fin de que lo poseyeran y disfrutaran.

### 2. La incapacidad de Moisés para llevar a cabo el programa

¿Cuál es el papel del libro de Josué dentro de este programa? Sabemos que Dios envió a Moisés para sacar al pueblo de Israel de Egipto y que por la fe guardó la pascua y guió a los israelitas durante cuarenta años por el desierto, si bien, finalmente, él mismo no los pudo introducir en Canaán. De hecho, no mucho tiempo después de que Israel saliera de Egipto, Moisés ya los había llevado hasta la misma frontera de Canaán y había enviado desde allí espías para reconocer el país. Sin embargo, a su regreso, el pueblo se reveló y rehusó entrar; incluso llegaron a hablar de buscar otro caudillo que los llevara de regreso a Egipto. Así que Moisés pasó 40 años vagando con ellos por el desierto hasta que se levantó una nueva generación.

Y en ese tiempo, bajo la presión de las grandes pruebas que tuvo que pasar por causa de ellos, llegó un momento en que perdió los estribos, se enojó y se rebeló contra Dios. Por ese motivo, le fue impedida la entrada en la tierra prometida, y aunque rogó a Dios con insistencia para que le dejara entrar, Dios se mantuvo firme en su postura. Por lo tanto, Moisés murió sin que el pueblo de Israel hubiera entrado en su herencia prometida. Si esto hubiera sido responsabilidad de Moisés, entonces todo el proyecto habría fracasado.

### 3. Lo que Moisés no pudo hacer, Josué lo hizo

El libro de Josué nos dice que lo que Moisés no hizo, ni pudo hacer, lo hizo Josué. Sería bueno que este concepto entrara bien en nuestras mentes y corazones.

### 4. Josué en griego es Jesús (He 4:8)

Hasta ahora, hemos estado hablando de un hecho histórico, pero demostraríamos poco discernimiento si en ello no viéramos un prototipo.

Sabemos que el nombre hebreo Josué es el nombre griego Jesús. Por tanto, bien se puede decir que lo que Moisés no pudo hacer, lo pudo hacer Jesús. ¿A qué Jesús me refiero? Pues al Josué histórico, que sin embargo apunta inconfundiblemente al Señor Jesucristo en el contexto de:

*(Ro 8:3-4) “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”*

Vemos, pues dos niveles en el libro de Josué: Un nivel histórico, en el que Moisés no pudo introducir al pueblo de Israel a la tierra prometida, misión para la cual fue necesario que llegara Josué. Y otro nivel, en el que Moisés, como representante de la ley, no pudo darnos salvación, por lo cual tuvo que aparecer nuestro Señor Jesús para introducirnos en la salvación eterna.

## Josué, una conquista en dos fases

El libro de Josué está dividido en dos partes que podríamos resumir de la siguiente manera:

- **(Jos 1:1-12:24)** Conquistando la herencia en su totalidad
- **(Jos 13:1-24:33)** Distribuyendo y disfrutando la herencia

En la primera fase, Josué dirige los ejércitos unidos de Israel para conquistar y poseer la tierra. Con ellos vence la resistencia de todos los reyes que habitaban el país. La sección termina en el capítulo 12, con una larga lista de todos los reyes derrotados.

La segunda parte comienza en **(Jos 13:1)** explicándonos que Josué —ya entrado en años— había dejado de dirigir los ejércitos unidos de Israel, y comenzaba la segunda parte de la conquista.

Quizá alguien se pregunte por qué eran necesarias dos fases para la conquista. Para contestar esa pregunta debemos comenzar analizando los hechos históricos:

En la primera fase, Josué iba capitaneando los ejércitos unidos de Israel. Tras la conquista de cada ciudad, Josué no podía permitir a los israelitas que se instalaran inmediatamente en ellas para poseerlas, porque el ejército tenía que estar unido hasta el final de toda la conquista. De no ser así, el ejército quedaría demasiado menguado al llegar al norte de Canaán, donde había reyes poderosos, que fácilmente los habrían derrotado.

De ahí que el hebreo emplee una palabra especial para describir el proceso por el que ellos “*tomaron*” estas ciudades. El término no quiere decir que poseyeran las ciudades en el sentido de entrar y residir en ellas, sino que expresa la idea de que derrotaron al pueblo que allí vivía.

Al llegar al final de la primera fase, encontramos que Josué era un hombre viejo y que ya no dirigía los ejércitos unidos de Israel. Ahora cada tribu tenía que “*tomar posesión*” de los territorios que le habían sido concedidos. Una “toma de posesión” para la que el hebreo usa un verbo diferente.

Esta segunda fase de la conquista resultó ser muchas veces una labor muy ardua para ellos, ya que implicaba igualmente combate y pelea, porque si bien Josué había vencido a los reyes que ocupaban aquellas tierras, cuando más tarde las tribus llegaron a tomar posesión de su herencia, se encontraron que algunos de los cananeos habían vuelto y no estaban dispuestos a marcharse. Así que, para llegar a tomar plena posesión de su herencia, tuvieron que luchar. Veremos cómo algunos lo hicieron bien, mientras otros lo hicieron mal.

Y al pensar en estas dos fases históricas de la conquista de Canaán, no puedo resistirme a ver en ellas un prototipo de nuestra propia salvación. Encuentro que nosotros también tenemos que hacer la misma distinción: Entre lo que Cristo ha hecho para introducirnos en nuestra herencia y lo que todavía tendremos que pelear nosotros para disfrutar plenamente esa herencia que Cristo nos ha dado.

El apóstol Pablo es un claro ejemplo de esto cuando nos dice en el capítulo 3 de Filipenses que, en cuanto a la cuestión de la justificación y la salvación, él tuvo que rechazar todos sus intentos y esfuerzos de antaño para guardar la ley de Dios y descansar plenamente en Cristo, siendo hallado en él, no teniendo su propia justicia, que era según la ley, sino la justicia que es por la fe en Cristo Jesús. Pero más adelante nos

dice que, aunque sabía que ya había sido justificado, sin embargo tenía que seguir luchando:

*(Fil 3:12-14) “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”*

Esto se aplica también a nuestra propia experiencia cristiana. Así que, por un lado la primera parte de Josué es para nosotros una ilustración de lo que Cristo ha hecho para llevarnos a nuestra herencia celestial. No se trata, por tanto, de lo que nosotros tenemos que hacer para entrar en la herencia, sino de lo que Cristo, nuestro Josué, ha hecho y de lo que todavía ha de hacer para introducirnos plenamente a nuestra herencia. Por otro lado, la segunda parte de Josué nos servirá como una ilustración de las batallas que nosotros personalmente tendremos que librar para entrar plenamente en el disfrute de nuestra herencia.

## Primera parte

Resumen de la primera fase (**Jos 1:1-12:24**).

Tres secciones:

- (**Jos 1:1-4:24**).
- (**Jos 5:1-8:35**).
- (**Jos 9:1-12:24**).

Tres objetivos

- Hacer pasar al pueblo el río Jordán e introducirlos en la herencia prometida.
- Establecer la ley de Dios en Canaán.
- Suprimir todo dominio y autoridad.

Tres obstáculos

- Un obstáculo de la naturaleza: el río Jordán desbordado.
- Jericó y Hai.
- Las confederaciones enemigas del Sur y del Norte.

Tres milagros

- Las aguas del Jordán se dividieron.
- Las murallas de Jericó cayeron.
- Grandes piedras cayeron del cielo y el sol y la luna se detuvieron.

## Las tres secciones

### I. Primera sección

El primer objetivo consistía en hacer entrar al pueblo de Israel en Canaán, para lo que tendrían que cruzar el río Jordán, que en aquel momento se encontraba desbordado (**Jos**

**3:15).** Por ese motivo, Dios mismo intervino en la situación haciendo el milagro de separar las aguas e introducir al pueblo en la tierra prometida (**Jos 3:16-17**).

Al acabar la sección, debemos notar un detalle que se repite en cada una de las secciones: Que Josué estaba cumpliendo todo lo que Moisés había mandado, lo cual él mismo no había podido cumplir:

*(Jos 4:10-11) “Y los sacerdotes que llevaban el arca se pararon en medio del Jordán hasta que se hizo todo lo que Jehová había mandado a Josué que dijese al pueblo, conforme a todas las cosas que Moisés había mandado a Josué; y el pueblo se dio prisa y pasó. Y cuando acabó de pasar, también pasó el arca de Jehová, y los sacerdotes, en presencia del pueblo.”*

## 2. Segunda sección

Al pensar en el segundo objetivo, tengamos claro que éste no era la destrucción de Jericó y Hai. El propósito se encuentra descrito en:

*(Jos 8:30-35) “Entonces Josué edificó un altar a Jehová Dios de Israel en el monte Ebal, como Moisés siervo de Jehová había mandado a los hijos de Israel, como está escrito en el libro de la ley de Moisés, un altar de piedras enteras sobre las cuales nadie alzó hierro; y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, y sacrificaron ofrendas de paz. También escribió allí sobre las piedras una copia de la ley de Moisés la cual escribió delante de los hijos de Israel. Y todo Israel, con sus ancianos, oficiales y jueces, estaba de pie a uno y otro lado del arca, en presencia de los sacerdotes levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, así los extranjeros como los naturales. La mitad de ellos estaba hacia el monte Gerizim, y la otra mitad hacia el monte Ebal, de la manera que Moisés siervo de Jehová, lo había mandado antes, para que bendijesen primeramente al pueblo de Israel. Después de esto, leyó todas las palabras de la ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la ley. No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, y de las mujeres, de los niños, y de los extranjeros que moraban entre ellos.”*

Notamos nuevamente el énfasis en que lo que estaba haciendo ahora Josué era lo que Moisés había mandado, según vemos en (**Dt 27:1-10**). En aquel momento, Dios fijó como uno de los objetivos principales al entrar en Canaán el de establecer allí la ley de Jehová. Ahora bien, para llevar a cabo ese objetivo había que vencer un obstáculo: las ciudades de Jericó y Hai, que se encontraban en el camino a los montes Gerizim y Ebal, lugar escogido por Dios para proclamar la ley. Este obstáculo fue removido por una intervención directa de Dios, que derribó los muros de Jericó y logró así que el objetivo se cumpliera.

En definitiva, el hecho histórico del que estamos hablando es que Josué estableció la ley de Dios en la tierra de Canaán, según el mandamiento que Moisés había dado y que él mismo no había podido cumplir. Y de nuevo tenemos que recordar que precisamente el objetivo de la salvación de Dios para nosotros en este tiempo no es que nos olvidemos de la ley, sino que lleguemos a cumplirla por medio de nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo:

*(Ro 8:4) “Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”*

## 3. Tercera sección

Empezamos haciendo la observación de que esta tercera sección comienza de forma similar a como lo hizo la segunda. Al ver la similitud entre (**Jos 5:1**) y (**Jos 9:1**), nos

damos cuenta de que esta división en secciones no es invención nuestra, sino reflejo del diseño que subyace en el libro.

El objetivo principal que el pueblo de Israel tenía por delante al llegar a esta etapa era la supresión de todo dominio y autoridad. Esto llega a su clímax en **(Jos 12:7-24)**, donde encontramos una larga lista de los reyes derrotados por Josué y el pueblo de Israel.

Nuevamente observamos cómo se enfatiza que esto había sido ordenado también por Moisés, sin que él mismo pudiera cumplirlo:

**(Jos 11:12)** *“Asimismo tomó Josué todas las ciudades de aquellos reyes, y a todos los reyes de ellas, y los hirió a filo de espada, y los destruyó, como Moisés siervo de Jehová lo había mandado.”*

**(Jos 11:15)** *“De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué; y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Jehová había mandado a Moisés.”*

**(Jos 11:19-20)** *“No hubo ciudad que hiciese paz con los hijos de Israel, salvo los heveos que moraban en Gabaón; todo lo tomaron en guerra. Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés.”*

**(Jos 11:23)** *“Tomó, pues, Josué toda la tierra conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus; y la tierra descansó de la guerra.”*

¿Y no resulta casi imposible leer esta historia sin ver en seguida que es un prototipo de lo que ha hecho a un nivel superior nuestro Señor Jesucristo? Él mismo, por medio de su muerte despojó a los principados y a las potestades, exhibiéndolos públicamente y triunfando sobre ellos en la cruz **(Col 2:14-15)** y, como dice en **(1 Co 15:25)**: *“Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”*.

En cuanto al obstáculo especial con el que se enfrentaron para conseguir el objetivo, fueron las coaliciones de reyes del norte y del sur. Y de nuevo esta vez Dios intervino milagrosamente haciendo caer grandes piedras desde el cielo que destruyeron gran parte de los ejércitos enemigos, y deteniendo luego la luna y el sol en respuesta a la oración de Josué. Es decir, nuevamente fue una intervención directa de Dios lo que permitió a Josué conseguir el objetivo.

#### 4. Diferencias entre las tres secciones

Hasta ahora, hemos considerado ciertas similitudes entre las tres secciones de la primera parte del libro de Josué, pero ahora vamos a fijarnos en las diferencias significativas que también existen entre ellas.

Por ejemplo, las tácticas militares usadas en cada una de las acciones militares llevadas a cabo por Josué fueron diferentes. Considerémoslas brevemente:

- En la primera sección, la preocupación principal de Josué era descubrir si el rey de Jericó tenía intención de salir de la ciudad y atacar a los israelitas mientras intentaban cruzar el río Jordán, que en aquel momento estaba completamente desbordado. Hubiera sido muy complicado hacerle frente en esas circunstancias, así que Josué envió espías con el fin de descubrir las intenciones de los habitantes de Jericó. Después de averiguar que no iban a atacarles, sino que se habían encerrado dentro de las murallas de la ciudad, el problema militar que Josué tenía que resolver era cómo penetrar en su ciudad amurallada.

- Sin embargo, con la ciudad de Hai la cuestión no era cómo entrar, sino cómo conseguir que el rey saliera, así que las tácticas militares empleadas por Josué tuvieron que ser necesariamente diferentes.
- Al llegar a la tercera sección, vemos una táctica distinta: Josué tuvo que hacer una marcha forzada con su ejército durante toda la noche para sorprender a la coalición de reyes del sur.

También observaremos que hay diferencias importantes entre los obstáculos con los que se encontraron y la naturaleza de los milagros que Dios hizo para vencerlos. Y, sin detenernos para sacar conclusiones, tendremos que analizar la relación que hay entre cada una de estas similitudes y diferencias.

Permítanme usar una ilustración que nos ayude a entender por qué es necesario hacer un análisis preciso de cada una de estas tres secciones: Tres hombres van a la consulta del médico quejándose de un dolor en la garganta. El médico, después de examinar al primero, le pregunta si estuvo en el partido de fútbol del sábado vociferando durante toda la tarde, a lo que el paciente contesta que sí; así que el médico lo manda a su casa y únicamente le prescribe guardar silencio un par de días. Después de examinar al segundo, le diagnostica faringitis y le da un antibiótico. Al tercer paciente también le duele la garganta, pero el médico, tras examinarlo con un semblante de preocupación, manda practicarle una biopsia porque teme que el problema en su garganta pueda ser un cáncer. En los tres casos hay similitudes, pero también diferencias que resultan claves para establecer el diagnóstico.

## 5. Resumen y conclusión

Las cosas que vamos a encontrar en el libro de Josué son historia, pero, según las vayamos estudiando, nos daremos cuenta que también nos hablan en un nivel mucho más elevado de cosas que tienen que ver con nuestra salvación. Comprenderemos mejor lo que “nuestro Josué” ha hecho para introducirnos en nuestra herencia, cómo ha suprimido todo dominio y autoridad, cuáles son los objetivos principales de esta salvación y cómo Dios los está llevando a cabo. También tendremos una visión más clara de los obstáculos con los que nos encontraremos y las luchas que tendremos que mantener antes de llegar a un disfrute pleno de nuestra herencia. Y, por fin, veremos cuáles son los medios milagrosos que el Señor utiliza para llevarnos al triunfo final.

En otras palabras, lo que quiero sugerir es que, según vayamos estudiando la primera fase de la conquista de Canaán, veremos de una forma muy significativa lo que el Señor ya ha hecho y está haciendo para introducirnos a nuestra herencia. Por lo tanto, una correcta exposición de la primera parte de Josué ha de enfatizar la gloria de esa gran salvación y herencia que tenemos por medio de nuestro Señor Jesucristo, mientras que la segunda parte del libro tiene que ver con lo que nosotros tenemos que hacer para entrar en el disfrute práctico de nuestra herencia.

# Israel se negó a entrar con Moisés en la Tierra Prometida

---

Vamos a considerar el primer objetivo que el Señor puso delante de Josué y que hemos resumido diciendo que consistía en introducir al pueblo de Israel en su heredad.

## Despreciaron la herencia que Dios les daba

Ya hemos comentado que Moisés no pudo introducir al pueblo de Israel en su herencia y hemos mencionado también las múltiples dificultades por las que tuvo que pasar en el desierto. El libro de Éxodo relata cómo Moisés —por la fe— guardó la pascua en Egipto y cómo después —por la fe— las aguas del mar Rojo se abrieron y el pueblo pasó por en medio de ellas al otro lado. Y, aunque todo esto supuso una gran victoria de fe para Moisés, el pueblo no tardó en empezar a quejarse de que no había suficiente comida y que el maná era demasiado liviano, hasta el punto de que sus almas llegaron a aborrecerlo. Esto no auguraba un buen futuro, porque, igual que el maná tenía sabor a miel, el país de Canaán hacia el cual se dirigían se describe en el Antiguo Testamento como una *“tierra que fluye leche y miel”*. Por tanto, si les desagradaba este sabor en el desierto, ¿para qué iban a ir a un país en el que encontrarían lo mismo? Así que cuando llegaron a la misma frontera de Canaán, toda aquella generación le dijo a Moisés que si lo hubieran sabido antes, se habrían quedado en Egipto.

Nosotros también necesitamos ser realistas en cuanto a cómo va a ser el cielo. La Biblia que tenemos en nuestras manos es la conversación que Dios mantiene con nosotros, y si esto nos resulta aburrido ahora, entonces ¿para qué ir al cielo, si allí vamos a tener que “aguantar” este tipo de conversación durante toda la eternidad?

Cuando el pueblo de Israel llegó al monte Sinaí, Moisés subió allí para recibir la ley y desapareció durante cuarenta días. Nuevamente el pueblo empezó a murmurar sobre este Moisés que los iba a llevar a un país prometido, pero que había desaparecido. Y, aunque les había prometido que iba a volver, habían pasado cuarenta días y no había señal de él, así que empezaron otra vez a pensar en buscarse otro caudillo que los llevara de vuelta a Egipto. De manera que se construyeron un becerro de oro y dijeron que esos eran sus dioses. Con todo ello provocaron la ira de Dios, al punto que se propuso destruirlos a todos y comenzar otra nación a partir de Moisés y su descendencia. Si Dios hubiera hecho esto no habría faltado a ninguna de sus promesas a Israel, puesto que Moisés también era israelita, pero Dios escuchó la intercesión de Moisés y, si bien los juzgó de forma severa, les dio otra oportunidad de progresar hacia la tierra prometida.

Sin embargo, cuando unos pocos meses después llegaron al límite de la tierra prometida, Moisés mandó doce espías para reconocer el país y, a su regreso, sólo dos de ellos, Josué y Caleb, dieron un informe favorable. Los demás dijeron que era un país terrible, lleno de gigantes, que devoraba a sus habitantes, aunque sí que reconocieron que era un país de *“leche y miel”* e incluso trajeron un racimo enorme de uvas como muestra de ello. Pero ni esto, ni los esfuerzos de Josué y Caleb sirvieron para persuadirles de que Dios les daría el triunfo final en las luchas que inevitablemente tendrían que enfrentar. El pueblo empezó otra vez a llorar y a lamentarse de la situación, se rebelaron nuevamente contra Moisés y pensaron en apedrear a Josué y Caleb.

## Los israelitas que salieron de Egipto no eran verdaderos creyentes

Podemos preguntarnos ¿cuál era el significado de su actitud? Y Dios mismo nos lo describe en:

**(Nm 14:11)** *“Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?”*

Estaban irritándole al despreciar la gloriosa herencia que les ofrecía, diciéndole que ni les gustaba ni la querían. Pero, por encima de esto, eso suponía un profundo desprecio hacia Dios mismo. En el fondo, todo arrancaba del hecho de que no eran creyentes verdaderos, y de ahí la pregunta que se hace Dios: *“¿Hasta cuando no me creerán?”*. Puede resultarnos contradictorio pensar que no eran creyentes si recordamos el momento en que, después de haber visto las grandes obras de Dios en Egipto y la forma milagrosa en la que cruzaron el mar Rojo, se nos dice que todos ellos creyeron a Dios y a Moisés:

**(Ex 14:31)** *“Y vio Israel aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo.”*

Pero resultó muy triste ver que sólo creyeron durante un espacio de tiempo muy corto, mientras el milagro todavía estaba delante de ellos. Quizá nos ayude a entenderlo la parábola del sembrador y la semilla que fue sembrada entre pedregales:

**(Mr 4:16-17)** *“Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan.”*

Y así era el caso de estos israelitas que salieron de Egipto. Se constata de nuevo en:

**(Nm 14:22-23)** *“Todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá.”*

Y, como consecuencia de eso, el pueblo vagó por el desierto durante cuarenta años, hasta que toda aquella generación murió. Podemos simpatizar con Moisés considerando todos sus sacrificios hacia ese pueblo, cómo podía haberse quedado cómodamente sentado en los sillones del palacio de Faraón, y en cambio le tocó ver cómo el pueblo tiraba por tierra todo el proyecto.

## La verdadera fe se manifiesta por las obras

Ahora bien, lo más serio del asunto era que el evangelio predicado al pueblo de Israel por medio de Moisés tenía dos partes: La primera consistía en sacarles de la esclavitud de Egipto y la segunda, en introducirlos en la tierra prometida a sus padres. Este evangelio era una unidad indivisible, no había ninguna parte opcional. Moisés nunca les dijo a los israelitas que lo importante era salir de Egipto y que después, si lo deseaban, podían optar por atravesar el desierto e ir a la tierra prometida (como si fuera una especie de asignatura optativa para los más aventajados) o bien quedarse cómodamente en algún lugar cercano a Egipto oliendo las cebollas y los puerros de la vega del Nilo. No, nunca hubo tal evangelio y Dios lo dejó bien claro desde el principio:

**(Ex 3:8)** *“Y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo.”*

Este es un fenómeno que se repite en la historia de Israel. Leemos en:

**(Sal 95:7-11)** *“Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano. Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras. Cuarenta años estuve disgustado con la nación, y dije: pueblo es que divaga de corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo.”*

No sabemos cuántos siglos después de que ocurriera aquello en el desierto se escribió este salmo, pero nos volvemos a encontrar con la posibilidad de que el pueblo cayera en lo mismo. Por eso el salmista les exhorta para que no imiten la actitud de sus antepasados: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”*.

Siglos más tarde, el escritor de la epístola a los Hebreos vuelve a citar este mismo Salmo en **(He 3:7-11)**, para después hacer una exposición sobre él:

**(He 3:12-14)** *“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retenemos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”*.

Vemos enseguida que el escritor estaba preocupado por la gente a la que dirige su carta. En varias ocasiones les recuerda la profesión de fe que habían hecho y les alaba por las persecuciones que habían soportado al principio de su conversión. De hecho, aunque les habla así, en lo profundo de su corazón él piensa que son creyentes genuinos, que hay suficientes evidencias para pensar así:

**(He 6:9)** *“Pero en cuanto en vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así.”*

Sin embargo, su comportamiento en el momento de escribirles la carta despierta su preocupación al punto de llegar a preguntarse: ¿Serán creyentes genuinos?

## Condiciones para la salvación y evidencias de la salvación

Antes de seguir adelante, será necesario que distingamos entre las condiciones para la salvación y las evidencias de la salvación. Pongamos un ejemplo: Cuando un niño nace, la comadrona o el médico lo toman por los talones y le dan unos azotes en las nalgas para que el niño comience a llorar. ¿Por qué hacen esto? Porque el lloriqueo del niño es una evidencia de que está vivo. Por supuesto, no consigue la vida por su lloriqueo; la vida es un don de Dios que recibe a través de sus padres. Pero si el niño no llorase, inmediatamente cundiría la preocupación, porque se necesita alguna evidencia de que hay vida.

Ahora bien, las evidencias pueden ser a veces contradictorias, y así resultó ser en el caso de estos hebreos, que si bien habían hecho profesión de fe y habían confesado que Jesús era el Mesías en el pasado, ahora son exhortados a que muestren la misma evidencia:

**(He 4:1)** *“Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.”*

Les encomienda fervorosamente que sean diligentes para entrar en el descanso de Dios y les recuerda lo que pasó en el desierto con aquella generación que salió de Egipto y que rehusó entrar en la tierra prometida, de manera que sólo la siguiente generación pudo entrar con Josué. Ahora, además, el escritor les dice que ese reposo que Josué dio a la nación no era el descanso final que Dios tenía en mente. De hecho, el Salmo 95 que hemos mencionado antes, vuelve a hablar de otro reposo y de la posibilidad de que sus contemporáneos tampoco entraran en él. Por lo tanto, nuevamente volvía a existir el peligro real para estos hebreos de que habiendo llegado el reposo final, ellos también fallaran y dejaran de entrar:

**(He 4:9,11)** *“Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios... Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.”*

Lo que preocupaba al escritor de Hebreos era que, si bien esta gente había hecho una profesión de fe en Jesús como el Mesías, que en un principio parecía genuina, a juzgar por las evidencias, al mirar su comportamiento actual, se veían ciertas contradicciones. ¿Qué significaba eso? ¿Es que quizá estaban rehusando entrar en la gran herencia que Dios había prometido? Y al hablar de herencia nos referimos a cosas muy bellas como, por ejemplo, la realidad del Señor Jesucristo como nuestro Sumo Sacerdote en los cielos tomando el lugar de Aarón y su sacerdocio, o su sacrificio perfecto que elimina para siempre la necesidad de los sacrificios judíos en el templo, o el descanso final en la ciudad eternal hacia la que Abraham estaba viajando como peregrino... y mucho más. Pero ahora parecía que ellos habían perdido el interés en seguir adelante para reclamar todos los grandes beneficios que tenemos en Cristo como herederos.

¿Qué debemos pensar? Primeramente, debemos tener cuidado en no ser fariseos en nuestro enjuiciamiento de otras personas. Sin embargo, es cierto que un asunto así forzosamente preocupará a un auténtico pastor. Cuando vemos a personas que han hecho una profesión de fe en el Señor Jesucristo, pero no parecen tener ningún interés en progresar en cuanto a las cosas de su gran herencia, eso es preocupante.

## La auténtica fe se manifiesta por su perseverancia

Pablo comenta esta cuestión tan fundamental en el capítulo 3 de Filipenses. Allí nos habla de su conversión, de cómo llegó a ver que todos sus esfuerzos para guardar la ley de Dios, aunque parecieran meritorios, sin embargo eran inútiles para obtener la salvación. Él tuvo que aprender que la salvación era por gracia, por medio de la fe en Cristo y no por las obras de la ley, así que determinó que quería ser hallado en Cristo no teniendo su propia justicia, que era por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe. Para Pablo no había ninguna duda en cuanto a la salvación por la fe como un regalo de Dios que no había que ganar a base de esfuerzo. No obstante, esa doctrina llevó a Pablo a una vida entera de esfuerzo en la que luchaba por progresar en el conocimiento de Cristo, compartiendo sus experiencias, teniendo siempre en cuenta el alto llamamiento en Jesucristo. Y al hilo de eso dice:

**(Fil 3:15,17,18)** *“Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos... Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo.”*

La evidencia de que nuestra fe es genuina es que proseguimos hacia adelante a la meta de nuestra herencia celestial, por tanto es un síntoma muy preocupante cuando la gente que dice que ha nacido de nuevo no tiene interés en avanzar en cuanto a su conocimiento

de las inmensas riquezas de las grandes doctrinas de la gracia de Dios que encontramos en la Biblia, y se conforman con creerse seguros y a salvo de la ira de Dios, haciendo del cristianismo un entretenimiento musical o de otro tipo. Volvemos, entonces, a hacernos la pregunta: ¿Son o no son creyentes auténticos?

Es un asunto serio que se repite por toda la Biblia: personas que profesan ser creyentes pero que rehúsan seguir adelante en cuanto a su gran herencia. Lo hemos visto en Números 14, siglos después en el Salmo 95, aparece nuevamente en Hebreos 3 y 4 y también en Filipenses 3. Así que, permítidme que lo enfatice otra vez: La primera mitad del libro de Josué nos narra de qué manera Josué hizo que el pueblo de Israel entrara en su herencia. Al estudiar lo que corresponde a eso en el Nuevo Testamento, nos encontramos que la primera parte del libro de Josué está predicando la salvación, la gloriosa herencia que Cristo nos da. Es la historia del evangelio, de modo que la gente que rehusó entrar en su herencia en los tiempos del Antiguo Testamento estaba rechazando parte de ese evangelio, lo mismo que la gente a quien escribió el autor de Hebreos, que manifestaban asimismo señales de desgana en cuanto a su progreso espiritual y falta de disposición a abrazar el evangelio completo.

Por lo tanto, se trata de una situación muy seria la que nos sirve como telón de fondo al estudiar el libro de Josué. Será muy interesante observar lo que Josué hizo a favor del pueblo de Dios.

# Josué y la obediencia a la Ley (Jos 1:1-11)

---

Ahora, al acercarnos al libro de Josué nos encontramos que los nueve primeros versículos están dirigidos a Josué. Leemos en:

**(Jos 1:6)** *“Esfuézate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos.”*

Reflexionemos sobre estas palabras, porque están llenas de la misericordia y la gracia de Dios. De la misma manera que Dios había dado al pueblo un caudillo, Moisés (bien que él no pudo introducirles en la tierra prometida), ahora Dios les provee a Josué, que como recordaremos, es el nombre “Jesús” en griego y significa “Salvador”. Este Josué iba a ser el que Dios usara para que el pueblo heredara finalmente la tierra.

Notemos a continuación la insistencia de Dios a Josué para que cumpliera la ley que había mandado por medio de Moisés. Podemos verlo en:

**(Jos 1:7-8)** *“Solamente esfuézate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.”*

Al leer esas palabras no podemos dejar de pensar en nuestro bendito Señor Jesucristo, porque nuestra salvación depende de su obediencia a Dios. Esta idea aparece en un pasaje en el Nuevo Testamento que se encuentra en:

**(He 5:7-10)** *“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.”*

El mismo Hijo de Dios, quien podía dar órdenes a cualquiera de los ángeles, incluyendo el más elevado arcángel, los cuales obedecerían inmediatamente su mandato, no sólo se hizo humano, sino que aprendió la obediencia. Eso quiere decir que aprendió lo que cuesta obedecer y, habiendo pagado con ello un precio de sufrimiento muy alto, llegó a estar cualificado para ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.

¿Observamos el énfasis de estos versículos en el tema de la obediencia? Primero dice que él aprendió lo que era obedecer, y luego describe nuestra relación con él como creyentes, como una relación de obediencia.

¿Cuáles fueron las implicaciones de esa obediencia? Para saberlo, tendremos que meditar brevemente en:

**(He 10:5-14)** *“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley) y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad*

*somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.”*

No podemos escapar en este pasaje a la importancia de la obediencia y devoción del Señor Jesucristo. Él vino para hacer la voluntad de Dios y, gracias a que la cumplió plenamente, nosotros ahora hemos podido llegar a ser justificados delante de Dios. Nuestra salvación, por lo tanto, depende de la obediencia de Cristo. Y para comprender cuánto le costó esto a nuestro bendito Señor, tendríamos que leer sus oraciones al Padre en Getsemaní. Y puesto que tal vez Marcos enfatiza este hecho más que los otros evangelistas, leamos:

**(Mr 14:36)** *“Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.”*

Palabras breves pero tremendamente solemnes. Fijémonos en la expresión aramea que el Señor emplea “Abba” y que Marcos traduce después por “Padre”. Ésta era la palabra con la que el niño llamaba a su padre, pero debemos cuidar de no traducirlo como “papá” o “papaíto”. Era una palabra con la que el Hijo reconocía el amor del Padre hacia él y la intimidad de su relación, a la vez que expresaba la dignidad del Padre.

Ahora bien, escuchemos cómo oraba el Señor Jesucristo: Primero apela al amor del Padre hacia él para que pase esa copa, y luego añade “*todas las cosas son posibles para ti*”, con lo cual está apelando a su poder. Y no hemos de pensar que el Señor estaba actuando como un hipócrita, diciendo cosas que realmente no sentía, porque el autor de Hebreos nos dice que oró “*con gran clamor y lágrimas*”. Y enseguida continúa su oración diciendo: “*mas no lo que yo quiero, sino lo que tú*”. A esto precisamente se refiere el apóstol Pablo cuando dice en:

**(Fil 2:8)** *“Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”*

Por lo tanto, no debemos olvidar que nuestra salvación depende de la obediencia del Señor, lo cual se expresa en una terminología sencilla pero teológica en:

**(Ro 5:19)** *“Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.”*

Es un hecho que la desobediencia de un hombre en el huerto de Edén fue suficiente para pervertir toda la raza humana y así constituir pecadores a muchos. Y quizá alguien se queje por tener que sufrir como consecuencia de lo que otro hizo en el pasado, pero Dios contestaría a tal persona que de la misma manera está a su alcance la salvación gracias a lo que hizo uno, porque por la obediencia del Señor Jesucristo, los muchos son constituidos justos.

Por lo tanto, no deberíamos sorprendernos al volver a **(He 5:9)** y ver que nuestra relación con nuestro Salvador es descrita como una relación de obediencia: “*Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen*”.

Igualmente en la epístola a los Romanos, que desarrolla ampliamente los conceptos de salvación y justificación por la fe sin las obras de la ley, encontramos esta misma idea de salvación por la obediencia de la fe:

**(Ro 16:25-26)** *“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe.”*

El mandato de Dios a la gente para que se arrepienta exige obediencia y, de la misma manera que comenzamos la vida cristiana con la obediencia, así también tenemos que continuarla.

Volviendo, pues, de nuevo a Josué y viendo que Dios le dice que él sería quien introduciría a su pueblo Israel en la herencia y que esto iba a depender de su obediencia a la ley de Dios dada a Moisés, yo no puedo evitar pensar en otro Josué, nuestro Señor Jesucristo, que fue hecho en todas las cosas semejante a sus hermanos, excepto en el pecado, y por cuya obediencia hemos sido salvados y por cuyo poder e intercesión somos invitados a tomar posesión de nuestra herencia.

Finalmente, encontramos la respuesta de fe de Josué. No le cabía ninguna duda de que el pueblo entraría en la tierra prometida; Dios le había comisionado para hacerlo y lo haría:

**(Jos 1:10-11)** *“Y Josué mandó a los oficiales del pueblo, diciendo: Pasad por en medio del campamento y mandad al pueblo, diciendo: Preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión.”*

# El juicio de Dios sobre los cananeos (Jos 1:12-2:24)

---

## Las dos tribus y media de Israel

Continuando el relato del libro de Josué, en el capítulo 1 se trata el tema de las dos tribus y media de Israel (**Jos 1:12-18**). Encontramos el contexto de esta historia en (**Nm 32**): Cuando los israelitas estaban llegando hacia el final de sus 40 años en el desierto, y Dios les había dado la victoria sobre los moabitas y amonitas al oriente del Jordán, antes de cruzar el río para entrar en la herencia, dos tribus y media hicieron una petición a Moisés:

*(Nm 32:4-5) “La tierra que Jehová hirió delante de la congregación de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado. Por tanto, dijeron, si hallamos gracia en tus ojos, dése esta tierra a tus siervos en heredad, y no nos hagas pasar el Jordán.”*

Cuando Moisés escuchó esto erupcionó como un volcán, recordándoles cómo la generación anterior a ellos había rehusado entrar en la tierra prometida, prefiriendo quedarse allí afuera, por lo cual la ira de Dios se encendió contra ellos y tuvieron que estar vagando durante cuarenta años por el desierto. En esa coyuntura les dijo lo siguiente:

*(Nm 32:14-15) “Y he aquí, vosotros habéis sucedido en lugar de vuestros padres, prole de hombres pecadores, para añadir aún a la ira de Jehová contra Israel. Si os volviereis de en pos de él, él volverá otra vez a dejaros en el desierto, y destruiréis a todo este pueblo.”*

Era evidente el disgusto de Moisés, porque pensaba que ellos iban a repetir lo que había pasado cuarenta años antes. Efectivamente, si hubieran llegado a hacer eso, habría sido un desastre, porque era esencial para el éxito de la campaña que Israel pasara como un solo pueblo, todos juntos. Si Moisés o Josué hubieran permitido que, según se avanzaba en la conquista del territorio, los israelitas que lo desearan se fueran asentando, este proceso los habría debilitado de tal manera que llegarían a ser presa fácil para los cananeos. Moisés podía ver eso con claridad.

Ahora bien, cuando Moisés terminó su explosión de denuncias a las dos tribus y media, éstos explicaron sus verdaderas intenciones. Ellos sí que estaban dispuestos a pasar el Jordán con el ejército de Israel y no tenían intención de volver a su herencia hasta haber terminado la conquista de todo el país. De hecho, no sólo estaban dispuestos a ir con el ejército, sino que además lo harían en la vanguardia. Pero una vez que se completara la conquista, querrían que se les concediese su herencia en esa parte oriental del Jordán. ¡Qué tranquilo respiró Moisés al ver que las cosas no eran como él había sospechado!

Eso fue un tiempo atrás. Ahora, cuando Josué estaba a punto de conducir al pueblo a la herencia atravesando el Jordán, hizo que se acercasen los líderes de las dos tribus y media para comprobar sus intenciones; si de veras estaban dispuestos a guardar y cumplir la promesa que habían hecho a Moisés. Ellos corroboraron su compromiso y finalmente lo cumplieron, como veremos más adelante.

Pero la historia contiene una lección para todos nosotros: ¿Estamos progresando en las cosas de nuestra herencia o nos hemos asentado tranquilamente en la vida cristiana? ¿Vamos entre la vanguardia del pueblo de Dios? Que podamos decir con Pablo que nosotros también proseguimos a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

# El juicio de Dios

Ahora es el momento de abordar seriamente lo que se nos narra aquí acerca de los juicios de Dios sobre la cultura cananea.

## 1. Los ejecutores del juicio

Es un hecho interesante observar que Dios encargó a los israelitas la ejecución de sus juicios sobre los cananeos. Dios mismo podría haberlos ejecutado antes de que el pueblo de Israel entrara en Canaán, pero no quiso hacerlo así.

Ahora bien, no debemos olvidar que hay una gran diferencia entre los israelitas de aquel entonces y la Iglesia en este tiempo. A nosotros en esta era no se nos pide que ejecutemos los juicios de Dios sobre las naciones entre las que vivimos. De hecho, ¡qué escándalo supuso en la época medieval que la “Iglesia” asumiera ese papel! La Biblia nos prohíbe el uso de la espada para conseguir el establecimiento del Reino de Dios.

## 2. Aceptación de los juicios de Dios

Sin embargo, lo que sí se nos pide es que estemos de acuerdo con Dios sobre sus pronunciamientos de juicio. Eso precisamente es lo que tenemos que hacer al principio de nuestra vida cristiana, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en Jesús como nuestro Salvador. En ese momento manifestamos que estamos de acuerdo con su veredicto de culpabilidad sobre nosotros y aceptamos que merecemos su juicio.

Además, se nos manda que anunciemos que va a venir un día de Juicio para todo el mundo. Encontramos una descripción interesante de ese momento en el capítulo 4 de Apocalipsis. Allí el apóstol Juan nos describe la visión que tuvo del trono de Dios desde el que saldrán esos severos juicios contra este mundo, un trono del cual me quiero fijar en dos detalles: En primer lugar, que alrededor de ese trono, en un círculo completo, había un arco iris cuyo color prominente era el verde y que presumiblemente estaba en posición vertical (**Ap 4:3**). Y en segundo lugar (**Ap 4:4**), que había otro círculo alrededor del trono central, seguramente en posición horizontal, con veinticuatro tronos en los que estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas. En el lenguaje simbólico que utiliza Apocalipsis, esto indica que todo lo que salga de ese trono central pasará forzosamente a través de esos dos círculos.

La interpretación del significado del arco iris en el primer círculo no ofrece mucha dificultad, puesto que todos recordamos que esa fue la señal que Dios le dio a Noé cuando salió del arca; cuando le hizo la promesa de que nunca más destruiría el mundo con inundación. Por lo tanto, este primer símbolo nos está recordando que, en cierto sentido, Dios limita sus juicios por su misericordia.

El segundo círculo con los veinticuatro tronos alrededor ha suscitado muchas preguntas y arduo trabajo de los comentaristas para tratar de descubrir la identidad de esos veinticuatro ancianos. Pero mientras los comentaristas continúan con sus disquisiciones, nosotros podemos pensar, no tanto en quiénes eran, sino en lo que eran. Observemos que se nos dice que eran “*ancianos*”, término que indica edad y experiencia. Obviamente, no podemos aplicar esto a los ángeles, por lo tanto, nuestra primera conclusión es que se trata de seres humanos, cuyo ropaje simboliza una perfecta justicia y cuya posición alrededor del trono central indica que todos los juicios que salen de allí pasan a través de ellos.

En definitiva, este lenguaje simbólico nos está diciendo que al abordar la cuestión de los juicios de Dios, un ser humano, con un concepto perfecto de justicia y rectitud, estaría totalmente de acuerdo con Dios en los juicios que él va a derramar sobre este mundo.

También encontramos muchas veces en los Salmos expresiones de regocijo ante el hecho de que Dios va a intervenir en nuestro mundo para ejecutar sus juicios. En un lenguaje poético, aparecen los montes y el mar clamando y los árboles batiendo las manos porque un día va a venir ese juicio. Y de igual modo, cualquier persona en su juicio cabal, estaría de acuerdo en que la maldad no continúe para siempre en este mundo. Por tanto, esta doctrina de la ira de Dios y su juicio venidero es, en un sentido, motivo de regocijo para nosotros.

Pero, por otro lado, no puede alegrarnos la idea de un juicio venidero, si sabemos que todos nosotros somos pecadores... A no ser que primero hayamos experimentado la provisión que Dios ha hecho para salvar a los hombres de la ira venidera. Y en cualquier caso, no debemos olvidar que el pensamiento de los juicios de Dios contra la ciudad de Jerusalén, empañó de lágrimas el rostro de nuestro bendito Señor Jesucristo.

### 3. La severidad de los juicios de Dios

Al considerar el libro de Josué, una de las primeras cosas que llaman la atención es la severidad de los juicios de Dios. En algunas ocasiones, toda la ciudad tenía que ser puesta a filo de espada: hombres, mujeres, niños y todo cuanto tuviera aliento de vida tenía que ser destruido.

Esto nos obliga a hacernos ciertas preguntas muy serias: ¿Cómo podría ser justo Dios al ejecutar a niños inocentes juntamente con sus padres culpables? ¿Y cuál será nuestra respuesta cuando la gente nos diga que esta doctrina que encontramos en el libro de Josué es tan mala como la doctrina islámica de la Jihad, que da permiso a los musulmanes para matar a los paganos que no están dispuestos a convertirse al Islam?

### 4. La paciencia y longanimidad de Dios

Primeramente, tenemos que admitir que efectivamente eran juicios muy severos, pero no olvidemos la paciencia de Dios para con aquellos pueblos. Cuando Dios le dijo a Abraham en el capítulo 15 de Génesis que su simiente iba a entrar a poseer la tierra prometida, se le advirtió que esto no ocurriría hasta que hubieran pasado 400 años. Ahora surge la pregunta: ¿Por qué semejante demora? Pues Dios explica que la maldad del amorreo no había llegado todavía a su colmo, por lo cual prolongó su paciencia con ellos durante todo ese tiempo.

Este mismo tema se repite por todo el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en la respuesta que el apóstol Pedro da a los que se mofan porque después de dos mil años todavía el Señor Jesucristo no ha venido en juicio a este mundo:

*(2 P 3:8-9) “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”*

Notemos que su respuesta tiene dos partes: Primeramente, Dios no calcula el tiempo como nosotros. Y en segundo lugar, que la aparente demora se debe a que no quiere que nadie perezca, sino que está esperando a que todos se arrepientan. ¡Pero el día del Señor vendrá!

### 5. Juicios temporales

También debemos notar que los juicios ejecutados sobre los cananeos, aunque eran severos, sólo eran juicios temporales. Quiero decir que no era el Juicio del gran Trono Blanco, en el que todos los muertos comparecerán ante Dios. No hemos de pensar que los que murieron bajo los juicios de Dios en estas ciudades cananeas, automáticamente

fueran lanzados al lago de fuego, incluyendo a niños que todavía no habían llegado al uso de razón.

Sin embargo, estos juicios temporales apuntaban al Juicio Final, de modo que nuestros amigos no convertidos que encuentran tropiezo en este asunto de los juicios de Dios sobre Canaán, tal vez tendrían que pensar en un problema aún mayor: el Juicio Final y sus resultados eternos.

Esta es una doctrina que tenemos que afrontar y aceptar. Algunos evangélicos —y entre ellos varios muy conocidos— argumentan que cuando la Biblia habla de un juicio eterno y un castigo eterno, se refiere a que Dios va a aniquilar completamente y para siempre a los que no se hayan arrepentido. Es decir, el resultado será la perdición eterna, pero no un sufrimiento eterno en el que las personas serán plenamente conscientes. Otros mantienen por la Escritura, y yo soy uno de ellos, que el castigo será eterno en el sentido de que los que lo sufran serán conscientes eternamente. Hemos de estudiar cuidadosamente este asunto en la Escritura y enseñar sobre ello, pero, al hacerlo, debemos hablar con mucho tiento, prudencia y hasta lágrimas en los ojos... No es un tema que podamos exponer con frialdad y arrogancia.

## 6. Razones para el juicio

Cuando consideramos los juicios que Dios derramó sobre Canaán, hemos de analizar las razones por las que lo hizo. A ese fin nos puede ayudar el libro de Levítico, donde Dios avisó solemnemente a Israel antes de su entrada a Canaán para que no imitasen el comportamiento perverso de las naciones cananeas. Por ejemplo:

*(Lv 18:25) “Y la tierra fue contaminada; y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores.”*

Es una metáfora muy vívida que sugiere que la tierra no pudo soportar tanta perversidad y tuvo que vomitar a sus habitantes, de la misma forma que un hombre que ha tomado algo que le ha sentado mal al estómago no lo puede retener y lo vomita. Es por eso que Israel debía cuidar al entrar en Canaán de no imitar el comportamiento de aquellas naciones, si no querían que Dios los vomitara a ellos igualmente. ¿No nos recuerda esto también a las palabras que dirigió el Señor Jesucristo a la iglesia de Laodicea? *“Si no os arrepentís os vomitaré de mi boca” (Ap 3:14-22).*

Ahora bien, ¿cuáles fueron esos pecados sobresalientes de los cananeos que provocaron los juicios de Dios? En **(Lv 18:6-20)**, Dios hablaba de distintos tipos de perversión sexual y luego en **(Lv 18:21)** les avisó solemnemente sobre el sacrificio de niños al dios Moloc, porque semejante cosa profanaría el nombre de Dios. Esto significaba que, cuando los cananeos sacrificaban sus bebés en nombre de su religión pagana, estaban desafiando al mismo Creador. Israel, el pueblo de Dios, no debía hacer lo mismo, si bien, a pesar de esta amonestación, algunos de los monarcas de Israel hicieron precisamente eso.

Pero, antes de seguir adelante, debemos preguntarnos lo siguiente: Si Dios tuvo una actitud tan radical en cuanto al sacrificio de niños a ese dios pagano, niños que eran sacrificados pocos días o semanas después de haber nacido, ¿qué actitud tendrá hacia personas que matan a niños pequeños unas semanas antes de nacer? Aquí nos enfrentamos con un problema de grandes dimensiones en nuestra sociedad moderna. Desde que se legalizó el aborto en EEUU me dicen que se ha abortado a 40 millones de fetos. En Rusia el 80% de las mujeres ya han tenido 3 ó 4 abortos cada una, lo cual preocupa a las autoridades porque la población está disminuyendo. Como cristianos debemos tener compasión por esas mujeres rusas, que tienen que compartir una sola habitación, un cuarto de baño y una cocina con otras cuatro familias, mientras los maridos

se emborrachan con vodka. Y sin embargo, quitar la vida de esa manera a un ser humano inocente es una cosa muy seria delante de Dios.

Cuando el aborto se legalizó en Inglaterra, se permitía realizarlo hasta las 28 semanas de gestación, porque se creía que sólo después de ese periodo el feto llegaba a ser auténticamente humano. Ahora los avances de la ciencia han demostrado que un feto de 24 semanas ya está completamente formado, con lo que la gente ha tenido que revisar sus opiniones sobre el tema. Pero entretanto, miles de seres humanos enteramente formados ya no verán la luz.

Cuando consideramos el asunto de la vida humana en sí, surge la pregunta: ¿Qué es el embrión? ¿Es vida humana? ¡Claro que sí! De hecho, el resultado de su desarrollo no va a ser un simio ni un canguro, sino un ser humano. Y esto nos lleva a plantearnos cuál debería ser la actitud correcta hacia el embrión.

Además, ahora nuestra sociedad moderna se enfrenta con cuestiones fundamentales que surgen del conocimiento cada vez más avanzado en el campo de la genética. Por ejemplo, ahora se producen embriones “in vitro” en laboratorios para después implantarlos en el útero de una mujer, destruyendo a continuación los embriones restantes. Esto nos coloca frente a una cuestión de gran calado: ¿Cuándo comienza un embrión a ser humano?

Ahora bien, este no es el único problema con el que se encuentra nuestro mundo moderno. Algunos de los grandes expertos en cuestiones éticas en el mundo occidental, como el profesor Peter Singer, son evolucionistas y, por lo tanto, no creen que la vida humana proceda de Dios, sino que es el producto de unas fuerzas ciegas y casuales. Con esas premisas, no es difícil plantearse cuestiones como qué es y qué no es auténticamente humano y cuándo podemos hablar de asesinato. Dicho profesor sostiene que el valor de un ser humano se decide como consecuencia del desarrollo de su personalidad y, por lo tanto, un bebé humano tiene menos valor y consideración que —por ejemplo— un cachorro de león, porque el niño tarda mucho más en desarrollar sus capacidades. En consecuencia, si un niño presenta alguna imperfección, es totalmente correcto eliminarlo, aunque tenga cinco años. Y, aunque lo que estoy comentando pueden parecer las ideas descabelladas de algún científico medio loco, en realidad se trata de un catedrático de ética que expone estas tesis en su libro *A Companion to Ethics* (Basil Blackwell Ltd. 1991, 1993) y que representa a un buen número de profesores que están empezando a ocupar puestos relevantes en las universidades de EEUU e Inglaterra. En la cuestión del aborto, por ejemplo, otro profesor de ética, extremista también, escribe lo siguiente: “Si una mujer, después de quedar embarazada, decide que quiere ir de vacaciones al otro punto del globo y su estado le va a impedir el pleno disfrute de sus vacaciones, puede abortar el feto porque siempre podrá concebir otro niño cuando quiera”.

Por supuesto muchas personas se oponen a estas corrientes, pero aun así, seamos conscientes de que estamos empezando a ver los frutos de la evolución atea, porque por definición, si detrás de la vida humana no hay un Dios, entonces queda a criterio de los seres humanos si van a conceder valor a la vida o no.

Menciono estas cosas para que veamos que nuestro mundo occidental está aproximándose a una reevaluación de lo que es la vida humana. Y bajo esta nueva perspectiva, la mayoría ve con buenos ojos la manipulación genética si ésta puede servir para curar alguna enfermedad, aunque para ello haya que destruir embriones humanos.

Frente a todo esto, nosotros debemos recordar que una de las razones por las que Dios derramó sus juicios sobre los cananeos fue porque sacrificaban a sus recién nacidos a un

dios pagano, Moloc. ¿Creemos que Dios verá de forma diferente el hecho de que en tiempos modernos se sacrifican millones de pequeños fetos a la diosa Venus o Afrodita, la diosa del amor?

Volviendo ahora a nuestro pasaje de Levítico, otra de las razones que motivaron los juicios de Dios sobre Canaán fue la homosexualidad (**Lv 18:22**). También en el primer capítulo de Romanos se condena esta práctica y a los que la defienden.

Hemos avanzado mucho en este mal camino cuando consideramos que en EE.UU. se acaba de consagrar a un homosexual como obispo de la iglesia Anglicana. También el actual arzobispo de Canterbury en Inglaterra cree que no hay nada necesariamente malo en la práctica de la homosexualidad, y si bien él paralizó recientemente el proceso de nombramiento de un sacerdote homosexual como obispo anglicano, explicó que lo hizo simplemente para evitar un cisma dentro de la comunidad anglicana.

Recuerdo una ocasión cuando estuve en Jordania hace algunos años, cómo hablando con un médico musulmán, comencé a explicarle el concepto del pecado y la necesidad de perdón. Él me interrumpió indignado y me dijo: “¿Qué quieres decir con la palabra pecado? Nosotros no aguantamos a vuestro arzobispo anglicano que va diciendo al mundo que el tema de su propia sexualidad es ambivalente”.

Ahora no debemos olvidar que estas cosas fueron los motivos por los que Dios mandó a Josué exterminar a la mayoría de los cananeos, porque de la misma manera que la homosexualidad y otras perversiones similares han sido una de las causas principales del azote del SIDA en nuestro mundo moderno, la homosexualidad y el bestialismo en la sociedad cananea seguramente produjeron el mismo terrible efecto, envenenando lo que llamamos la reserva genética de aquel entonces. En ese caso, fue una gran misericordia de parte de Dios actuar como un cirujano y extirpar el cáncer que estaba amenazando a la humanidad entera.

## 7. La Persona encargada de la ejecución del juicio

En el momento en que Israel se preparaba para ejecutar los juicios de Dios sobre Jericó y Hai, Josué vio a un varón con una espada desenvainada en la mano y le preguntó: “¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?”, a lo que el varón contestó: “No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora” (**Jos 5:13-15**). Deducimos que este Príncipe había venido para supervisar la ejecución del juicio de Dios, lo cual nos recuerda que, a la hora de aplicar justicia, Dios no tiene preferencias ni por unos ni por otros; no hace acepción de personas.

Seguidamente el “Príncipe del ejército de Jehová” le dijo a Josué que quitara el calzado de sus pies porque el lugar en el que estaba era santo. Este detalle me hace pensar que este episodio se trata de una aparición del Señor Jesús antes de su encarnación. No olvidemos las palabras del Señor Jesucristo en:

**(Jn 5:22-23)** “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre.”

Esto requiere mucha meditación de nuestra parte. Que, cuando pensemos en estos juicios tan severos que Dios ordenó sobre Jericó y Hai, recordemos que en realidad fueron ejecutados por la persona que nosotros conocemos como Jesucristo nuestro Señor.

## Rahab

Vamos a considerar ahora un tema mucho más alegre que se encuentra en el capítulo 2 de Josué: la historia de Rahab. Es como un hermoso rayo de sol que encontramos justo antes de comenzar los juicios sobre la nación cananea. El descubrimiento de que Rahab era auténticamente creyente es fascinante.

Josué había mandado espías a Jericó con el fin de descubrir cuál sería la reacción de sus habitantes frente al avance del ejército israelita: ¿Permanecerían dentro de sus murallas mientras el pueblo de Israel cruzaba el río Jordán o por el contrario saldrían y les atacarían en medio de una operación tan complicada?

Cuando los espías llegaron a Jericó descubrieron que la ciudad no tenía la más mínima intención de salir a la ofensiva, sino que estaban plenamente confiados en sus fortificaciones, murallas y puertas. Era evidente, pues, que estaban esperando un ataque de Israel que confiaban en repeler desde dentro. Para Josué era importante saber esto, porque un ataque por sorpresa cuando el pueblo estuviera cruzando el río Jordán habría sido un golpe muy difícil de contrarrestar.

Pero quizá lo más sorprendente para los espías fue descubrir que dentro de la ciudad de Jericó había unos pocos creyentes en Dios. Por supuesto, Dios ya lo sabía y estaba haciendo todo lo necesario para salvarles, puesto que no los había designado para ser objetos de su ira sino para obtener salvación por medio de Josué. Es por eso que Rahab y su familia fueron salvados del juicio e incorporados dentro del pueblo de Dios. Tanto es así, que esta mujer cananea, que en un tiempo había sido ramera, llegó a ser una de las antepasadas de nuestro Señor Jesucristo, lo cual el evangelio de Mateo pregonaba sin ambages al mundo entero.

Antes de continuar, pensemos un poco en el estilo de vida que tenía esta mujer antes de convertirse. Ella ofrecía placer sin amor y amor sin lealtad, un ejemplo más de las actitudes de nuestra sociedad actual en estos asuntos. Ahora bien, ¿qué es lo que despertó su conciencia? Pues ella misma lo explica en:

*(Jos 2:9-11) “Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido. Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.”*

Sin duda, su experiencia fue una conversión genuina; ella se volvió de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero y por medio de la fe ser justificada. Su caso también se comenta en el Nuevo Testamento en la epístola a los Hebreos (**He 11:31**) —donde se dice que fue librada por la fe— y en la carta de Santiago (**Stg 2:25**), donde se nos dice que también fue justificada por sus obras cuando recibió a los espías y los envió por otro camino. Así que fue justificada por su fe y después también por sus obras.

Es interesante observar su búsqueda de seguridad y salvación de la ira venidera. Leamos lo que les dijo a los espías:

*(Jos 2:12-13) “Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová, que como he hecho misericordia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre, de lo cual me daréis una señal segura; y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis*

*hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte.”*

Los espías accedieron a su petición, pero ella no se fiaba. Había tenido a muchos hombres en su casa que mientras estaban con ella susurraban todo tipo de dulces palabras en sus oídos, pero una vez que se iban, no volvían a pensar en ella. No era de extrañar que no se fiara de estos tampoco. Y es que ahora su vida dependía de una cuestión básica: ¿Dónde podría encontrar seguridad? Así que lo que hizo fue obligar a los espías a que jurasen por el Dios viviente en la esperanza de que Dios haría que honraran su juramento.

¡Qué historia más bella: Rahab en busca de un amor que le diera seguridad y que sólo pudo encontrar en Dios! Así que, los hombres juraron y Dios honró su juramento. Y cuando más adelante llegamos al relato de la destrucción de Jericó, el escritor interrumpe su narración para decirnos que Josué mismo intervino para que los soldados salvaran la vida de Rahab y la de su familia.

Por tanto, cuando pensamos en los juicios de Dios sobre Jericó, no olvidemos cómo Dios manifestó su lealtad y amor a esta mujer que había sido ramera, pero que ahora había llegado a ser un ejemplo para todos nosotros. Imagínala mirando por su ventana, viendo cómo los ejércitos de Israel se acercaban cada vez más, y a Josué viniendo para ejecutar los juicios de Dios sobre Jericó. Y allí, en medio de esa ciudad destinada a la destrucción, ella tenía la seguridad y la certeza que le daba el juramento de Dios, a quien se había convertido de los ídolos para servirle de corazón, y esperar la venida de Josué, que le iba a librar de la ira venidera. Porque el designio para ella no era el juicio, sino la salvación que venía por medio de Josué.

En definitiva, el libro de Josué, en el que efectivamente abunda la idea de los juicios de Dios, está también lleno de demostraciones de su misericordia y de su bondad. Y démonos cuenta de que es antes de empezar a caer el juicio cuando encontramos esta entrañable historia que nos habla de la lealtad y la misericordia de Dios para todos aquellos que creen en él.

# El paso del río Jordán (Josué 3:1-5:12)

---

Ahora tenemos por delante el primer objetivo del libro de Josué, que, como recordaremos, consistía en que el pueblo de Israel cruzara el río Jordán para entrar a poseer su herencia.

## Un obstáculo de la naturaleza

Notamos enseguida que el obstáculo que tenían por delante no eran los enemigos cananeos, ni una ciudad amurallada, ni un ejército, sino el río Jordán, que en esa época del año estaba desbordado y lleno de maleza (**Jos 3:15**). Se trataba, por tanto, de un obstáculo puesto allí por la misma naturaleza.

Nosotros también, para entrar a poseer la herencia incontaminada, incorruptible e inmarcesible que tenemos reservada en el cielo, tendremos que atravesar igualmente un obstáculo puesto por la misma naturaleza: la muerte. Es evidente que vivimos en un universo moribundo que día a día va envejeciendo, lo mismo que nuestros cuerpos. Y salvo que podamos vencer el obstáculo de la muerte y la decadencia humana, es inútil hablar de una herencia incorruptible.

Pero la doctrina central del mensaje cristiano es que la muerte ha sido vencida por nuestro Señor Jesucristo. Ciertamente que él murió, tal como estaba anunciado en las Escrituras, y que fue enterrado, de la misma forma que probablemente nosotros lo seremos también un día. Pero esto es sólo la primera parte del evangelio, porque al tercer día resucitó de entre los muertos y de una forma tangible se apareció a una multitud de testigos, consiguiendo así que nuestra herencia sea una realidad. Veamos cómo lo describe el apóstol Pedro

*(1 P 1:3-4) “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que, según su grande misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.”*

## Una historia en tres partes

Ahora, al considerar cómo se venció este obstáculo, veremos que el relato de Josué se divide en tres partes:

1. En los primeros versículos del capítulo 3, encontramos algunas directrices que Dios dio a Josué y al pueblo antes de que comenzara la primera parte de esta historia, que abarca (**Jos 3:9-17**).

El énfasis en esta primera narración está en que, cuando la gente comenzó a avanzar hacia el río, se les ordenó que se quedaran detrás del arca, a cierta distancia, para que así pudiesen ver bien lo que estaba ocurriendo con el arca del pacto. Esto era muy significativo, porque implicaba que el mismo Dios del cielo estaba cruzando el río Jordán junto a ellos.

Es interesante notar que el versículo 17 concluye esta primera parte, indicándonos que el todo el pueblo terminó de cruzar el río:

**(Jos 3:17)** *“Mas los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Jehová, estuvieron en seco, firmes en medio de Jordán, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán; y todo Israel pasó en seco.”*

2. Después del final de la primera parte, bien podríamos pensar que la historia ya se ha terminado. Pero siguiendo el método narrativo de los historiadores hebreos, ahora vuelve al comienzo para relatar nuevamente la historia con un énfasis diferente. Es la sección que encontramos en **(Jos 4:1-14)**, donde se incluye un detalle importante: Ciertos hombres tuvieron que tomar piedras del lecho del río Jordán y llevarlas a la otra orilla para que sirvieran como testimonio y memorial para las futuras generaciones (versículos 4-6).

Este segundo relato concluye en el (versículo 14) de esta manera:

**(Jos 4:14)** *“En aquel día Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel; y le temieron como habían temido a Moisés, todos los días de su vida.”*

3. Por último, hay una tercera narración en **(Jos 4:15-24)** en la que se añade una nota histórica diferente. Era necesario que las futuras generaciones relacionaran el paso del río Jordán con el hecho anterior del paso del Mar Rojo, de modo que pudieran ver la similitud entre los dos eventos; uno al principio de su liberación y otro al final.

Además, había otro propósito, que se recoge al final de la narración:

**(Jos 4:24)** *“Para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Jehová es poderosa; para que temáis a Jehová vuestro Dios todos los días.”*

Pues bien, entendido que esta es una historia narrada en tres episodios, quisiera hacer una última reflexión. Para ello permitidme una ilustración:

Encontramos a una mujer hablando con su amiga sobre el cumpleaños de su hija. Le está contando que fue a la ciudad para comprar un regalo y que entró en una tienda donde le atendió una señorita muy simpática que se apellidaba Smith, la cual resultó ser nieta de una antigua conocida suya. Que la dependienta le explicó lo que sus padres le habían comprado a ella para su cumpleaños y que, como le pareció muy buena idea, compró lo mismo para su hija... En este punto podríamos pensar que ya ha terminado la historia del regalo, pero entonces la mujer comienza de nuevo a relatar que, antes de comprar el regalo, la señorita que le atendía le enseñó un magnífico adorno de plata, exactamente igual al que tenía su vecina de enfrente, pero que no quiso comprarlo porque le parecía más bien un regalo para hombre, y que por eso compró otra cosa... Y aunque parezca que la historia ha terminado por fin, la mujer empieza a hablarle a su amiga de que el regalo que compró tenía una etiqueta que explicaba las instrucciones para limpiarlo cuando se ensuciaba...

En realidad se trata de una sola historia, pero se ha contado en tres partes diferentes. ¿Y por qué me he detenido a explicar esto? Porque algunos críticos muy “inteligentes”, cuando llegan a esta historia que Josué nos cuenta en tres partes, automáticamente ven en ello una clara evidencia de que el autor usó tres fuentes distintas de información, y en seguida se lanzan a la búsqueda de contradicciones entre las diferentes narraciones, para finalmente concluir que cada una de las partes se debe a un autor distinto. Pero eso no tiene sentido. A veces pienso que sería muy recomendable para esos eruditos, profesores de universidad, que se mezclaran un poco más con la gente corriente y vieran la forma en que cuentan sus historias.

### **I. Primera historia: “Semejante a sus hermanos”**

Vamos a considerar por unos momentos la primera parte de esta historia. En primer lugar, se nos pide que nos coloquemos detrás, a cierta distancia, para poder ver cómo el Dios

de todo el universo, que se manifestaba por medio de aquella arca, bajaba hasta el río Jordán. Y que, junto con los israelitas, nos maravillamos de aquel espectáculo. Nos podemos imaginar cómo a aquellos israelitas se les pondría el vello de punta cuando vieran el arca de Dios acercarse al Jordán y los pies de los sacerdotes comenzaran a entrar en el agua. Y sería bueno que nosotros también, después de tantos siglos, fuéramos capaces de asombrarnos ante la grandeza de lo que estaba pasando: Que Dios mismo había descendido del cielo para llevar a su pueblo a tomar posesión de la tierra prometida.

Porque no olvidemos que, si Dios hubiera querido, podría haber descendido del cielo a cualquiera de las dos orillas del río Jordán; eso para él no habría sido un problema. Podemos preguntarnos entonces: ¿Por qué Dios lo hizo así? ¿Qué necesidad había de cruzar el Jordán? Y la respuesta es sencilla: Él había bajado para conducir a Israel a través del Jordán hasta su herencia y, por lo tanto, era necesario que él mismo pasara con ellos.

La historia nos cuenta que cuando los pies de los sacerdotes que llevaban el arca pisaron el agua, el río vio a su Creador y, reconociéndole, se dividió en dos partes. Luego, los sacerdotes bajaron hasta el lecho del río y el Dios de toda la tierra estuvo allí parado hasta que todo el pueblo de Israel hubo pasado.

Esta historia llega a ser para nosotros un prototipo de lo que es la esencia del evangelio. La epístola a los Hebreos nos dice que para llevar muchos hijos a la gloria, Dios tuvo que hacerlo de la forma que convenía, según explica:

*(He 2:10) “Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.”*

El camino hacia la gloria implicaba muchos sufrimientos, así que, para poder llevar allí a muchos hijos, era necesario un Salvador bien cualificado. Porque Dios, una vez que nos ha perdonado, no nos deja solos para que cada uno busque el camino al cielo por su cuenta. Ni tampoco correspondería con su carácter enviar al arcángel Miguel para que nos guiara, puesto que él no sabía nada del camino de sufrimiento que eso implicaba. Así que, la única manera conveniente y que se ajustaba al carácter de Dios, fue la provisión de un capitán, un pionero de la salvación que tuviera las cualidades necesarias porque él mismo hubiera sido perfeccionado por aflicciones. Ese no podía ser otro que nuestro bendito Señor Jesucristo.

Más adelante el autor de la epístola hace una declaración sorprendente (**He 2:17**): “*Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos*”. Es evidente que Dios no tenía ninguna obligación de salvarnos y que, cuando decidió hacerlo, fue únicamente por su propia gracia y voluntad. Sin embargo, este versículo señala que, una vez que tomó esa decisión, fue absolutamente necesario que él llegara a ser “*en todo semejante a sus hermanos*”... Y sabemos que él no se echó atrás viendo lo que implicaba su deseo de salvarnos. ¿No es esta una declaración maravillosa? ¡Que nuestro Señor Jesucristo, que es Dios, tenga necesidad de hacer algo!

Encontramos esas implicaciones en:

*(He 2:14) “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.”*

Debemos valorar estas historias antiguas del libro de Josué porque nos ayudan a visualizar en nuestra imaginación lo que de otra manera sería sólo una doctrina abstracta.

Podemos sentir la tensión que se produciría cuando miraban cómo el arca del Dios del universo bajaba al río Jordán y cómo permaneció en su lecho hasta que todo el pueblo de Israel acabó de pasar. Y en una dimensión inmensamente superior, Cristo descendió a la muerte por nosotros para allí quebrantar al que tenía el imperio de la muerte y, así, librarnos de ella eternamente.

## 2. Segunda historia: "en memoria"

Como ya hemos dicho, esta segunda historia (**Jos 4:1-14**) enfatiza el hecho de que doce hombres tenían que sacar doce piedras del lecho del río Jordán, del mismo lugar donde el arca del pacto había estado parada, llevarlas al lado occidental del río y erigirlas allí como un memorial:

*(Jos 4:4-7) "Entonces Josué llamó a los doce hombres a los cuales él había designado de entre los hijos de Israel, uno de cada tribu. Y les dijo Josué: Pasad delante del arca de Jehová vuestro Dios a la mitad del Jordán, y cada uno de vosotros tome una piedra sobre su hombro, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras? Les responderéis: Que las aguas del Jordán fueron divididas delante del arca del pacto de Jehová; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del Jordán se dividieron; y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre."*

El paso del río Jordán fue un episodio histórico que no tendría que volverse a repetir, pero que, sin embargo, no debía olvidarse. De ahí que a las siguientes generaciones se les debía enseñar lo que pasó con el fin de que tuvieran siempre fresco en la memoria que su entrada en la tierra prometida fue por medio de una intervención milagrosa de Dios. Esto era muy importante, porque si en algún momento llegaran a olvidarlo, podrían perder también la motivación para vivir santamente dentro del país o llegarían a creer que por sus propias fuerzas y su sagacidad habían logrado entrar en la tierra prometida y que, por lo tanto, no había una diferencia esencial entre ellos y los cananeos de alrededor. Para evitar eso, los hijos de Israel debían levantar un monumento conmemorativo que sirviera para instruirles sobre lo que realmente había pasado y la deuda que tenían con Dios por todo ello.

Esto nos predica a nosotros, en esta dispensación, una lección muy obvia: Cuando los pies de nuestro Señor Jesucristo se acercaban al Calvario fue cuando él tomó pan y vino y mandó a sus discípulos (y a todas las sucesivas generaciones de creyentes) que usáramos esos símbolos para recordar siempre cómo fuimos introducidos en nuestra herencia espiritual presente y sobre qué base entraremos un día en nuestra herencia espiritual futura reservada en el cielo. ¡Y ay de nosotros si nos olvidáramos de esto!

Pero sobre este asunto, ha habido dos tendencias en la historia de la iglesia: Durante muchos siglos, cierto sector del cristianismo convirtió la Cena del Señor en un sacrificio, contradiciendo así la clara enseñanza de la Escritura de que el sacrificio de Cristo se hizo una vez para siempre y que ahora ya no hay lugar para más sacrificios. Podemos leerlo en (**He 10:10-18**). Observemos allí la lógica del argumento: Si nuestros pecados han sido perdonados completamente, entonces ya no hay necesidad de más ofrendas por el pecado.

Detengámonos un momento en ese pasaje de Hebreos 10 para prestar atención a la palabra "ofrenda" que aparece en el versículo 18 y que traduce "prosfora". Este sustantivo tiene dos posibles significados: Puede referirse a la cosa ofrecida o al proceso de ofrecer algo. ¿Con cuál de los dos significados se usa aquí?

Si entendemos que se trata de la cosa ofrecida, entonces este versículo significaría que Cristo ha presentado una ofrenda a nuestro favor por medio de su sacrificio en la cruz, haciendo innecesarias por tanto otras ofrendas. Esta es la interpretación que aceptan quienes creen que efectivamente no es necesario un sacrificio distinto, pero que pueden seguir ofreciendo el mismo sacrificio de Cristo cuantas veces lo deseen.

Pero al analizar el contexto, resulta evidente que este versículo no se está refiriendo a la cosa ofrecida, sino al proceso de ofrecer. Veamos el hilo del argumento: Desde el versículo 11 en adelante está explicando cómo los sacerdotes del judaísmo tenían que estar de pie día tras día ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios. Los sacrificios eran los mismos, pero el proceso de ofrendar se repetía sin cesar. Pero, ahora, el Señor Jesucristo ha ofrecido un solo sacrificio por los pecados y se ha sentado, lo cual significa que el proceso de ofrendar se ha terminado. Además el Espíritu Santo da testimonio del mismo hecho al recordarnos los términos del nuevo pacto, que establece que el Señor nunca más se acordará de nuestros pecados y transgresiones, pues donde hay perdón de pecados no es necesario continuar presentando ofrendas.

Esto es algo parecido al pago de una hipoteca. Cada mes durante el tiempo establecido hay que pagar el recibo correspondiente. Ahora bien, una vez que se paga el último recibo, nadie va al banco al mes siguiente a hacer un nuevo ingreso "por si acaso". Lamentablemente, hay muchas personas que tratan el sacrificio de Cristo de esta manera, porque creen que les va a servir de ayuda si lo ofrecen una y otra vez. Afortunadamente, el pasaje de Hebreos 10 descarta por completo esa falsa idea.

Ahora bien, en el otro extremo, hay otra tendencia dentro de la cristiandad que hay que vigilar. Como reacción en contra del sacramentalismo, muchos han relegado la Cena del Señor a un lugar insignificante dentro de sus servicios religiosos.

Recuerdo bien a un hombre que tenía un entusiasmo maravilloso por la Palabra de Dios y que fue muy usado en su país para animar a sus contemporáneos a tener más interés en el estudio de las Escrituras. Un día me explicó que la tendencia que tenían los obispos de enfatizar lo que ellos llamaban la eucaristía no tenía ningún sentido y argumentaba que también a un mono se le podía enseñar a repetir esos rituales. Sin embargo, aunque su énfasis en la Palabra era muy bueno, su actitud frente a la Cena del Señor había llegado a un punto peligroso de menosprecio. No debemos olvidar que es un mandamiento expreso del Señor que usemos a menudo el pan y el vino para recordar intencionadamente su sacrificio por nosotros en el Calvario y que lo hagamos consecuentemente.

En una ocasión estaba predicando sobre Primera de Corintios en una iglesia que tenía la costumbre de celebrar la Cena del Señor cada domingo. Cuando llegué al capítulo 11 y estaba comentando las palabras del Señor: *"Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre"*, se apoderó de mí cierta malicia y les dije: Algunos de vosotros lleváis más de 40 años tomando cada domingo esta copa de mano del Señor, así que supongo que fácilmente podríais citarme de memoria los términos del *"nuevo pacto"*. En ese momento, muchos empezaron a bajar la cabeza y a recostarse hacia atrás en sus asientos. Ahora, si nosotros queremos tomar en serio la Cena del Señor, será necesario que conozcamos los términos del *"nuevo pacto"*.

Otra vez fui invitado por un hombre joven a pasar una semana con su iglesia. En aquel momento estaban leyendo y analizando el Nuevo Testamento para descubrir cómo debería funcionar una iglesia local. Cuando llegó el domingo, celebraron la Cena del Señor y, después de un espacio de tiempo, hubo otro culto que yo entendí que era evangelístico y en el que tuve que predicar. Por la tarde, de camino a otro lugar, los hermanos estaban inquietos por saber qué me habían parecido sus cultos. Yo les dije que

me había gozado mucho entre ellos y que estaba especialmente contento de haber visto la cantidad de gente inconversa que habían logrado reunir en la segunda sesión, porque casi había el doble que en la primera. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando me dijeron que no eran inconversos, sino miembros de la iglesia. Entonces yo pregunté por qué no habían asistido a la Cena del Señor, a lo que me contestaron: “Bueno, ya sabe, uno no puede obligar a la gente a que venga a la Cena del Señor”. Mi respuesta fue que evidentemente nosotros no podemos, pero el Señor sí que lo manda, y no como algo opcional.

En el día de Pentecostés, cuando Pedro predicó la Palabra con el poder del Espíritu Santo descendido del cielo, y la gente, compungida de corazón preguntó: “*Varones hermanos ¿qué haremos?*”, Pedro contestó que se tenían que arrepentir y bautizar. Ahora imaginemos que en ese momento se acerca un joven y le dice a Pedro privadamente: “Yo sí que creo en el Señor Jesucristo, pero no me puedo bautizar porque mi padre es miembro del Sanedrín y esto sería socialmente inaceptable. Supongo que no es imprescindible que yo me bautice, ¿verdad?”. Me pregunto qué habría contestado el apóstol Pedro, aunque me imagino que le habría recordado a ese joven que, como judío, él también fue cómplice de la muerte del Señor Jesucristo y que si ahora decía que se había arrepentido, debía saber que Dios iba a aceptar meras palabras, sino que Él requería acciones que avalasen esas palabras, o sea, obras dignas de arrepentimiento. Y que la primera debía ser el bautismo, por el que públicamente se desasociara de los que condenaron a muerte al Mesías.

Seguidamente al discurso de Pedro, Lucas añade (**Hch 2:41-42**) que los que recibieron la Palabra fueron bautizados y perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en el partimiento del pan. Así que, si yo digo que he aceptado el señorío de Cristo en mi vida, y él me manda que le recuerde mediante el pan y la copa, a mí no me queda otra opción en este asunto.

Además, debemos recordar que los términos del nuevo pacto establecen que él escribirá sus leyes en nuestros corazones (**Jer 31:31-34**) (**He 8:8-12**). Así que, cuando tomamos la copa del nuevo pacto de manos del Señor, le estamos diciendo que estamos agradecidos por el perdón de nuestros pecados, pero también que deseamos que él siga escribiendo sus leyes en nuestro corazón. Y todo esto requiere que tengamos una postura fiel al nuevo pacto. Por eso no puedo ocultar mi preocupación por que en algunas partes del mundo, cristianos que en otro tiempo concedían a la Cena del Señor un lugar destacado en sus cultos, tienden en el día de hoy a relegarla a un pequeño espacio de 10 minutos en medio de una reunión de hora y media que se dedica a otras cosas.

Y volviendo a nuestra historia de Josué, vemos que ellos también tenían que usar las piedras que habían sacado del Jordán como un memorial para generaciones sucesivas.

Otro detalle interesante que encontramos en esta segunda historia se encuentra en:

**(Jos 4:14)** *“En aquel día Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel; y le temieron, como habían temido a Moisés, todos los días de su vida.”*

Era vital para el éxito de la campaña que tenían por delante, que los israelitas respetaran a Josué y le tuvieran confianza y amor para serle leales y obedientes. Esa actitud vino como resultado del paso del Jordán. Es decir, que el Señor, por medio de ese evento, se puede decir que glorificó a Josué. De la misma manera, la muerte del Señor Jesucristo y su resurrección le han glorificado y magnificado a nuestros ojos. No debemos olvidar ni restar importancia a estas cosas, porque hacerlo sería peligroso para el pueblo de Dios.

Por último, en esta segunda historia encontramos que Josué levantó doce piedras en medio del Jordán en el lugar en donde estuvieron los pies de los sacerdotes que llevaban el arca (**Jos 4:9**).

### 3. Tercera historia: el paso del río Jordán y el mar Rojo

Llegamos ahora al tercer relato de la historia. Cuando todo el pueblo de Israel terminó de cruzar el Jordán, las aguas volvieron nuevamente a su cauce. Entonces Dios mandó a los israelitas que enseñaran a sus hijos la similitud entre el paso del río Jordán y el del Mar Rojo.

Este detalle es interesante porque la historia de la salvación del pueblo de Israel estaba enmarcada entre estos dos incidentes, uno al comienzo (cuando salieron de la esclavitud de Egipto y fueron liberados del poder de Faraón) y otro al final, cuando entraron en su herencia. Los dos momentos son necesarios para completar el cuadro: Salir de la esclavitud y entrar en la herencia.

Esta doble faceta nos recuerda el bautismo. El Nuevo Testamento nos dice (**1 Co 10:2**) que los israelitas fueron bautizados por Moisés en la nube y en las aguas del mar Rojo, siendo así liberados del poder de faraón. Esta es la parte negativa de nuestra salvación; somos salvos de la ira de Dios, del poder del diablo, redimidos de la maldición de la ley por medio de la fe en Cristo. Pero el bautismo es también símbolo de la resurrección, del nacimiento a una nueva vida, de la misma forma que el paso del río Jordán subrayaba el hecho maravilloso de que, al salir a la otra orilla, entraban en su herencia, en su nueva vida.

Muchos pensadores cristianos han usado el paso del río Jordán como un símbolo de nuestra muerte física y nuestra entrada en la herencia celestial. Está bien tomarlo así y recordar que en esos momentos la presencia del Señor estará con nosotros hasta que hayamos pasado felizmente al otro lado. Pero creo que aquí tenemos algo más que eso, y que, igual que nos enseña nuestro propio bautismo, el paso del Jordán alude a una resurrección simbólica para andar en nueva vida aquí en la tierra y poder entrar ya a las grandes realidades de nuestra hermosa herencia espiritual.

## La circuncisión (Jos 5:1-12)

### I. El orden de los acontecimientos

Aquí leemos que Josué circuncidó al pueblo en las llanuras de Jericó porque durante los cuarenta años que habían estado en el desierto no se había realizado esa práctica. Así que circuncidarse fue una de las primeras cosas que hicieron al entrar en la herencia.

El apóstol Pablo trata también este tema en su epístola a los Romanos y analiza la relación que hubo entre la circuncisión y la justificación por la fe en el caso de Abraham:

**(Ro 4:9-10)** *“¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia. ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión.”*

En otras palabras, Pablo está subrayando lo significativo del hecho de que Abraham fuera justificado por la fe antes de ser circuncidado. Esto queda demostrado históricamente porque encontramos el relato de su justificación en el capítulo 15 de Génesis y el de su circuncisión 14 años después, en el capítulo 17. Es interesante cómo Pablo ve la autoridad de la Escritura en el orden en que se colocan estos dos acontecimientos.

En relación con esto nos surge una pregunta: Si Abraham fue justificado por la fe sin haber sido circuncidado, entonces ¿qué razón de ser tenía la circuncisión? Y Pablo contesta que la circuncisión no contribuye en nada para la salvación, sino que sólo sirve de señal, de sello visible de que había sido justificado:

**(Ro 4:11)** *“Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia.”*

Al volver al libro de Josué, podemos hacernos la misma pregunta: ¿Cuándo fue circuncidado el pueblo, antes o después de entrar en la herencia prometida? Si Dios hubiera mandado la circuncisión antes de cruzar el Jordán, muchos teólogos habrían dicho que ésta era necesaria para poder entrar en la herencia, pero el plan de Dios era otro; el pueblo fue circuncidado cuando ya estaban dentro de la tierra prometida.

Este mismo asunto se desarrolla en Gálatas. Allí no sólo se trata el asunto de sobre qué base somos justificados, sino también en qué condiciones entramos en nuestra herencia. Pablo cita el capítulo 15 de Génesis para mostrar que Abraham fue justificado por la fe, y que después Dios hizo un pacto con él y su descendencia por el que les daría la tierra prometida, y que la circuncisión tampoco fue una condición para que recibieran la herencia.

## 2. Los efectos de la circuncisión

Los efectos que produjo la circuncisión se describen en:

**(Jos 5:9)** *“Y Jehová dijo a Josué: Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto; por lo cual el nombre de aquel lugar fue llamado Gilgal, hasta hoy.”*

Es cierto que ha habido muchas interpretaciones sobre este pasaje y con toda humildad yo quiero exponer la mía. Creo que para entender la expresión “el oprobio de Egipto” hemos de verla a la luz del contexto de:

**(Ex 32:11-12)** *“Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo.”*

Nos encontramos a Moisés argumentando con Dios sobre las implicaciones que tendría el hecho de destruir a su pueblo en el desierto. Eso, argumenta Moisés, daría lugar a que los egipcios dudaran de su poder para darles la tierra prometida y quedara en entredicho la credibilidad del Dios al que adoraba Israel.

De modo que cuando Josué introdujo al pueblo en la tierra prometida estaba demostrando que el Dios de Israel era un Dios viviente que había cumplido su promesa de llevarlos a su herencia, y también que el pueblo de Israel era una nación especial, escogida por Dios. Así que, el someterse a la circuncisión llegaba a ser como un emblema, una señal de que Dios los había vindicado y había evitado el oprobio y la afrenta de parte de los pueblos vecinos.

A mi juicio esto se confirma porque, después de que Josué circuncidara al pueblo, éste celebró la pascua (**Jos 5:10-11**). Tuvo que ser un momento muy especial, al recordar la pascua que habían celebrado cuarenta años antes cuando fueron rescatados de la ira de Dios en Egipto. Ahora tenía un nuevo sentido de triunfo, porque el mismo Dios que los había sacado de allí, también los había podido introducir en la tierra de su herencia.

E inmediatamente después de esto, comenzaron a comer del fruto de la tierra y el maná cesó. Por supuesto, aún tendrían que pasar años hasta que pudieran disfrutar de todo el fruto que rindiera aquella tierra, pero desde el momento en que habían cruzado el río Jordán y entrado en la tierra, ya podían gozar de las bendiciones de la herencia; de la misma manera que un recién convertido puede comenzar a disfrutar de las bendiciones en Cristo desde el primer momento de su nueva vida en él.

## El establecimiento de la Ley (Josué 5-8)

---

Ahora tenemos por delante el segundo objetivo principal que Dios puso delante de Josué y que encontramos en **(Jos 5-8)**. Si nos fijamos en el comienzo de esta sección en el capítulo 5, encontraremos que es similar al comienzo de la tercera sección en el capítulo 9 **(Jos 5:1) (Jos 9:1)**, lo cual nos indica una división natural.

Antes de considerar el objetivo principal de esta sección, nos encontramos con el relato de varios incidentes previos que habían de ocurrir antes de alcanzar el fin propuesto. Primeramente vemos un obstáculo, que en este caso eran las dos ciudades cananeas de Jericó y Hai y, de nuevo, una intervención milagrosa de Dios derribando los muros de Jericó, para llegar finalmente al objetivo principal.

### La importancia de establecer la ley

¿En qué consistía ese objetivo? Se trataba de establecer de la ley de Dios en Canaán, tal como Moisés lo había mandado. De hecho, creo que podemos descartar que la prioridad de esta sección fuera la destrucción de Jericó y Hai, considerando la tremenda importancia que Moisés dio al establecimiento de la ley sobre los montes Gerizim y Ebal una vez que el pueblo de Israel hubiera entrado en la tierra prometida **(Dt 27-28)**.

Moisés había mandado que se celebrase una ceremonia espectacular y había estipulado el lugar concreto donde debía desarrollarse: los montes Gerizim y Ebal. Ahora bien, si nos fijamos en un mapa, veremos que entre el punto por donde Josué cruzó el Jordán y el lugar en el que estaban situados esos montes, se encontraban las ciudades de Jericó y Hai. Así que la destrucción de esas ciudades era un paso previo para poder establecer la ley en el lugar donde Moisés había ordenado.

Cuando Josué edificó el altar en el monte Ebal se insiste en que todo lo que se estaba haciendo allí era en cumplimiento de lo que Moisés había mandado:

**(Jos 8:30-35)** *“Entonces Josué edificó un altar a Jehová Dios de Israel en el monte Ebal, como Moisés lo había mandado a los hijos de Israel, como está escrito en el Libro de la ley de Moisés, un altar de piedras enteras sobre las cuales nadie alzó hierro; y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, y sacrificaron ofrendas de paz. También escribió allí sobre las piedras una copia de la ley de Moisés, la cual escribió delante de los hijos de Israel. Y todo Israel, con sus ancianos, oficiales y jueces, estaba de pie a uno y otro lado del arca, en presencia de los sacerdotes levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, así los extranjeros como los naturales. La mitad de ellos estaba hacia el monte Gerizim, y la otra mitad hacia el monte Ebal, de la manera que Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado antes, para que bendijesen primeramente al pueblo de Israel. Después de esto, leyó todas las palabras de la ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la ley. No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, y de las mujeres, de los niños, y de los extranjeros que moraban entre ellos.”*

Sugiero entonces que vayamos a Deuteronomio para ver la importancia que Moisés dio al establecimiento de la ley en el monte Ebal. En ese libro, Moisés está hablando al pueblo desde el lado oriental del Jordán, a las mismas puertas de la herencia de Canaán. Para Moisés tuvo que ser, imaginamos, un momento cargado de profundas emociones, porque recordemos que cuarenta años antes ya había traído a la nación a la misma frontera de su herencia, pero, como ellos rehusaron entrar en aquella ocasión, tuvieron que pasar

cuarenta años vagando por el desierto. De modo que Moisés estaría preguntándose si en esta ocasión el pueblo estaría dispuesto a entrar o no.

Pero había otro asunto que seguramente entristecía mucho a Moisés: Durante esos cuarenta años por el desierto, en medio de muchas dificultades con el pueblo debido a su perversidad, Moisés, el hombre más manso de la tierra, llegó a perder los estribos y tuvo una mala reacción, representando negativamente a Dios delante del pueblo. Por eso Dios le dijo que él no entraría en la tierra prometida. Así que ahora, después de dar todas estas instrucciones, Moisés dejaría al pueblo y subiría al monte a morir. Este hombre, que había dedicado la mayor parte de su vida a servir al pueblo de Israel, estaba pronunciando sus últimas palabras, instruyéndoles con toda solemnidad sobre cuál debía ser su comportamiento al entrar en Canaán y qué cosas tendrían que hacer una vez que llegaran allí. Entre esas cosas se encontraba el mandamiento de establecer la ley sobre los montes Ebal y Gerizim. Y no era un asunto cualquiera, ya que, después de exponer ese mandamiento primeramente en **(Dt 11:29-32)**, dedica más adelante dos extensos capítulos para explicar cuidadosamente todos los detalles de esa ceremonia **(Dt 27-28)**.

Allí leemos cómo unos levitas tenían que ponerse en pie sobre uno de los montes y pronunciar las bendiciones de Dios, mientras otros pronunciarían las maldiciones desde el otro monte, a todo lo cual el pueblo de Israel tenía que responder “*amén*” a pleno pulmón. Finalmente, el capítulo 28 es uno de los más largos de todo el Antiguo Testamento y también uno de los más desgarradores, porque con detalles terribles y vívidas descripciones, avisa al pueblo de Israel de las trágicas consecuencias que vendrían sobre ellos si quebrantaban la ley de Dios. ¡Y vaya dramatismo adquieren esos pasajes si los leemos a la luz de los autos de fe, del holocausto nazi y de todas las demás fatalidades que han sucedido al pueblo de Israel a través de la historia!

Así que Moisés insistió mucho en que, tan pronto como fuera posible una vez que estuvieran en la tierra prometida, tenían que celebrar esta ceremonia para que el pueblo supiera y entendiera que el propósito de Dios al introducirles allí no era otro sino que pudieran establecer y cumplir la ley de Dios en esa tierra. Pues sería contradictorio y trágico que Dios usara al pueblo de Israel para juzgar a los cananeos por quebrantar la ley y que después ellos hicieran lo mismo.

Pero al pensar en estas cosas no debemos olvidar que éste es el mismo objetivo que el evangelio cristiano pone delante de nosotros. Leamos:

**(Ro 3:31)** *“¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos (establecemos) la ley.”*

Aquí Pablo nos enseña que la doctrina de la justificación por la fe no significa que podamos dejar a un lado la ley, sino todo lo contrario: Que la justificación por la fe establece o confirma la ley. ¿Y cómo lo hace? Pues, si bien el Evangelio insiste en que cumplamos todas las demandas de la ley, también nos dice claramente que ninguno hemos alcanzado el nivel exigido por Dios:

**(Ro 3:19)** *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.”*

Al arrepentirnos, reconocemos que somos pecadores, culpables legalmente de haber quebrantado la ley de Dios y sin argumentos en nuestra defensa. Por lo tanto, aceptamos que las santas demandas de la ley de Dios tienen que ejecutarse sobre nosotros. Ahora bien, en ese momento descubrimos que Dios nos tiene preparada una salvación preciosa por medio de Jesucristo nuestro Señor, quien es la propiciación por nuestros pecados, ya que él soportó la ira de Dios que nosotros merecíamos, cargando sobre sí mismo la penalidad completa que la ley cargaba sobre nosotros por haberla quebrantado; de

manera que Dios pueda justificarnos sin dejar de ser justo. Por eso Pablo puede decir que nuestra salvación en Cristo por medio de la fe no invalida la ley, sino que la establece, porque la penalidad que exige la ley ha sido satisfecha.

De hecho, son los que predicán la salvación por medio de las obras los que invalidan la ley. Recuerdo una ocasión, participando en una campaña evangelística cerca de Cambridge, que fui a tomar el té con un amigo y una conocida suya. Durante la conversación la mujer se interesó por lo que predicábamos, así que mi amigo le explicó cómo podía salvarse una persona y estar segura de su salvación eterna. Eso no le pareció bien a la mujer, que inmediatamente refutó: “No, no, no. Uno no puede estar seguro de la salvación”. Entonces ella se volvió a mí, que por aquel entonces era un hombre muy joven, y me dijo: “¿Tú también estás seguro de tu salvación?” A lo que le contesté: “Sí, señora”. “¡Oh, no! —dijo ella— Quizá ahora eres un joven que lleva una vida sana, pero todavía tienes muchos años por delante. ¿Quién te dice a ti que un día no caerás en pecado?” “Bueno; —le contesté yo— espero no caer en ningún pecado escandaloso, pero aun si cayera, mi salvación estaría asegurada”. “¡Oh, no, no, no! ¡Eso es imposible!”, dijo ella. Así que yo le pregunté: “Entonces, ¿qué tiene que hacer una persona para estar segura de su salvación?”. “Bueno, —dijo ella— tiene que esforzarse en comportarse lo mejor posible y guardar la ley de Dios”. “Y ¿hasta qué punto tiene que guardarla?” —pregunté yo. “Bueno, lo mejor que pueda” —dijo ella. “¿Y cómo sabrá cuándo la ha guardado lo bastante bien?” —volví a preguntar. “Eso no lo podrás saber hasta que estés delante del trono de Dios” —me dijo. Y yo, que por aquel entonces era un joven un poco inmaduro y tal vez un poco insensible, le respondí: “¿Y qué cree que va a decir Dios respecto a usted?”. A lo que ella contestó: “Yo creo que Dios, a pesar de que he cometido algunos pecados aquí y allá, también tendrá en cuenta mis circunstancias y, al fin y al cabo, valorará que mi comportamiento ha sido bastante bueno; así que, creo que finalmente Dios tendrá misericordia de mí”. Pero a eso le respondí que Dios nunca le iba a decir una cosa así, porque en la Biblia, en **(Ro 3:19)** está escrito lo que Dios va a decir: *“Sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”*. Aún recuerdo cómo empalideció su rostro mientras me decía: “Dios nunca me condenará a mí”. Pero era inútil que diera coces contra el aguijón, porque ese es el nivel de cumplimiento que Dios exige y todos tenemos que reconocer que hemos caído, y que por lo tanto, merecemos el castigo de la ley. Ahora bien, si nos humillamos y reconocemos que Dios lleva razón en lo que dice de nosotros, entonces podremos acceder a la maravillosa salvación que Dios tiene preparada por medio de Cristo, quien murió por nosotros para librarnos de la ira de Dios y satisfacer así las demandas de la santa ley de Dios.

Muchas personas piensan que si se esfuerzan en comportarse lo mejor posible, entonces en el día del Juicio Dios olvidará aquellas cosas que no hicieron bien. Pero hay que recordar que esa actitud invalida la ley, porque al no exigir su total cumplimiento, en realidad no la está tomando en serio. Sin embargo, la doctrina de la justificación por la fe establece la ley en su punto más alto, ya que el mismo Señor Jesucristo cumplió con todos los requisitos de la ley y además cargó sobre sí la penalidad de nuestros pecados. ¡Qué acierto cuando finalmente llegamos a entender que la doctrina de la justificación por la fe, sin las obras, es lo único que realmente establece la ley!

Ahora bien, hay otro sentido en el cual la salvación en Cristo Jesús establece la ley. Lo encontramos en:

**(Ro 8:3-4)** *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”*

Según este versículo, el objetivo de la salvación es que las demandas justas de la ley se cumplan en nosotros. Pero el detalle importante ahora es que no somos nosotros quienes, por medio de nuestros esfuerzos lo vamos a conseguir, sino que es el Espíritu Santo (que nos es comunicado por medio de Cristo) el que hace posible de forma progresiva que podamos cumplir las demandas de la ley. Esta es la clave: Hay en nosotros un nueva motivación para cumplir la ley.

Permitidme que explique a lo que me refiero: La ley, la Torah, no era sólo instrucción. Era instrucción más penalidad. Es decir, la motivación para cumplir la ley era la amenaza del castigo para el transgresor. Pero ahora las cosas han cambiado para los que están en Cristo, porque nos dice la Escritura en:

*(Ro 8:1) “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”*

Por lo tanto, ahora ya no actuamos por temor al castigo, porque ya no hay ninguna condenación para los que estamos en Cristo, pues él ha pagado lo que nosotros debíamos. Pero además ha puesto en nosotros un nueva motivación, un nuevo “motor”, su Espíritu Santo, que es la misma vida de Cristo en nosotros, para ayudarnos y potenciarnos con el fin de conseguir cumplir los requisitos justos de la ley.

## La destrucción de Jericó y el juicio de Dios (Josué 6)

---

No podemos negar que el juicio que Dios derramó sobre Jericó fue muy severo. Según leemos en **(Jos 6:17-19)**, la ciudad entera debía ser considerada “*anatema*”, lo que quiere decir que tenía que ser entregada a Dios para que él ejecutara su juicio sobre ella, siendo los israelitas seriamente advertidos de que no podían rescatar nada de allí.

Más adelante, cuando lleguemos a los ataques sobre otras ciudades, veremos que a Israel se le permitió muchas veces tomar del contenido de esas ciudades como botín, pero no así en el caso de Jericó. Allí todo debía ser entregado al juicio de Dios, y las cosas como el oro y la plata, que no podrían destruirse fácilmente, debían ser entregadas al Señor. Por lo tanto, la palabra “*anatema*” significa destrucción completa. Ese era el juicio de Dios sobre Jericó. Ahora nos interesa ver de qué manera se llevó a cabo.

La táctica militar que Dios mandó a Josué para conquistar Jericó no era corriente y, de hecho, nunca más se volvió a utilizar. En **(Jos 6:3-5)** leemos que los sacerdotes debían traer el arca, los hombres de guerra colocarse delante de ellos junto a siete varones con trompetas, y el pueblo marchar detrás durante siete días rodeando las murallas de Jericó mientras tocaban las trompetas sin intentar atacarles. Me pregunto qué pensarían los de Jericó mientras les observaban día tras día por encima de sus murallas.

Ellos se habían encerrado dentro de su ciudad, que según **(Jos 6:1)** “*estaba cerrada y bien cerrada*”, lo que significa que tenían plena confianza en su sistema defensivo; estaban seguros de que los israelitas nunca podrían atravesarlo. Así que, el problema que se planteaba a los israelitas era cómo entrarían ellos y cómo entraría Dios mismo para poder, así, ejecutar sus juicios.

Aquí es importante notar la clemencia que Dios mostró hacia Jericó no entrando inmediatamente en ella. Recordemos que durante toda una semana los israelitas llevaron el arca alrededor de Jericó mientras hacían sonar las trompetas. Con ello estaban llamando su atención al hecho de que el arca del Dios de toda la tierra estaba allí, el mismo Dios que había cruzado el río Jordán en seco, y al que por supuesto, nada ni nadie iba a impedir entrar en Jericó y ejecutar sus juicios. Esta debía ser para ellos una evidencia importante: Si Dios era capaz de obrar un milagro en la naturaleza y hacer que el río Jordán se abriera, ¿qué le podría impedir entrar en Jericó?

Asimismo nuestro cometido, como el de estos israelitas que llevaban el arca, es el de proclamar la resurrección del Señor Jesucristo. En este sentido, vamos a escuchar a Pablo hablando a los filósofos griegos en Atenas tal como se nos relata en **(Hch 17:22-31)**. Su auditorio en esta ocasión estaba compuesto por intelectuales paganos, así que comienza razonando con ellos sobre cómo es el verdadero Dios: Que no puede ser semejante a oro, plata, piedra o escultura de arte, porque nosotros mismos, que somos su descendencia, su linaje, no somos simplemente materia; también tenemos mente. Así que la fuente de donde recibimos todo eso no puede ser menos que nosotros.

Después Pablo continúa explicando que ese Dios es un Dios moral, que va a juzgar a este mundo. Lo cual es una buena noticia, porque ¿quién quiere que la maldad siga adelante para siempre? Pero en el Areópago, entre su auditorio, había algunos filósofos epicúreos de los que habían desarrollado la filosofía atómica. En cierto modo, esa era una teoría maravillosa. Ellos describían el universo como construido a base de pequeños átomos, de la misma forma que nuestros cuerpos. Así que, cuando nos llegue la muerte, esos átomos se desintegrarán hasta no quedar nada de nosotros, pudiendo esos átomos

ser empleados en la formación de otros cuerpos. Según esa teoría, no hay lugar para la resurrección ni cosa semejante.

Esta postura, que en principio era una teoría científica, fue adoptada por el poeta romano Lucrecio. Según expone claramente él en el primero de los cinco libros de su poema "De rerum natura", lo que más le gustó de esa teoría es que al final no habría juicio después de la muerte y, por lo tanto, estaba libre de cualquier temor.

Mucho me temo que igualmente hay muchísimas personas en el día de hoy que abrazan las teorías atómicas evolucionistas porque les interesa creer que la ciencia ha comprobado que no hay un Dios capaz de penetrar en nuestro mundo y que cuando morimos tampoco hay otro mundo adonde vayamos a ir.

Pero al ahondar en las implicaciones de este planteamiento en la esfera moral, nos encontramos que alguien como Hitler, después de haber cometido millones de asesinatos y haber quebrantado y pisoteado la ley moral de Dios, según esta teoría, quedará sin retribución alguna; sus delitos no tienen consecuencias y jamás se hará justicia a las personas que sufrieron sus terribles atropellos... Ni en este mundo, ni en ningún otro. Esa teoría, por lo tanto, deja la justicia como un concepto vacío de todo sentido.

Pero Pablo no ha terminado todavía de hablar a los epicúreos y a los otros filósofos allí presentes. Ahora les va a decir que Dios es un Dios moral y que sí que va a haber un día de juicio. Y que toda persona en su juicio cabal debería estar contenta con este anuncio. ¿Pero qué evidencia hay de que esto va a ser así? Pues escuchemos nuevamente a Pablo haciendo sonar su trompeta:

*(Hch 17:31) "Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos."*

La resurrección del Señor Jesucristo es la base segura sobre la que la Palabra de Dios afirma que sí que habrá un día de juicio. Este es un mensaje glorioso que predicar. Un mensaje que un servidor se ha gozado mucho de poder llevar a la Rusia poscomunista, negando su ateísmo y predicando que la resurrección de Jesucristo es la esperanza para este mundo de que habrá un día en que se hará justicia.

Pero volviendo a los israelitas del tiempo de Josué que llevaron el arca del Dios de toda la tierra, vemos que ellos también llamaron la atención de los habitantes de Jericó al hecho de que nada podría impedir al Dios que había bajado a lo profundo del Jordán y había salido a la otra orilla, entrar a la misma ciudad de Jericó para juzgarla, por más que ellos pensaran que sus fortificaciones y parapetos se lo podrían impedir.

Y nuestro deber es similar al de ellos. Nosotros también debemos anunciar a este mundo que este universo no es una fortificación cerrada; que el Hijo de Dios va a volver para juzgarlo y ejecutar sobre él la ira de Dios, y que sólo aquellos que como Rahab acepten la verdad serán salvos en ese día.

Y como ocurrió con los israelitas, que tras una semana de testimonio alrededor de Jericó haciendo sonar sus bocinas, vieron caer las murallas y la entrada abierta a los agentes del juicio de Dios sobre Jericó, de la misma manera será la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo a este mundo.

## El pecado de Acán y el anatema (Josué 7-8)

---

Una vez destruida la ciudad de Jericó, Josué mandó un pequeño contingente de tropas para tomar Hai. Pensó que no sería necesario emplear a todo el ejército contra Hai porque era una ciudad pequeña. Pero para su sorpresa, cuando llegaron para atacarla y destruirla, fueron vencidos.

Esta derrota llenó de pánico el corazón de Josué (**Jos 7:6-9**). Él había comenzado a introducir al pueblo de Israel en la tierra de Canaán, y si una pequeña ciudad como Hai podía derrotar a su ejército, y esta noticia empezaba a circular por todo Canaán, entonces el resto de la campaña quedaría en entredicho como consecuencia. Supongo que por la cabeza de Josué circularían muchas preguntas: ¿Nos ha abandonado Dios? ¿Por qué ha sido derrotado el ejército de Israel? ¿Podremos seguir adelante o esto es el fin? ¿Qué le diría al pueblo?

Al analizar la razón que había detrás de esta derrota, la interpretación más corriente es la siguiente: Se dice que cuando los creyentes, por medio del poder de Dios, hemos realizado alguna proeza grande para él, y después tenemos que llevar a cabo alguna cosa pequeña, entonces, emocionados por el triunfo anterior, fácilmente caemos en el error de pensar que eso lo podemos hacer por nosotros mismos, sin necesidad de depender del Señor, y cuando eso pasa, Dios tiene que darnos una lección para que no olvidemos que por nuestras propias fuerzas no podemos vencer ni en lo grande, ni tampoco en lo pequeño y que, si no tenemos esto en cuenta, nosotros también experimentaremos la derrota que sufrió el pueblo de Israel frente a los habitantes de Hai.

Por supuesto, esta es una buena lección que todos debemos aprender, y lo que voy a explicar a continuación no intenta contradecirla en modo alguno, pero quisiera señalar que la clave para entender lo que estaba pasando la encontramos en:

**(Jos 7:1)** *“Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación en cuanto al anatema; porque Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá, tomó del anatema; y la ira de Jehová se encendió contra los hijos de Israel.”*

Este hecho fue la clave de la derrota. Y para analizarlo, hemos de entender lo significativo del hecho de que Acán reservara algunas cosas para sí: Ya hemos comentado que el juicio de Dios sobre Jericó fue extremadamente severo, llegando al punto de que todo lo que allí había debía ser considerado anatema, y, por lo tanto, ser destruido completamente. A Israel se le mandó que, de acuerdo con esa sentencia divina, no intentaran salvar nada de la ciudad, ya que si lo hacían traerían el anatema sobre sí mismos.

Pero a pesar de la seriedad con la que se expuso el asunto, la historia nos revela que hubo un israelita llamado Acán que, en desacuerdo con el juicio que Dios había pronunciado sobre Jericó, intentó salvar algo para sí. Finalmente, fue descubierto y el anatema cayó sobre él. Por lo tanto, cuando Acán desobedeció y sacó aquellas cosas de Jericó, no sólo traía el anatema sobre sí mismo, sino también sobre todo el pueblo, a no ser que Israel estuviera dispuesto a juzgar el caso y tratarlo de la manera que Dios ordenase.

Esa, y no otra, fue la razón por la que Dios permitió que las fuerzas israelitas fueran derrotadas ante los de Hai. No porque Josué estuviera actuando independientemente de Dios en este caso. Era el pecado de Acán el que había traído el anatema sobre la nación, e Israel tenía que enfrentarlo y juzgarlo adecuadamente.

Ahora bien, al considerar el terrible juicio que cayó sobre Jericó, me preguntaba si hay algo parecido a esto en el Nuevo Testamento. Y, aunque es cierto que ahora vivimos en la era de Cristo y su amor, sin embargo, enseguida vino a mi mente que la palabra “*anatema*” se emplea dos veces en el Nuevo Testamento y curiosamente las dos veces en la misma epístola: la de los Gálatas. Releyendo esa carta, noté que había más similitudes verbales con esta historia de Jericó.

Veamos primeramente:

**(Ga 1:6-9)** *“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.”*

Nos encontramos aquí con un pecado muy serio que consistía en predicar una perversión del verdadero evangelio del Señor Jesucristo. Aquellos gálatas, que habían creído en el Señor y que en un principio manifestaban gozo y alegría, poco a poco se habían ido enfriando debido a que habían aparecido entre ellos ciertas dudas en cuanto al evangelio. Así que Pablo tuvo que argumentar con ellos que no hay otro evangelio, sino que hay algunos que los “*perturbaban*” **(Ga 5:12)**. Y curiosamente esto mismo era lo que había hecho Acán al pueblo de Israel:

**(Jos 7:25)** *“Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos.”*

Encontramos que Pablo, en vista de la gravedad del asunto, pronuncia un “*anatema*” apostólico sobre ellos de la misma forma que Dios lo hiciera sobre Acán y el pueblo en **(Jos 7:12-13)**.

Ahora debemos detenernos por unos momentos en lo que enseñaban esas personas que turbaron a los gálatas. El meollo de lo que decían era que la fe en Cristo por sí sola no era suficiente para la salvación, y que a la gracia de Dios había que añadir el cumplimiento de algunas leyes de Moisés.

Este asunto turbó grandemente a la iglesia primitiva, hasta el punto de que, para tratarlo, fue necesario celebrar una reunión en Jerusalén a la que asistieron todos los apóstoles. Pablo y Bernabé también subieron, no para ser informados del contenido del verdadero evangelio (porque Pablo no lo había recibido de ningún apóstol, sino del Señor, como afirma claramente en Gálatas 1 y 2), sino con el fin de conseguir una declaración unánime de lo que es realmente el evangelio cristiano.

Encontramos la narración de este acontecimiento en el capítulo 15 de Hechos. Veamos ahora el planteamiento del problema en:

**(Hch 15:1)** *“Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.”*

Y también:

**(Hch 15:5)** *“Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés.”*

Debemos observar en este último versículo, que estos judíos que planteaban el problema “*habían creído*”, si bien insistían en que había que cumplir también ciertas partes de la ley de Moisés para ser salvos.

Entonces los apóstoles llegaron al acuerdo unánime de que esa enseñanza era falsa. El primero en expresarlo fue Pedro, quien estableció el principio fundamental de la salvación:

**(Hch 15:11)** *“Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.”*

Con esto Pedro estaba dejando claro que la salvación es por la gracia de Dios y no por las obras. Ciertamente que ellos, como judíos, habían sido circuncidados, pero eso no les ayudaba a salvarse y, en ese terreno, tanto ellos como los gentiles se encontraban en las mismas condiciones.

A continuación Pedro les recuerda la ocasión en que Dios le mandó a predicar a casa de Cornelio, un gentil, y cómo el Espíritu Santo descendió sobre ellos cuando creyeron. ¿Cómo era posible que Dios pusiera su Espíritu Santo en el corazón de los gentiles? La respuesta está en:

**(Hch 15:9)** *“Y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.”*

Dios había purificado los corazones de aquellos gentiles de una forma tan completa que podían recibir su Espíritu Santo. Esa purificación se había llevado a cabo por la fe y no por la circuncisión o las leyes alimentarias de Moisés. Finalmente Pedro pronunció un juicio muy serio sobre aquellos que estaban pervirtiendo el evangelio:

**(Hch 15:10)** *“Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?”*

Ahora, llegando al capítulo 2 de Gálatas, se nos relata una historia muy diferente: la ocasión en la que Pedro visitó Antioquía y cómo por medio de su comportamiento puso en entredicho el evangelio que profesaba creer. Muchos comentaristas creen que este incidente debió de ocurrir antes de que Pedro hiciera la declaración de Hechos 15, porque su comportamiento en Antioquía era totalmente inconsistente con lo que él expresó en Jerusalén.

El asunto fue que, estando en Antioquía, durante algún tiempo no tuvo ningún problema en comer con los creyentes gentiles, porque de hecho, él sabía que aunque no estaban circuncidados ni observaban las leyes alimentarias de Moisés, habían sido limpiados y purificados por medio de la fe en Cristo. Pero cuando llegaron de Jerusalén algunos judíos de parte de Jacobo, empezó a apartarse de los creyentes gentiles y ya no comía con ellos. Así que Pablo se puso delante de él y le reprendió:

**(Ga 2:14)** *“Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”*

La gravedad del asunto es que Pedro no estaba andando rectamente conforme a la verdad del evangelio y estaba desdibujando su realidad espiritual. Así que Pablo le acusó públicamente de hipocresía **(Ga 2:13)**.

La hipocresía tiene dos formas: se puede ser un hipócrita por pretender ser lo que no somos, o por hacer pensar que no crees lo que realmente sí crees. La hipocresía de Pedro era del segundo tipo; él sí creía en su corazón que estaba bien comer con los gentiles porque habían sido justificados por la fe en el Señor Jesucristo y purificados como él mismo, pero al dejar de comer con ellos, su comportamiento estaba entrando en contradicción con lo que realmente creía. Y como ese no era un asunto de poca monta, Pablo le tuvo que reprender públicamente:

**(Ga 2:15-16)** *“Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”*

Bien, pues una vez analizado el caso que nos presenta Gálatas, volvemos a Josué para ver de qué naturaleza era el pecado de Acán y por qué perturbó tanto a los israelitas.

El pecado de Acán consistió en no estar de acuerdo con el juicio que Dios había pronunciado sobre Jericó. Como recordaremos, Dios había dicho que la ciudad entera tenía que ser destruida y que si alguno intentaba salvar alguna cosa, el juicio de Dios caería sobre él. A Acán no le pareció bien este juicio tan severo y, cuando vio unos lingotes de oro y plata y un manto babilónico, se quedó con ellos. ¿Y que encontramos en la epístola a los Gálatas? Que ellos estaban haciendo exactamente lo mismo que Acán.

Veamos primeramente cómo la ley coloca bajo maldición y juicio a todos los que dependen de ella para su salvación

**(Ga 3:10)** *“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”*

Y lo mismo afirma:

**(Ro 3:19)** *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.”*

La función de la ley de Dios consiste en poner en evidencia que somos pecadores y que por ello estamos expuestos al juicio de Dios. Así que, si queremos llegar a ser salvos y justificados, tendremos que aceptar ese juicio de Dios sobre nosotros. Eso no sólo quiere decir que estemos de acuerdo con Dios en que es malo robar, matar, mentir... Es mucho más que eso: Tenemos que aceptar que nosotros mismos somos pecadores porque no hemos llegado al nivel de cumplimiento de la ley que Dios requiere y que, por lo tanto, estamos destituidos de su gloria.

Y no nos engañemos en cuanto al nivel de cumplimiento que Dios exige: Lo hemos leído en **(Ga 3:10)**: *“Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley”*. Con lo cual, aun si llegamos a cumplir la ley en un 95%, todavía estaremos bajo su maldición. Y nos engañaríamos si esperáramos que Dios nos había de felicitar porque lo hemos hecho bastante bien.

De modo que cuando nos arrepentimos delante de Dios, le estamos diciendo que acatamos la sentencia que dicta sobre nosotros. Porque, aun habiéndonos esforzado al máximo para guardar la ley de Dios, todavía estamos por debajo del nivel exigido. Cayendo, pues, bajo su maldición, cerramos la boca, porque no hay nada que podamos alegar en nuestra defensa. Admitimos, por lo tanto, que no podemos salvarnos a nosotros mismos por medio de las obras de la ley.

Este es uno de los mayores problemas que encuentran las personas religiosas para arrepentirse. Se esfuerzan en cumplir toda la ley de Dios y, aunque son conscientes de que en muchas ocasiones fallan, sin embargo confían en que, como su grado de cumplimiento es mayor que el de otros, finalmente Dios, que es misericordioso y bondadoso, les acabará salvando, si bien nunca llegan a estar seguros de ello. Pero esta postura es tremendamente peligrosa, porque no están dispuestos a aceptar el juicio de Dios sobre ellos y traen sobre sí mismos la maldición de que habla la Palabra.

Este tipo de personas sí que estarán de acuerdo en que hay que creer en el Señor Jesucristo, pero dirán que a eso hay que añadir el cumplimiento de la ley para llegar a ser salvos. Y dicho sea de paso, esa es la razón por la que muchas personas no llegan a tener seguridad de salvación, porque en parte se basan en su fe en Cristo y en parte en sus propios esfuerzos para guardar la ley de Dios.

Pero con ese planteamiento ignoran que la ley, aunque es un buen indicador de nuestros pecados, no puede hacer nada para salvarnos de ellos. Es igual que un termómetro; te indica si tienes fiebre, pero no puede hacer nada para curarte. Así también la ley nos muestra hasta qué grado somos pecadores, pero lo único que puede hacer, según Gálatas, es maldecirnos porque no logramos cumplir sus requerimientos.

Así que, pensando en el comportamiento de Pedro en Antioquía, parecía como si la fe en Cristo no fuera suficiente para la salvación y hubiera que añadir la circuncisión y las obras de la ley. Por eso Pablo le reprendió, porque actuando de esta manera se estaba desligando de Cristo y colocando nuevamente bajo la maldición de la ley:

*(Ga 5:2-3) “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley.”*

O dicho en otras palabras: Si alguien dice que es necesario ser circuncidado para la salvación, no se puede limitar a esa sola exigencia de la ley; tendrá que añadir todas las demás, y de esa forma se colocará nuevamente bajo la maldición que cae sobre el que no lo cumple todo a la perfección.

Muchas de estas personas piensan que al creer en Cristo, él se coloca a su lado para ayudarles a guardar la ley y así llegar a ser salvos. Por supuesto ellos dirán que la salvación no es por las obras de la ley, sino que todo el crédito es de Cristo, que les da las fuerzas para hacer las obras que los hacen aptos. Sin embargo, nunca están seguros de su salvación; sólo mantienen la esperanza de que el Señor les siga ayudando con la gracia necesaria para al final poderla conseguir.

Pero esto no es lo que enseña la Palabra. Fijémonos que Pablo argumenta que Cristo nos redimió de la maldición de la ley, no ayudándonos a guardar la ley, sino haciéndose él mismo maldición por nosotros:

*(Ga 3:13) “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero).”*

Resumiendo, pues, el argumento hasta aquí: Acán no estaba totalmente de acuerdo con el juicio de Dios sobre Jericó y conservó algunas cosas bonitas del botín, colocándose por lo tanto bajo el anatema pronunciado por Dios. Cuando llegamos a Gálatas, encontramos que la actitud de los falsos maestros era esencialmente la misma que la de Acán, ya que ellos tampoco aceptaban la maldición de Dios sobre los que confían en la ley, pues pretendían conservar algunas cosas que a ellos les parecían de valor, como la circuncisión y las leyes alimentarias. Este era un asunto muy serio, porque de esa manera traían el anatema de Dios sobre sí mismos.

Pedro, que no había mantenido una postura clara hacia los que pensaban así, tuvo que ser reprendido por Pablo, quien tuvo que recordarle **(Ga 2:16)** que ellos mismos también habían sido justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley. Notemos que el tiempo pasado que emplea Pablo (*“nosotros también hemos creído en Jesucristo”*), se refería al momento de su conversión, cuando fueron justificados por la fe. ¿Cuáles eran las implicaciones de aquella conducta de Pedro? Pablo se lo muestra:

**(Ga 2:17)** *“Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera.”*

El significado de este versículo se discute entre los comentaristas, así que con toda humildad, lo explicaré como lo entiendo: Si Pedro había dicho en un principio que la fe en Cristo era suficiente para la salvación, pero después se estaba comportando de tal forma que hacía creer que había que añadir ciertas leyes para ser salvos, como la circuncisión y las leyes alimentarias, entonces Cristo nos engañó. Nos hizo pensar que creyendo en él seríamos salvos, cuando en realidad descubrimos que todavía nos ha dejado en la condición de transgresores. Ese era un asunto muy grave al que Pablo no podía dejar de enfrentarse enérgicamente: *“De ninguna manera; Cristo no es ministro de pecado”*.

Después continúa su argumento usando una metáfora:

**(Ga 2:18)** *“Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago.”*

Que automáticamente nos recuerda la maldición que Josué pronunció sobre Jericó:

**(Jos 6:26)** *“En aquel tiempo hizo Josué un juramento, diciendo: Maldito delante de Jehová el hombre que se levantara y reedificare esta ciudad de Jericó. Sobre su primogénito eche los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asiente sus puertas.”*

Después Pablo vuelve a la cuestión de la maldición de la ley:

**(Ga 2:19)** *“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios.”*

Durante años, Pablo había intentado guardar la ley, pero lo único que había conseguido era que la ley le condenara a muerte, así que dice: *“He muerto para la ley”*. Y luego añade **(Ga 2:20)**: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado”*, que no se refiere a que hubiera alcanzado cierto nivel espiritual en la vida cristiana, sino a su conversión. Recordemos cómo ocurrió.

Cuando Saulo de Tarso escuchó por primera vez el Evangelio estaba furioso por lo que él consideraba una blasfemia: La afirmación de que Jesús era el Hijo de Dios le parecía una negación del monoteísmo bíblico que él había aprendido. Pero aún había una cosa más grave en la mente de Pablo: Ese Jesús había sido colgado en una cruz y el Antiguo Testamento era explícito sobre ese asunto: el que era colgado en un madero era maldito a los ojos de Dios. Así que, pretender que Jesús fuera el Mesías constituía para él la blasfemia más grande que se podía pronunciar. Y el cristianismo no niega esa afirmación, sino que la confiesa abiertamente.

Ahora bien, las cosas empezaron a cambiar para Pablo cuando el mismo Señor resucitado se le apareció en el camino a Damasco. Allí descubrió que Jesús era ciertamente Dios. Pero entonces quedaba por resolver cómo pudo llegar a ser considerado maldito por la ley de Dios. Fue entonces cuando Pablo, por primera vez en su vida, descubrió la tremenda santidad de la ley de Dios y entendió que esa maldición que Cristo llevó era la que él mismo merecía por no haber guardado perfectamente la ley de Dios.

Aquello fue el final de la vida religiosa de Pablo. A partir de ese momento ya nunca más pensó en añadir ninguna obra para su salvación. De modo que cuando Pedro tropieza, Pablo le explica lo que él mismo había tenido que aprender: Si volvía a edificar las mismas cosas que había destruido, se hacía transgresor.

Por supuesto eso no significa que ya no importaba su comportamiento. Tal como explica en:

*(Ga 2:20-21) “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”*

Pues bien, volviendo de nuevo al libro de Josué, comprobamos que la razón por la que se pronunció la maldición sobre Jericó fue debido a que el juicio de la ley de Dios había caído sobre ella y la sentencia debía llevarse a cabo. Además se les avisó solemnemente que la maldición caería sobre ellos si intentaban rescatar algo o si reedificaban la ciudad.

El paralelismo con el libro de Gálatas es claro, porque también sobre nosotros se ha pronunciado la maldición de la ley por incumplimiento, y sólo podremos ser justificados si acatamos esa sentencia de Dios sobre nosotros, reconocemos que no hay nada que nosotros podamos hacer para salvarnos y confiamos únicamente en Cristo como nuestro Salvador, por cuanto él mismo ha llevado sobre sí la maldición que nosotros merecíamos. Además en el caso de Acán hay un aviso solemne para cualquiera que quiera rescatar alguna cosa de la ley, por bonita que pueda parecer, como la circuncisión o las leyes alimentarias: Hacer eso traería la maldición ineludiblemente.

Según estas consideraciones, para que Israel pudiera librarse de la maldición que había venido sobre ellos como consecuencia del pecado de Acán, tendrían que acatar, estar de acuerdo, con el juicio de Dios. Así que, sólo una vez que hubieron ejecutado a Acán el pueblo recibió la orden de Dios de subir a tomar la ciudad de Hai.

## La conquista de Hai

Vamos a comenzar considerando las tácticas que se utilizaron en la toma de Hai. Lo primero que observamos es que fueron diferentes de las que se emplearon en Jericó, donde el pueblo se había encerrado dentro de las murallas y Dios tuvo que intervenir milagrosamente derribándolas y permitiendo así que los israelitas pudieran penetrar.

En el caso de Hai Dios no realizó ningún milagro y las tácticas utilizadas fueron diferentes. Durante la noche Josué colocó una emboscada por detrás de la ciudad, mientras el resto del ejército tenía órdenes de presentar batalla y esperar a que el rey de Hai saliera a hacerles frente. En ese momento tendrían que fingirse vencidos y huir en retirada como en la ocasión anterior, dando lugar así a que los hombres preparados para la emboscada salieran a la señal de Josué y los atacaran por detrás, a la vez que los que aparentaban huir se volvían y rodeaban al ejército de Hai. Mientras todo esto ocurría, Josué mantuvo alzada su lanza hasta que las tropas enemigas fueron totalmente derrotadas.

Una táctica efectiva; fingiendo repetir una derrota anterior, Josué la tornó en victoria. Ahora sería interesante observar con qué parte del ejército estaba Josué. No se quedó con los hombres de la emboscada, sino con los que, aparentemente vencidos, huían, pero que por fin convirtieron la aparente derrota en victoria. Reflexionando sobre esto creo que hay ciertas similitudes entre Josué y el Señor Jesucristo... Pero dejo eso a la consideración del lector.

# Suprimir todo dominio y autoridad (Josué 9-12)

---

El objetivo que Dios señaló en esta tercera sección era la supresión de todo dominio y autoridad, de manera que, para conseguirlo, Josué tendría que destruir a todos los reyes. El objetivo se cumplió, lo cual queda resumido en el capítulo 12 con una larga lista de los reyes que fueron destruidos. Los que conocen bien el Nuevo Testamento recordarán lo que se dice del Señor Jesucristo en:

*(1 Co 15:24-25) “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.”*

Observemos que este objetivo se llevó a cabo en dos etapas: Primeramente, en el capítulo 10, la destrucción de la coalición de los reyes del sur y la conquista de muchas ciudades. Y seguidamente, en el capítulo 11, la victoria sobre la coalición de reyes del norte.

Y de nuevo percibimos el énfasis en el hecho de que Josué cumplió así todo lo que Moisés había mandado:

*(Jos 11:12) “Asimismo tomó Josué todas las ciudades de aquellos reyes, y a todos los reyes de ellas, y los hirió a filo de espada, y los destruyó, como Moisés siervo de Jehová lo había mandado.”*

*(Jos 11:15) “De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés su siervo, así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Jehová había mandado a Moisés.”*

*(Jos 11:20) “Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés.”*

*(Jos 11:23) “Tomó, pues, Josué toda la tierra conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus; y la tierra descansó de la guerra.”*

Pero antes de ver en detalle cómo se consiguió este objetivo, consideraremos el capítulo 9, que sirve de prolegómeno a esta sección y que nos narra la historia de los gabaonitas.

## La historia de los gabaonitas

Como sabemos, los gabaonitas llegaron al campamento de Israel haciéndoles creer que venían de una ciudad lejana y pidiendo que hicieran con ellos una alianza. Los israelitas no pidieron consejo a Dios (**Jos 9:14**) y atendieron a su petición, para descubrir muy poco tiempo después que realmente provenían de una ciudad vecina. Cuando se enteraron de esto pensaron ejecutarlos, pero no podían quebrantar el juramento que habían hecho; no había vuelta atrás.

En cuanto a la lección que podemos sacar de esta historia, voy a exponer a continuación la interpretación que se escucha comúnmente: Es típico del comportamiento de los siervos de Dios que, cuando tienen que emprender algo grande para el Señor, pasan mucho tiempo en oración buscando orientación para cada detalle, pero, después que todo ha salido bien y tienen que enfrentar algún ministerio más pequeño, entonces confían en su propio instinto y habilidad, dejando de consultar al Señor. Esto termina acarreándoles consecuencias terribles o llevando a situaciones muy complicadas que no tienen solución.

De modo que este capítulo está aquí para enseñarnos que necesitamos al Señor en las cosas pequeñas lo mismo que en las grandes.

Por supuesto, estoy plenamente de acuerdo con esta enseñanza. Sin embargo esta historia me deja con una pequeña duda. Es cierto que los gabaonitas mintieron (**Jos 9:8-9**) y que, si los israelitas hubieran consultado al Señor, él les habría dicho la verdad y, en ese caso, los tendrían que haber destruido. Pero lo que ocurrió luego en el capítulo 10 nos pone al corriente de los verdaderos propósitos de Dios para los gabaonitas: Cuando Adonisedec rey de Jerusalén escuchó que ellos habían hecho paz con Israel, tuvo miedo, porque Gabaón era una gran ciudad, así que pactó con otros reyes para formar una coalición:

**(Jos 10:4)** *“Subid a mí y ayudadme, y combatamos a Gabaón; porque ha hecho paz con Josué y con los hijos de Israel.”*

Los reyes de la coalición prepararon el combate, pero no contra Israel, sino contra los gabaonitas, quienes pidieron ayuda a Josué en virtud del pacto que habían concertado:

**(Jos 10:6)** *“Entonces los moradores de Gabaón enviaron a decir a Josué al campamento en Gilgal: No niegues ayuda a tus siervos; sube prontamente a nosotros para defendernos y ayudarnos; porque todos los reyes de los amorreos que habitan en las montañas se han unido contra nosotros.”*

Es interesante notar la actitud de Josué. Él no dijo: “Nos engañasteis y ahí tenéis las consecuencias”. No, sino que inmediatamente reunió a todo el ejército y realizando una marcha forzada durante toda la noche, acudieron en su ayuda. Dios, por su parte, prometió que él mismo iba a intervenir milagrosamente para derrotar a aquella coalición de reyes:

**(Jos 10:8)** *“Y Jehová dijo a Josué: No tengas temor de ellos; porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti.”*

Efectivamente podemos decir que fue el Señor mismo quien salvó a los gabaonitas:

**(Jos 10:10-11)** *“Y Jehová los llenó de consternación delante de Israel, y los hirió con gran mortandad en Gabaón; y los siguió por el camino que sube a Bet-horón, y los hirió hasta Azeca y Maceda. Y mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada.”*

Ahora me pregunto: ¿Por qué intervino el Señor para salvar a los gabaonitas? ¿Se sentiría obligado a salvarlos a causa del juramento que habían hecho los torpes israelitas sin saber lo que hacían? Yo creo que no. De hecho, Dios también me ha salvado a mí y no creo que por eso él esté en el cielo diciendo: “¡Vaya!, yo no tenía ninguna intención de salvar a David Gooding, pero algún estúpido predicador fue por allí invitando a la gente y este Gooding respondió a la oferta. Y ahora no voy a tener más remedio que salvarle, aunque yo no quería”. ¡Por supuesto que no! Si Dios salvó a los gabaonitas o me salvó a mí, es porque siempre tuvo la intención de hacerlo.

Pero entonces, ¿cómo podemos entender el comportamiento de los gabaonitas? Pues bien, cuando Josué les preguntó, ellos contestaron lo siguiente:

**(Jos 9:24)** *“Y ellos respondieron a Josué y dijeron: Como fue dado a entender a tus siervos que Jehová tu Dios había mandado a Moisés su siervo que os había de dar toda la tierra, y que había de destruir a todos los moradores de la tierra delante de*

*vosotros, por esto temimos en gran manera por nuestras vidas a causa de vosotros, e hicimos esto.”*

Ahora bien, para saber lo que habrían oído decir a Moisés, tenemos que ir a Deuteronomio, donde explica que a las ciudades lejanas tendrían que ofrecerles la paz. Si la aceptaban, se harían tributarios y servirían a Israel, pero si la rechazaban, serían destruidos (**Dt 20:10-15**). En cambio, para las ciudades que estaban cerca no habría esa oferta de paz, sino que tendrían que destruirlas sin más, porque de otro modo podrían influenciarles para mal con sus abominaciones (**Dt 20:16-18**).

Esto es lo que habrían oído los gabaonitas, y no estaban dispuestos a quedarse de brazos cruzados esperando que llegaran los israelitas para destruirlos. Por tanto, buscaron todos los medios imaginables para convencerles de que hicieran la paz con ellos. Ahora bien, la táctica que ellos usaron despierta en algunos la impresión de que eran unos mentirosos e hipócritas, pero notemos que después, cuando Josué les dijo que tendrían que ser siervos de Israel para siempre, ellos lo aceptaron de buen grado y durante 400 años cumplieron esa promesa.

Recordemos que cuando, siglos después, el rey Saúl y sus hijos, deseando complacer al pueblo, empezaron a exterminar a los gabaonitas, Dios mandó un hambre sobre el país que no cesó hasta que algunos de los hijos de Saúl fueron ejecutados por los gabaonitas en represalia por el crimen cometido contra ellos (**2 S 21:1-14**).

En vista de todo esto, podemos preguntarnos: ¿Qué habría dicho el Señor sobre los gabaonitas si Josué le hubiera consultado? Pues seguramente, que aunque procedían de una ciudad cercana, sin embargo su corazón era recto para con el Señor, que no suponían ningún peligro de idolatría para Israel y que estaban dispuestos a servirles. Por lo tanto, el Señor los habría aceptado como siervos de su altar.

De hecho, fue algo similar a lo que ha ocurrido con nosotros: No hizo falta que mintiéramos, porque sí que éramos gente muy lejana, pero Dios nos salvó por su gracia cuando aceptamos ser siervos del altar, de la misma forma que a los que estaban cerca (**Ef 2:11-22**).

Consideremos ahora lo que hizo Dios para salvarles: En primer lugar, observamos que cuando ellos hicieron la paz con el pueblo de Dios, inmediatamente los demás reyes de alrededor se pusieron en su contra. Este es un fenómeno que se repite con frecuencia en muchos lugares, donde los nuevos convertidos se encuentran con la persecución de aquellos que antes habían sido sus amigos o compañeros. Pero en esta ocasión, Dios envió a los israelitas contra estos reyes enemigos y, por así decirlo, él mismo se metió en la batalla arrojando grandes piedras desde el cielo contra ellos.

Después sucedió otra cosa maravillosa:

*(Jos 10:12-13) “Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está escrito esto en el libro de Jaser? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.”*

Este es el milagro que Dios hizo para conseguir el tercer objetivo. Desde luego se trata de algo muy grande. Con los conocimientos científicos que hoy tenemos, sabemos que si la tierra llegara a pararse, los efectos serían catastróficos sobre los océanos y la misma tierra. Por eso algunos se han preguntado cómo puede creerse este episodio.

Con el fin de dar una explicación “más lógica”, otras personas han sugerido una traducción alternativa. Argumentan que la palabra traducida “se detuvo” puede significar también “estar quieto o en silencio”. De esta manera, Josué estaría pidiendo, no tanto que el sol se parara, sino que dejara de brillar tan intensamente. Según esta teoría, Josué y su ejército, que habían realizado una marcha forzada durante toda la noche y que después habían luchado y ganado la batalla contra la coalición de reyes, ahora que el sol comenzaba a levantarse en el oriente y tenían que comenzar a perseguirlos, Josué pedía que el sol no brillara tan intensamente para que el calor del día no los agotara y pudieran así llegar a derrotar totalmente a sus enemigos.

Sin duda, es una sugerencia interesante, pero los que la defienden reconocen una dificultad al final del versículo 13, cuando el texto dice: *“El sol... no se apresuró a ponerse casi un día entero”*, porque allí la expresión significa literalmente *“bajar por el horizonte”*.

Yo no tengo una explicación alternativa, sino que creo lo que dice el pasaje porque está en la Biblia. Ahora bien, me gustaría señalar un milagro todavía mayor en este pasaje:

**(Jos 10:14)** *“Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre; porque Jehová peleaba por Israel.”*

Sin duda, el hecho de que el Señor estuviera dispuesto a escuchar la voz de un hombre mandando al sol y a la luna detenerse y alterando así el funcionamiento de las órbitas del firmamento, eso fue un milagro mucho mayor todavía. De hecho, el autor añade que nunca hubo un día semejante a ese. No lo hubo hasta la llegada de otro Josué.

No olvidemos que cuando otro hombre, nuestro Señor Jesucristo, se encontraba cerca del Calvario, levantó sus ojos al cielo y oró pidiendo al Padre que le glorificara al lado suyo con aquella gloria que había tenido antes de que el mundo fuera. Y el Padre le escuchó **(Jn 17:5)**. Sabemos que fue así porque tres días después de morir, Dios le levantó de entre los muertos, a lo cual siguió un acontecimiento insólito: Él mismo, un hombre, entró en el cielo y se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. Esto sí que es un hecho maravilloso: ¡Que por nuestra salvación el cielo mismo ha sufrido un cambio! Seguramente el arcángel Miguel todavía no ha salido de su asombro, viendo cómo un hombre, hecho un poco menor que los ángeles, ha sido alzado y puesto en el cielo por encima de ellos. Esto sí que es extraordinario.

Pero aún hay otra cosa más maravillosa todavía, y es que este fenómeno, por así decirlo, ha cambiado la misma Divinidad. Porque hubo un momento en el que el Hijo de Dios no era humano, pero con el fin de salvar a los hombres perdidos, la segunda persona de la divinidad, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre.

Más adelante, en esa misma oración que acabo de mencionar, cuando el Señor Jesucristo se encontraba cerca del Getsemaní, pidió lo siguiente:

**(Jn 17:24)** *“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.”*

Dios ha escuchado también esta oración de su Hijo, de modo que ahora ya estamos sentados juntamente con Cristo en los lugares celestiales **(Ef 2:6)**, por encima de principados, potestades y dominios. Y llegará un día cuando también estaremos allí corporalmente tras la resurrección, porque el Cristo resucitado volverá otra vez para reinar y colocará a todos sus enemigos bajo sus pies; y el último enemigo que será destruido es la muerte. Así que nos unimos al apóstol Pablo en su grito de júbilo:

**(1 Co 15:55)** *“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”*

Sin duda, esto constituye una enorme bendición para nosotros, que como dice Efesios, estábamos muy lejos, pero también para los judíos, que estaban cerca.

Pero antes de continuar, quiero que volvamos por un momento a Josué y a aquellos gabaonitas que también estaban cerca, para preguntarnos si nosotros somos tan sinceros como ellos. Hemos considerado las cosas que ellos hicieron para salvar sus vidas, pero también que cuando por fin estuvieron seguros de su salvación, continuaron durante siglos siendo fieles en su servicio al altar y al pueblo de Dios. ¿Qué podríamos entonces decir de personas que profesan estar seguros de su salvación eterna pero no están dispuestos a llevar la Cruz de Cristo ni a servir a su pueblo?

## La derrota de todos los enemigos

Finalmente Josué venció a la confederación del sur, capturó a sus reyes y los dejó encerrados en una cueva hasta que acabaron de derrotar al resto de sus ejércitos. Después regresaron, los sacaron de la cueva y les hicieron colocarse en el suelo para que los capitanes del ejército israelita les pusieran los pies sobre el cuello y los ejecutaran. Finalmente colgaron sus cuerpos en un árbol, exhibiéndolos públicamente.

Quedaban todavía largas batallas (por ejemplo, contra la confederación de los reyes del norte), pero lo que acababan de hacer con estos reyes era un ejemplo temprano de lo que Dios hará un día a todos sus enemigos.

La epístola a los Colosenses emplea un lenguaje muy similar (**Col 2:14-15**). Presenta a los principados y potestades alrededor de la cruz de Cristo apelando a la justicia de Dios para que no salvase a hombres y mujeres que habían transgredido la ley de Dios. Pero Cristo tomó el acta de los decretos que había contra nosotros y la clavó en la cruz, pagando él mismo la penalidad de nuestros pecados, anulando así las acusaciones de los principados y potestades por medio de su resurrección para, después de haber triunfado sobre ellos, exhibirlos públicamente. Y, de igual manera que se ha vencido esta primera batalla, se ganará también la postrera y definitiva.

Por último, nos queda considerar cómo después de esta primera victoria, los reyes del norte formaron una coalición mucho más numerosa que la anterior y en esta ocasión iniciaron ellos la ofensiva contra Israel (**Jos 11**). Pero la Escritura nos dice que fue Dios quien endureció sus corazones para que presentaran batalla contra Israel y fueran destruidos, como había mandado Moisés (**Jos 11:19-20**). Se menciona además que ninguno de ellos buscó hacer la paz con Israel, como habían hecho los gabaonitas. De haber sido así, Dios habría tenido también misericordia de ellos, pero se lanzaron contra el pueblo de Dios para su propia destrucción. Y así ha de ser también al final de esta era de gracia.

# La ocupación de la Tierra Prometida (Josué 13-24)

---

Comenzamos ahora el estudio de la segunda parte del libro, y le vamos a dedicar menos espacio que a la primera, ya que en gran medida consiste en listas de detalles geográficos y nombres de ciudades. Sin duda, para los israelitas en tiempos pasados, todos estos detalles eran muy importantes, puesto que delimitaban las fronteras de la herencia que Dios había dado a cada tribu e individuo, siendo un motivo de alabanza y gratitud al Señor. Hoy en día, estas descripciones siguen siendo importantes para los arqueólogos que estudian la historia de la tierra de Israel.

Nuestro primer propósito al llegar a esta segunda parte será percibir cuál es la diferencia con la primera. Con este fin quiero señalar que en el hebreo se emplean dos palabras diferentes para el verbo “*tomar*”. En la primera parte del libro encontramos con frecuencia una de ellas y tiene el sentido de “tomar un cautivo o tener una victoria sobre algo o alguien”. En ese contexto se refiere a la forma en que Josué derrotó y tomó las ciudades de Canaán y a sus reyes, de lo cual queda constancia en la larga lista de ciudades conquistadas que aparecen al final de la primera parte, en el capítulo 12. Sin embargo, en aquel momento no era posible que los israelitas tomaran posesión plena de las ciudades asentándose en ellas. Si lo hubieran hecho, habrían debilitado poco a poco el ejército unido de Israel.

Así que en la segunda parte del libro, el verbo que se traduce por “*tomar*” es distinto. Describe la acción por la que los israelitas, una vez que Josué terminó de conquistar el país y repartir la herencia entre cada tribu, se dispusieron a tomar posesión de su parte de la herencia, asentándose en las ciudades y cultivando la tierra circundante.

Pero no debemos ignorar que también en esta fase tuvieron que luchar duramente. ¿Por qué? Porque durante el periodo en el que Josué y el ejército unido de Israel avanzaban en la conquista, muchos cananeos tuvieron ocasión de volver a sus ciudades. De modo que, cuando los israelitas se dispusieron a habitarlas, tuvieron que seguir luchando para poder expulsarlos y tomar una posesión plena de su herencia.

Quisiera presentar una analogía con lo que Cristo ha hecho por nosotros. Por medio de su muerte y resurrección ha obtenido una herencia gratuita que nos es dada por su gracia y amor. Pero como sabemos, este no es el fin de la historia. El Nuevo Testamento no esconde el hecho de que todavía tendremos que luchar para poder gozar plenamente de esta herencia, de la misma forma que hacía Pablo:

*(Col 1:29) “Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.”*

## Los tres objetivos de la segunda parte del libro de Josué

### I. El establecimiento del Tabernáculo en la tierra de Canaán (Jos 13:1-18:1)

Los primeros capítulos de esta sección tratan de la distribución de la tierra entre algunas de las tribus. Pero al llegar a **(Jos 18:1)** encontramos algo muy significativo:

*(Jos 18:1) “Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión, después que la tierra les fue sometida.”*

Este versículo tiene mucha importancia, porque Moisés había mandado en el nombre de Dios que cuando el pueblo entrara en la tierra, erigieran el tabernáculo en el lugar que él escogiera para que el pueblo ofreciera allí sus sacrificios **(Dt 12:1-28) (Lv 17:1-9)**. Esto

los diferenciaría claramente de los paganos que habitaban en aquella tierra y que construían altares por todos los lugares altos del país. Así que Israel, en su lucha contra la idolatría, debía tener un único lugar de culto en el que ofrecer sus sacrificios.

Si recordamos, por ejemplo, la religión griega, vemos que tenían dioses con múltiples nombres para los que construían templos por todas las ciudades y a los que rendían distintos tipos de culto dependiendo del lugar. Eso es la esencia de la idolatría. Lamentablemente, una buena parte de la llamada cristiandad, que no ha querido escuchar la Palabra de Dios, ha edificado sus altares a María por doquier, con infinidad de nombres diferentes y formas de adoración, según les ha parecido en cada ocasión.

Pero, a diferencia de esto, Israel sólo tenía un tabernáculo y un único lugar al que dirigirse para ofrecer sus sacrificios. Por eso era importante que, al entrar en la tierra prometida, fueran al lugar escogido por Dios y erigieran allí el tabernáculo de reunión. Esto suponía un cambio respecto a la experiencia en el desierto, puesto que allí todas las tribus se colocaban alrededor del tabernáculo a la misma distancia, mientras que una vez dentro de Canaán, unas tribus estarían más lejos que otras.

Es significativo que cuando llegamos al Nuevo Testamento se nos dice en (**Jn 1:14**) que el *“Verbo fue hecho carne, y puso su tabernáculo entre nosotros”*. Esto quiere decir que Dios estaba en Cristo de una forma única y especial que no se repite en ninguna otra persona, puesto que él es Dios mismo encarnado. No olvidemos que el tabernáculo que Moisés mandó construir en el desierto era sombra de los bienes venideros, en una clara indicación a Cristo.

En conclusión, el objetivo de esta primera sección fue el establecimiento del tabernáculo de reunión en Silo, el lugar escogido por Dios dentro de la tierra prometida.

## **2. La ocupación del resto de la herencia (Jos 18:2-21:45)**

Cuando llegamos al final de esta sección, todas las tribus han recibido su herencia y el Señor les ha dado reposo de todos sus enemigos de alrededor. Por lo tanto, la sección se cierra con una nota de triunfo por el cumplimiento de todo lo que Dios les había prometido:

**(Jos 21:43-45)** *“De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella. Y Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres; y ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos. No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”*

Esto contrasta con lo que encontramos en:

**(Jos 13:1)** *“Siendo Josué ya viejo, entrado en años, Jehová le dijo: Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer.”*

Por supuesto, el autor no se ha olvidado de esto cuando llega a la bella conclusión del capítulo 21; era cierto que Israel todavía tenía mucho terreno que conquistar, pero ya estaba en posesión y gozando de todo lo que Dios quería darles en ese momento.

## **3. El mantenimiento de un servicio leal a Dios (Jos 22:1-24:33)**

Una vez que el tabernáculo fue erigido en Silo y que cada tribu había recibido su herencia, surgió la cuestión de mantener el servicio a Dios. En esta última sección encontraremos algunos de los obstáculos que surgieron y que hacían peligrar ese servicio.

## Primer objetivo: Levantar el tabernáculo en Canaán

Comienza esta sección (**Jos 13:1-18:1**) con la distribución de la herencia a las dos tribus y media en la parte oriental del Jordán y a la tribu Judá. Encontramos también cuatro historias breves que comentamos a continuación.

### 1. Recibiendo la herencia (Jos 14:6-15)

Cuando la tribu de Judá se acercó para recibir su herencia, Caleb acudió entre ellos. Como recordaremos, él fue uno de los doce espías que Moisés envió a reconocer la tierra prometida y que, junto con Josué, había dado un informe positivo. En aquella ocasión, Moisés le prometió que la tierra que habían hollado sus pies sería para él y su descendencia. Así que, aunque había tenido que vagar por el desierto durante cuarenta años con el resto de los israelitas rebeldes, él mantuvo viva en su corazón la esperanza de poseer esa tierra, que ahora reclamaba como herencia. De hecho, se ve en el texto que él tenía cierta impaciencia por ir a atacar a los gigantes.

Caleb fue un hombre que siguió al Señor con todo su corazón y vio cómo se cumplió la promesa que había recibido. De esta forma llegó a ser un ejemplo de otros muchos miles de israelitas que a través de los siglos han esperado en Dios. Ciertamente el Antiguo Testamento insiste mucho sobre los judíos apóstatas, pero no debemos olvidarnos de aquellos creyentes que se mantuvieron fieles al Señor y creyeron en la esperanza que Dios mismo les había dado.

Por ejemplo, Daniel, que leería el libro de Jeremías (mucho más que algunos cristianos de hoy), esperaba la venida del Mesías. Pero, por culpa de la apostasía de la mayoría de Israel, fue desterrado y tuvo que vivir en Babilonia, donde murió sin poder ver el cumplimiento de la promesa. No obstante, su libro termina de esta forma tan hermosa:

*(Dan 12:13) “Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.”*

Esta promesa está reservada para Daniel. ¡Y un día habrá de cumplirse! Otros, en cambio, como Caleb, llegaron a vivir lo suficiente para ver la venida de Josué, o de Jesús, como el anciano Simeón al que se le reveló que no moriría hasta que viera al Cristo del Señor:

*(Lc 2:25-32) “Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.”*

Simeón vivió con la esperanza de ver el cumplimiento de lo que se le había prometido, al igual que Ana la profetisa, Marta, María, Juan y muchos otros que vivieron esperando la primera venida del Mesías. A todos ellos Dios, en su fidelidad, les permitió ver ese momento.

### 2. Ampliando la herencia (Jos 15:16-19)

Una vez que Caleb hubo recibido lo prometido, encontramos otra hermosa historia con su hija Acsa y su yerno Otoniel como protagonistas. Leemos que Caleb había ofrecido como

esposa a su hija Acsa a aquel que fuera capaz de tomar una de las ciudades de su herencia en batalla contra los gigantes que la habitaban. Otoniel, con un espíritu similar al de su futuro suegro, tomó aquella ciudad, se casó con Acsa y recibió así una parte de la heredad. Pero la hija de Caleb no estaba satisfecha con eso y, usando de cierta sutileza femenina, pidió más herencia a su padre, a lo cual él accedió.

Esta pequeña historia ha quedado recogida en la Palabra de Dios para animarnos a nosotros, que ya tenemos nuestra herencia en Cristo, para que pidamos más. Es cierto que ha habido debates entre creyentes sobre si es correcto o no pedir a Dios su Espíritu Santo. Algunos creen que no es correcto ni necesario, porque Dios ya nos lo da en el momento de creer:

*(Ef 1:13-14) “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.”*

Pero no cabe duda que es correcto pedirle a Dios que nos dé más, porque si leemos a continuación de esos versículos, observaremos que, aunque ya tenían el Espíritu Santo, Pablo pide a Dios que les dé más:

*(Ef 1:17-18) “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.”*

Pablo veía que era urgente que el pueblo de Dios descubriera constantemente lo grande y maravillosa que era la herencia de Dios en ellos. Algunas veces nuestra herencia puede empezar a parecernos de poca importancia y reducirse a unos pocos versículos que conocemos y citamos de vez en cuando. Pero hemos de orar para que el Señor nos muestre con renovada claridad la enorme riqueza que hay en nuestra herencia. Por tanto, sí; es correcto que siempre pidamos más de su herencia para nosotros.

### **3. Reclamando la herencia (Jos 17:3-4)**

Una vez que había comenzado el reparto de la tierra, las hijas de un tal Zelofehad se acercaron a Josué para reclamar lo que Moisés les había prometido. Por la lectura de **(Nm 27:1-11)**, sabemos que su padre había muerto en el desierto sin dejar hijos varones, así que, para que no perdieran su parte de la herencia, Moisés mandó que ésta pasase a sus hijas, siempre y cuando ellas se casaran con alguien de su misma tribu. De manera que ellas se acercaron a Josué para reclamar lo prometido y él se lo concedió.

Afortunadamente, en este tiempo de la era cristiana, nuestras hermanas no tienen un problema semejante, según nos recuerda Pablo hablando de la herencia:

*(Ga 3:26-29) “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”*

Subrayo de nuevo que estos versículos tienen que ver con la cuestión de la herencia. Nosotros somos herederos según la promesa del pacto original hecha a la simiente de Abraham, la cual es Cristo. De modo que todos los que han sido bautizados en él, están revestidos de él y por así decirlo, este nuevo vestido les cubre totalmente y cancela todas las diferencias entre judío y griego, esclavo y libre, varón y mujer. Cuando se trata de la herencia, todos somos uno en Cristo Jesús.

De vez en cuando haríamos bien en sentarnos cómodamente y disfrutar considerando la increíble herencia que hemos recibido. Porque nosotros no somos como el necio del que el Señor habló en su parábola, que después de haber almacenado muchos bienes se sentó cómodamente a hablar consigo mismo de lo feliz y tranquilo que estaba. Porque esa misma noche una voz le dijo que era un necio por haber guardado sus riquezas en el lugar equivocado y que iba a morir, dejando aquí todo lo que había almacenado. Lo sabio habría sido transformar todo aquello en riquezas eternas. Pero con nuestra herencia no existe ese problema, porque está en los cielos reservada en Cristo para nosotros:

**(Col 1:5)** *“A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio.”*

Nosotros haríamos bien en empezar a reclamar esa gloriosa herencia que tenemos en Cristo.

#### 4. Conquistando la herencia (Jos 17:14-18)

También la tribu de José se acercó a Josué durante el reparto de la tierra para pedir una herencia mayor. A ellos les parecía que, siendo una tribu grande, habrían de recibir una herencia mayor. De hecho les parecía que lo que habían recibido era insuficiente, a lo que Josué les contestó:

**(Jos 17:15)** *“Si sois pueblo tan grande, subid al bosque, y haceos desmontes allí en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, ya que el monte de Efraín es estrecho para vosotros.”*

Pero ellos no sólo se quejaron de que no tenían suficiente, sino que también veían problemas en lo que Josué les proponía, porque eso implicaba luchar contra fuertes enemigos. Pero eso no hizo cambiar de opinión a Josué, de manera que insistió en que si querían más, sólo lo conseguirían luchando y desarrollando lo que ya tenían.

La actitud de esta tribu es muy parecida a la de muchos cristianos hoy en día. Llegaron a ser salvos por la fe, sin que tuvieran que hacer ninguna obra para ganarlo, y aunque ahora les gustaría tener más, sólo la idea de tener que trabajar o luchar para conseguirlo los disuade del empeño.

Cuando llegamos al final de esta sección, comprobamos que aunque todavía había mucho trabajo por hacer, el tabernáculo ya estaba erigido en Silo. Y si volvemos a referirnos por analogía a Efesios, nosotros también podemos decir que, aunque aún queda mucho por edificar, ya hemos recibido el Espíritu Santo, que son las arras de la herencia, la garantía de que un día la disfrutaremos en su plenitud. Ahora bien, Dios no quiere que esperemos a entrar en nuestra casa celestial para que empecemos a disfrutar y crecer en ella:

**(Ef 2:21-22)** *“En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”*

## Segundo objetivo: Ocupar el resto de la herencia

### I. La división de la herencia

En esta segunda sección (**Jos.18:2-21:45**), Josué va a repartir la heredad a las siete tribus restantes, pero antes de hacerlo les dirige unas palabras muy serias:

**(Jos 18:3)** *“Y Josué dijo a los hijos de Israel: ¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová el Dios de vuestro padres?”*

De hecho, les está reprendiendo porque todavía no habían tomado posesión de su herencia por su asombrosa dejadez y negligencia. Era algo incomprensible, que habiendo sido esclavos en Egipto y siendo ahora libres y teniendo ante sí una rica herencia por la que habían tenido que luchar tanto, sin embargo no hicieran el más mínimo esfuerzo por entrar a poseerla.

Quizá para ellos había sido relativamente fácil seguir a la multitud con el ejército unido, pero, cuando llegó el momento de tomar una iniciativa individual, eso les resultó mucho más complicado. O tal vez no estaban dispuestos a pagar el precio de emprender la lucha para tomar la herencia de manos de sus enemigos.

Es cierto que sólo Dios puede medir la devoción de su pueblo, no obstante, he observado en más de una ocasión que hay personas que avanzan en el servicio al Señor pase lo que pase, buscando siempre una experiencia más profunda con él en sus vidas y progresando en su obra; pero que hay otros que por cualquier cosa se molestan y se detienen.

Cuando me pregunto el porqué de esto, pienso en las personas que recibieron la carta a los Hebreos. El escritor expresaba su deseo de decirles muchas más cosas, pero no podía porque se habían hecho *“tardos para oír”*, y en lugar de darles a comer carne sustanciosa, tenía que seguir dándoles leche como si fueran bebés. El problema no era que fuesen cristianos recién convertidos, sino que tenían una especie de enfermedad espiritual que ataca a aquellas personas que no desarrollan la capacidad de escuchar la Palabra de Dios, llegando a convertirlos en tardos para oír:

**(He 5:12-13)** *“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.”*

El escritor quería hablarles de cosas maravillosas relacionadas con su herencia: el glorioso sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec, la riqueza de su sacrificio, la seguridad de su segunda venida y toda suerte de cosas maravillosas. Pero reconoce con tristeza que no lo puede hacer debido a que habían llegado a ser tardos para oír. ¡Y eso que muchas cosas de las que les tenía que decir las necesitaban para enfrentarse con la persecución que sufrían en esos momentos!

Ahora bien, Josué hizo una exhortación muy práctica al pueblo que nos conviene recordar también a nosotros. Él puso al pueblo en marcha hacia su herencia:

**(Jos 18:4)** *“Señalad tres varones de cada tribu, para que yo los envíe, y que ellos se levanten y recorran la tierra, y la describan conforme a sus heredades, y vuelvan a mí.”*

En otras palabras, el pueblo tenía que hacer algo bien práctico: sacar sus cuadernos, ir a delinear la tierra, tomar medidas, confeccionar mapas y después volver a Josué para que les repartiera las heredades. Seguro que si Josué estuviera con nosotros en el día de hoy, diría algo muy similar, porque nosotros también tenemos una vasta herencia descrita en la Palabra de Dios que debemos conocer, investigar, describir, explorar sistemáticamente. No podemos conformarnos con menos ni tampoco ser negligentes para entrar a conocer las maravillas de nuestra heredad.

Pues bien, el pueblo atendió a Josué, volvieron con los mapas de su herencia ya hechos y la tierra fue distribuida a suertes delante del Señor. De la misma forma, Dios también reparte sus dones entre los hombres como él quiere, según su soberana voluntad y actividad. Pero una cosa es tener un don y otra muy distinta usarlo, de la misma manera que hay una herencia para todo el pueblo de Dios, pero no todos la emplean de la misma

manera. ¡Que el Señor nos ayude para no ser negligentes en cuanto a la posesión de nuestra herencia!

## 2. El fin del reparto

Finalmente, las siete tribus escucharon la exhortación de Josué y con esto se terminó el reparto de la herencia a todo el pueblo de Israel. Fijémonos en el tono de triunfo en:

*(Jos 19:49-51) “Y después que acabaron de repartir la tierra en heredad por sus territorios, dieron los hijos de Israel heredad a Josué hijo de Nun en medio de ellos; según la palabra de Jehová, le dieron la ciudad que él pidió, Timnat-sera, en el monte de Efraín; y él reedificó la ciudad y habitó en ella. Estas son las heredades que el sacerdote Eleazar, y Josué hijo de Nun, y los cabezas de los padres, entregaron por suerte en posesión a las tribus de los hijos de Israel en Silo, delante de Jehová, a la entrada del tabernáculo de reunión; y acabaron de repartir la tierra.”*

Para terminar este apartado, quiero detenerme en la forma en la que el escritor ha organizado su material. Al principio del reparto de la tierra a las tribus de José y Judá, se presentó Caleb reclamando la herencia que se le había prometido, y ahora, cuando llegamos al final del reparto, se nos dice que también Josué recibió su herencia. Estos dos hombres habían formado parte del equipo de doce espías que Moisés envió a reconocer la tierra cuarenta años atrás y que, a diferencia del resto, regresaron con un informe favorable, por lo que Moisés les prometió en herencia la tierra que habían pisado sus pies. Pero tuvieron que pasar cuarenta años antes de que llegaran a este momento. Y todo por la rebeldía del pueblo. Ahora me parece que el autor nos quiere transmitir una nota de triunfo mostrando la fidelidad de Dios hacia estos dos hombres al darles lo que les había prometido.

## 3. Las ciudades de refugio (Jos 20:1-9)

Para que el pueblo de Israel pudiera mantener el disfrute de la herencia, Dios había instituido las ciudades de refugio. Su propósito se describe en **(Nm 35:9-28)**, donde Moisés explicó que si una persona derramaba sangre inocente, la tierra quedaría contaminada, lo cual Israel debía evitar si no querían ser vomitados como sus anteriores moradores. Por eso, si una persona cometía un homicidio deliberadamente, uno de los familiares del hombre asesinado tenía el derecho y la obligación de vengar la muerte de su pariente. Pero el diseño de las ciudades de refugio tenía el propósito de proteger a aquellos que hubieran cometido un homicidio accidentalmente, permitiéndoles huir allí y escapar del vengador de la sangre, para posteriormente ser juzgadas por los ancianos de la ciudad, que decidirían finalmente la inocencia o culpabilidad de esa persona.

Ahora bien, hay algunas facetas de esta institución que nos presentan ciertos interrogantes. Por ejemplo, si una persona cometía homicidio involuntario y era declarado inocente por los ancianos, no se le permitía volver inmediatamente a su ciudad de origen. Intentando explicar esto, algunos han dicho que sería así para evitar que el vengador de la sangre lo matara. Pero no puede ser esa la razón, puesto que una vez que los ancianos habían declarado inocente a la persona, el vengador se convertiría en culpable si ejecutara la sentencia de muerte contra ella, y la misma ley caería sobre él.

Hay otro detalle que debemos tener en cuenta: El homicida sí que podría regresar a su ciudad, pero sólo cuando el sumo sacerdote hubiera muerto. Ese era un periodo de tiempo indeterminado, porque lo mismo podía morir en una semana que al cabo de cuarenta años. ¿Qué sentido tenían estos reglamentos?

Una posible sugerencia sería que, si bien el hombre no era culpable de homicidio deliberado, sin embargo, su acción implicaba daños para la familia del fallecido. Por

ejemplo, si a uno se le pincha una rueda mientras viaja con su coche y como consecuencia tiene un accidente en el que otra persona pierde la vida, desde luego no sería culpable de homicidio, pero sí sería responsable por los daños ocasionados. Ahora, imaginemos que ese hombre vuelve inmediatamente de la ciudad de refugio a residir en su casa, que está enfrente de la del fallecido, donde su viuda ahora tiene que luchar sola para sacar adelante a sus hijos. ¿Sería apropiado eso? Pienso que no, y que más bien sería justo que se enfrentase a los daños que provocó, quedándose algún tiempo en la ciudad de refugio. Así también su familia podría aprender lo que es vivir sin él. Esto establecía una relación equitativa entre las dos familias.

Este periodo terminaría con la muerte del sumo sacerdote. Mientras tanto no había posibilidad de volver, prohibiendo la ley (**Nm 35:32-34**) que se pagara cualquier tipo de rescate para anticipar el regreso del homicida a su casa. Porque en ese caso la tierra también sería contaminada por la sangre. Por tanto, no era sólo necesidad de reconocer los daños hechos a la otra familia, sino también de evitar la contaminación de la tierra.

Ahora bien, seguimos preguntándonos qué tenía que ver la muerte del sumo sacerdote con la liberación del hombre de la ciudad de refugio. Tal vez los abogados cristianos podría explicarnos mejor la razón de esta ley, pero puesto que parecen hombres muy ocupados, quiero presentaros lo que han sugerido algunos comentaristas y teólogos: Ellos señalan que en la descripción de la vestidura del sumo sacerdote se incluía una lámina de oro puro que se colocaba en la frente con la inscripción: “*Santidad a Jehová*”. Junto con ella debía llevar también las faltas cometidas por el pueblo en todas las cosas santas (**Ex 28:36-38**). Cuando el sumo sacerdote moría, se entendía que se hacía borrón y cuenta nueva de todas las acusaciones y problemas que hubieran surgido durante su ministerio, dando lugar también a que el homicida involuntario pudiera regresar a su casa. Menciono esto porque me parece una sugerencia interesante, aunque no veo la forma de probarla.

Quiero, sin embargo, que vayamos al Nuevo Testamento para que pensemos en el asesinato que el pueblo de Israel cometió en la persona de su Mesías, el Señor Jesucristo. ¿Fue un homicidio deliberado o accidental? Al principio del libro de Hechos, encontramos que Pedro acusa al sumo sacerdote y a su concilio de haberlo hecho intencionadamente (**Hch 2:23**) (**Hch 4:10**) (**Hch 5:30**), pero más adelante, hablando a los israelitas en general les dice que sabía que lo habían hecho “*por ignorancia*” (**Hch 3:17**). En cualquier caso, lo más maravilloso es que en el nombre de Dios, Pedro les ofrece el perdón de sus pecados, incluso del de haber matado a su Mesías, lo cual indudablemente es una manifestación extraordinaria de la misericordia de Dios.

Quizá alguien pregunte: ¿Cómo pudo Dios borrar ese pecado? Pues porque su muerte fue la del Sumo Sacerdote de Israel, nuestro bendito Señor Jesucristo, quien se entregó voluntariamente a sí mismo para proveer el perdón de sus enemigos, aún del pecado de asesinato, siempre y cuando ellos se arrepintiesen y se convirtiesen a él como su Salvador y Señor.

#### 4. Las ciudades de los levitas (Jos 21:1-42)

Después también los levitas recibieron algunas ciudades entre las distintas tribus, si bien no se les dio un territorio como herencia. Como recordaremos, el Señor era su herencia. Eso significa que eran para su consumo algunos de los sacrificios que se presentaban en el tabernáculo, además de las primicias ofrecidas al Señor.

El hecho de entrar en la tierra prometida necesariamente implicaba algunos cambios en su servicio. Mientras estuvieron en el desierto hacían falta muchos levitas para realizar el trabajo continuo de montar y desmontar el tabernáculo, además de su transporte y el trabajo diario de presentar los diferentes sacrificios. Pero una vez que el tabernáculo

quedó instalado definitivamente en Silo, ya no era necesaria tanta mano de obra en ese servicio, de modo que fueron divididos en compañías y repartidos por varias ciudades, teniendo la obligación de servir en el tabernáculo por turnos.

Esas ciudades a las que fueron a vivir llegarían a ser conocidas como las ciudades de los levitas. Las tribus debían cederles, alrededor de las ciudades, unos terrenos de cultivo llamados ejidos que ayudaran a su mantenimiento. De esta forma, todas las tribus tenían que conceder algo de su herencia para el mantenimiento de los levitas y su servicio, garantizando así el servicio en el tabernáculo.

En realidad no era tanto que, después de haber recibido una herencia tan grande, los israelitas cedieran una parte para el servicio a Dios. De hecho, Pablo usa un argumento similar en:

**(1 Co 9:11-13)** *“Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? (...) ¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan?”*

## **5. La herencia de Dios (Jos 21:43-45)**

Cuando llegamos al final de esta segunda sección, notamos el tono de triunfo por el hecho de que todas las tribus ya tenían su herencia y asimismo los levitas entre ellos:

**(Jos 21:43-45)** *“De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella. Y Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres; y ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente, porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos. No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”*

Pero no sólo Israel recibió su herencia, sino lo que aún es más, Dios mismo recibió también la suya, porque como sabemos a través de la Escritura, la herencia de Dios es su pueblo. Pablo oraba para que los creyentes pudieran llegar a comprender más plenamente este hecho:

**(Ef 1:18)** *“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.”*

Sin duda es algo extraordinario pensar que nosotros podamos llegar a ser algo de valor para Dios y que la herencia que él tiene en sus santos sea tan rica y gloriosa. Necesitamos, por lo tanto, que nuestros ojos sean abiertos para poder verlo con mayor claridad, entendiendo bien las implicaciones que esto tiene en nuestro trato con los hermanos. ¡Porque para Dios no es poca cosa que dañemos o estropeemos su herencia!

Más adelante, Pablo ora por la continuidad de la obra del Espíritu Santo en los creyentes:

**(Ef 3:16-19)** *“Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo...”*

Notemos cómo esta obra del Espíritu que se desarrolla en cada creyente debe llevarse a cabo *“con todos los santos”*. Esta es precisamente la nota de triunfo que encontramos cuando llegamos hacia el final del libro de Josué y leemos que todas las tribus recibieron su herencia y el Señor la suya. No olvidemos, por tanto, que el elevado propósito de

entender plenamente todo lo que Dios ha preparado para nosotros en Cristo, se lleva a cabo “con todos los santos”, contribuyendo cada uno conforme el Señor le da.

## Tercer objetivo: Mantener un servicio leal a Dios

Los tres últimos capítulos del libro tienen que ver con el mantenimiento del servicio fiel a Dios, lo cual evitaría que se perdiera la herencia. Para que Israel pudiera llevar esto a cabo, tuvo que enfrentarse con diversas dificultades.

### I. El peligro del exclusivismo indebido (Jos 22:1-34)

En el capítulo 22 encontramos la historia del regreso de las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés a la parte oriental del Jordán para poseer su propia herencia una vez que ya se había terminado la conquista.

Muchos han criticado su actitud diciendo que se instalaron en la misma entrada y que no avanzaron para tomar posesión de la herencia. Para ilustrarlo, algunos predicadores han empleado la historia de la niña que se cayó de la cama por la noche porque se quedó dormida en el mismo borde. De la misma manera, decían ellos, estos israelitas corrían mucho peligro quedándose a la misma entrada de la herencia.

Pero creo que no es justo pensar así, porque Moisés mismo les había dado esa herencia y Josué se la había confirmado. Además, habían servido de una forma ejemplar junto al ejército de Israel todo el tiempo que duró la conquista, luchando para que las demás tribus recibieran también su herencia, y sólo cuando todo Canaán fue conquistada regresaron ellos a su herencia al oriente del Jordán.

Pero de camino a su tierra, se dieron cuenta que había un valle enorme que los separaba del resto de las tribus (se dice que es la parte más profunda bajo el nivel del mar que se puede hallar en el planeta). Empezaron a temer que quizá en el futuro las tribus del otro lado del río podrían decir a sus hijos que ellos no eran parte de Israel, que eran diferentes, que estaban lejos y no tenían derecho al tabernáculo en Silo. Para que esto no llegara a ocurrir decidieron construir un altar semejante al que había en Silo y colocarlo en la misma frontera que los separaba. De esta forma, si en algún momento los hijos de las otras tribus les decían a los suyos que no tenían derecho a ir a Silo, ellos podrían enseñarles este altar para demostrar que conocían el tabernáculo tanto como ellos.

Pero cuando las otras tribus escucharon que ellos habían edificado un altar, se indignaron profundamente porque vieron en ello un peligroso conato de apostasía. Tenían claro que Moisés había mandado estrictamente que debía haber un único lugar donde se levantase el tabernáculo y un único altar. Así que, cuando vieron el altar recién construido, se alarmaron grandemente, reunieron al ejército y dirigidos por los ancianos, marcharon contra las dos tribus y media. Cuando les dieron alcance los acusaron de lo siguiente:

*(Jos 22:16-19) “Toda la congregación de Jehová dice así: ¿Qué trasgresión es ésta con que prevaricáis contra el Dios de Israel para apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos altar para ser rebeldes contra Jehová? ¿No ha sido bastante la maldad de Peor, de la que no estamos aún limpios hasta este día, por la cual vino la mortandad en la congregación de Jehová, para que vosotros os apartéis hoy de seguir a Jehová? Vosotros os rebeláis hoy contra Jehová, y mañana se airará él contra toda la congregación de Israel. Si os parece que la tierra de vuestra posesión es inmunda, pasaos a la tierra de la posesión de Jehová, en la cual está el tabernáculo de Jehová, y tomad posesión entre nosotros; pero no os rebeléis contra Jehová, no os rebeléis contra nosotros, edificándoos altar además del altar de Jehová nuestro Dios.”*

Tras escuchar la acusación, las dos tribus y media les explicaron que habían juzgado erróneamente sus intenciones, puesto que ellos no habían edificado ese altar para ofrecer sacrificios, ni tenían ninguna pretensión de competir con el altar en Silo. Que lo que pretendían con esa “maqueta” del altar era precisamente manifestar su total conformidad con el mandamiento que Dios había dado acerca del tabernáculo único. Explicaron también que lo habían hecho con el fin de dar a entender que tenían el mismo derecho de ir a Silo que las demás tribus, y les señalaron el símil del altar para demostrar la verdad de lo que decían y la ausencia de deseo alguno de rebelarse contra Dios.

Hay que decir a favor de las tribus principales que, cuando escucharon la explicación, les pareció bien y, aclarado el malentendido, se besaron los unos a los otros como hermanos en el Señor. Sin embargo, habría sido mejor que los unos hubieran preguntado antes de juzgar de antemano las motivaciones de los otros.

Si algún día alguien viniera a mí acusándome de apóstata o de cismático entre el pueblo de Dios, creo que usaría este mismo argumento: Le invitaría a mirar el símil o, dicho en otras palabras, le diría lo que yo creo acerca del gran sacrificio de Cristo ofrecido una sola vez y para siempre por el pecado del mundo, y cómo sobre esta base tenemos perdón completo, por cuanto él era tanto hombre como Dios y no sólo murió por nosotros, sino que también resucitó y ascendió al cielo. Le diría también que creo que nosotros debemos seguir sus pisadas, siendo obedientes y deseando ser transformados a su imagen. Y añadiría que él nos mandó celebrar la Cena del Señor para recordar la entrega de su cuerpo y su sangre para salvarnos y formar así un pueblo propio, celoso de buenas obras, que ya no vive para sí mismo, sino para el Señor. Tengo la esperanza de que si yo les mostrase el símil del altar y lo que yo creo sobre él, ya no me acusarían de apostasía y me reconocerían el derecho de ser uno juntamente con el pueblo de Dios.

## 2. El peligro de contemporizar (Jos 23:1-16)

Aquí encontramos un corto discurso de Josué al pueblo en el que les advierte del peligro de contemporizar con la gente de su alrededor mezclándose con la idolatría de las naciones paganas.

Un problema similar encontramos en **(1 Co 8-10)** donde Pablo trata la cuestión de si era lícito o no que los creyentes comieran carne ofrecida a los ídolos. Aunque este problema nos puede resultar lejano, sin embargo, hay muchos hermanos nuestros en distintas partes del mundo que siguen enfrentándolo hoy en día. Por ejemplo, ¿qué tendrá que hacer un joven que se convierte a Cristo en Malasia cuando llega la hora de comer y los alimentos se ofrecen a los dioses de la familia? Y aunque no es este el momento de analizar los argumentos que Pablo emplea en Corintios, sepamos que en el fondo de la cuestión está el asunto de la idolatría como un pecado fundamental que pone en tela de juicio nuestra lealtad al único Dios verdadero.

Y de la misma manera que el pueblo de Israel en su viaje por el desierto tuvo que enfrentarse con dificultades y tentaciones que probaron su lealtad al Señor, nosotros también atravesamos por situaciones similares, por lo que nos conviene escuchar la exhortación que en aquel momento hizo Josué al pueblo de Israel:

**(Jos 23:11)** *“Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Jehová vuestro Dios.”*

Es evidente que no les estaba hablando de emociones o sentimientos, sino de ese amor que nos lleva a ser fieles al Señor; el mismo al que se refiere el apóstol Juan:

**(1 Jn 2:15)** *“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.”*

Por tanto, debemos tener cuidado con cualquier cosa que tienda a disminuir nuestro amor al Padre. En ese mismo sentido, al final de su carta el apóstol hace otra exhortación (**1 Jn 5:21**): *“Hijos, guardaos de los ídolos”*. Sin duda todos nosotros necesitamos recibir esta misma exhortación que recibieron nuestros hermanos al principio de la era cristiana.

### **3. Jehová es un Dios celoso (Jos 24:1-28)**

En su último mensaje al pueblo Josué les muestra otro de los obstáculos que ellos iban a encontrar en su servicio a Dios:

**(Jos 24:19)** *“Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados.”*

Y esto sigue siendo así también con nosotros, tal como leemos en:

**(1 Co 10:21-22)** *“No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios. ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él?”*

Pablo reprendía a los corintios porque no tomaban en serio su lealtad al Señor, participando al mismo tiempo de la Mesa del Señor y de la de los demonios, provocando así a celos al Señor. No hemos de olvidar que, precisamente porque Dios nos ama con un amor absoluto, no va a tolerar ningún rival en nuestros afectos. Por tanto, guardémonos de participar en cualquier forma de idolatría y recordemos las solemnes palabras que el Señor dirigió a la iglesia de Laodicea:

**(Ap 3:15-16)** *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.”*

Los laodicenses eran tibios en su amor al Señor porque habían permitido que otras cosas invadieran sus corazones y socavaran su fidelidad a Dios. Así que el Señor les exhortaba a cambiar su actitud si no querían exponerse a que el Señor los vomitara de su boca. El mismo asunto describe Pablo en:

**(2 Co 11:1-3)** *“¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”*

El apóstol usa la ilustración de una joven que, antes de comprometerse, puede tener la mente abierta a pensar en varios hombres, porque seguramente se puede hablar bien de todos ellos. Pero una vez que llega a estar comprometida, ya no puede plantearse otras opciones, porque eso provocaría a celos a su prometido; en este caso, Cristo.

Esta misma advertencia deben tener en cuenta aquellos creyentes que relacionados con el mundo intelectual o la teología. Ellos tampoco pueden permitirse la libertad de tener una mente abierta sobre la cuestión de la divinidad de Cristo o su naturaleza humana impecable, porque vacilar en semejantes doctrinas no es señal de fortaleza intelectual, sino de infidelidad al Señor.

Y volviendo al discurso de Josué, vemos cómo recuerda al pueblo todas las maravillas que Dios había hecho entre ellos desde el momento en que llamó a Abraham de las naciones paganas, para después exhortarles a que resolvieran de una vez por todas servir fielmente al Señor:

**(Jos 24:14-15)** *“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro*

*lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”*

Era un desafío muy valiente el que Josué les estaba lanzando: “¿Pensáis que entregar la vida entera al servicio del Señor es pedir mucho?” Pues si eso les parecía demasiado, entonces les plantea con cierto sarcasmo la opción de servir a los dioses paganos, porque en cualquier caso a alguien o a algo tendrían que servir. En realidad lo que Josué les quería mostrar era lo absurda que sería cualquier alternativa que no fuera el servicio fiel al verdadero Dios del cielo.

Percibamos nosotros también la fuerza de su argumento: ¿Encontramos demasiado difícil la decisión servir al Señor con fidelidad? Si es así, entonces tendremos que escoger otra meta en la vida. ¿Cuál será el objetivo principal de nuestras vidas? ¿El fútbol, tal vez? ¿Voy a gastar mi vida, mis fuerzas, mis ilusiones y mis talentos en eso? ¡Eso sería absurdo! ¿O tal vez pensamos en algo más sólido, como por ejemplo la música? ¿Pero sería razonable disfrutar de un don de Dios sin mostrar ningún interés en servir al Dios que te lo ha dado? Sin duda, es absurdo entregar nuestras vidas a alguien que no sea Dios mismo.

Pues bien, Israel se comprometió en servir al Señor. Sin embargo Josué les tuvo que advertir que Dios era un Dios celoso que no toleraría una entrega a medias. Así que el pueblo aceptó las condiciones e hicieron un pacto que dejaron plasmado en una gran piedra que sirviera como testigo de la decisión que habían tomado de servir al Señor.

Esto nos plantea una nueva pregunta: ¿Ha habido algún momento en nuestra experiencia cuando hemos decidido servir al Señor al cien por cien, entregándole toda nuestra vida sin reservas? Pues si no es así, que el Señor nos ayude a hacerlo.

#### **4. Exhortación final**

El libro de Josué es también muy interesante desde la perspectiva literaria. En los primeros capítulos leíamos de las doce piedras que fueron tomadas del fondo del Jordán y colocadas en la orilla del río. Servirían de monumento conmemorativo del gran milagro que Dios había hecho al hacer pasar el arca a través de las aguas divididas para llevarles a poseer su gran herencia. Y cuando llegamos al final del libro, nos encontramos con otra columna de piedra levantada para dar testimonio de la decisión que el pueblo había tomado de servir al Señor de corazón.

Tal vez nosotros también hayamos erigido una piedra de este tipo en nuestras vidas el día que decidimos servir al Señor sin reservas. En ese caso, sería una cosa muy sana volver a visitarla para comprobar si todavía está en pie o si quizá ha sido cubierta y escondida por la maleza, o si tal vez se ha torcido y no se alza derecha. En cualquier caso, sería bueno volver a nuestra decisión de vez en cuando para comprobar su situación actual y con la ayuda del Señor mantener esa piedra bien erguida hasta el momento en que el Señor nos llame a su presencia.